



Hasta que la Muerte los presente

LUNA HISTORIA DE AMOR
LLENA DE MAGIA

J.R. La Cruz

Hasta que la muerte los presente

J.R. La Cruz

Hasta que la muerte los presente

J.R. La Cruz

Copyright 2020 J.R La Cruz

Ilustración de la portada: J.R La Cruz

Edición: 1ra.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

Copyright 2020 J.R La Cruz

Ilustración de la portada: J.R La Cruz

Edición: 1ra.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

ÍNDICE

ÍNDICE

AGRADEZCO Y DEDICO

SINOPSIS

PRÓLOGO

HASTA QUE LA MUERTE LOS PRESENTE

SÁBADO 9 DE AGOSTO DE 1980

JUEVES 8 DE ENERO DE 1981

LUNES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1984

LUNES 22 DE MARZO DE 1993

EPÍLOGO

ÍNDICE

ÍNDICE

AGRADEZCO Y DEDICO

SINOPSIS

PRÓLOGO

HASTA QUE LA MUERTE LOS PRESENTE

SÁBADO 9 DE AGOSTO DE 1980

JUEVES 8 DE ENERO DE 1981

LUNES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1984

LUNES 22 DE MARZO DE 1993

EPÍLOGO

AGRADEZCO Y DEDICO

*A mis queridas Gómez
Alecia, Elena y Diocelina
Por ustedes
Todo vuelve*

AGRADEZCO Y DEDICO:

*A mis queridas Gómez:
Alecia, Elena y Diocelina.
Por ustedes.
Todo vuelve.*

SINOPSIS

Si la vida de Sofía se pudiera describir, en una palabra, sin duda alguna, sería: magia. Una clara evidencia de que el destino de cada uno de nosotros está escrito y todo lo que nos sucede, ocurre en el momento indicado, ni antes, ni después.

Hasta que la Muerte los Presente es una obra fiel al romance, al poder del Universo y a la realización de los sueños si tienes fe. En ella se conjugan la ilusión, la esperanza, la amistad, la lealtad, la gracia, lo sublime y lo genuino. Un deleite para los creyentes del amor y amantes de lo inesperado.

SINOPSIS

Si la vida de Sofia se pudiera describir, en una palabra, sin duda alguna, sería: magia. Una clara evidencia de que el destino de cada uno de nosotros está escrito y todo lo que nos sucede, ocurre en el momento indicado, ni antes, ni después.

Hasta que la Muerte los Presente es una obra fiel al romance, al poder del Universo y a la realización de los sueños si tienes fe. En ella se conjugan la ilusión, la esperanza, la amistad, la lealtad, la gracia, lo sublime y lo genuino. Un deleite para los creyentes del amor y amantes de lo inesperado.

PRÓLOGO

Cuando la realización de nuestros sueños es solicitada al Universo con contundente fe y amor, irremediablemente aparece la magia de lo desconocido y lo místico (lo que algunos llamarían: “intervención divina”), para transformarnos la vida con su particular y única manera que, además de dejarnos el cambio como huella de su paso, nos deja las anécdotas que lo hicieron posible.

Es por ello que cito las repetidas e inagotables palabras de mi querida madre:

“Que sea lo que Dios quiera, como Dios quiera y cuando Dios quiera, porque para bien o para mal, solo él lo sabe...”

PRÓLOGO

Cuando la realización de nuestros sueños es solicitada al Universo con contundente fe y amor, irremediablemente aparece la magia de lo desconocido y lo místico (lo que algunos llamarían: “intervención divina”), para transformarnos la vida con su particular y única manera que, además de dejarnos el cambio como huella de su paso, nos deja las anécdotas que lo hicieron posible.

Es por ello que cito las repetidas e inagotables palabras de mi querida madre:

“Que sea lo que Dios quiera, como Dios quiera y cuando Dios quiera, porque para bien o para mal, solo él lo sabe...”.

Exceptuada la mención de algunos lugares, todos los personajes y lugares de este libro son ficticios.

Exceptuada la mención de algunos lugares, todos los personajes y lugares de este libro son ficticios.

HASTA QUE LA MUERTE LOS PRESENTE

Siempre he creído en el amor, cómo negarlo si soy una romántica soñadora que amo compartir, en especial aquellas cosas intangibles que llamamos tiempo, historias o anécdotas porque todos en algún momento hemos requerido atención o compañía, y por supuesto, como autores y protagonistas de una inconmensurable cantidad de recuerdos e historias que sin duda marcan un antes y un después, como lo fue para mí casarme con el amor de mi vida. Un sueño absolutamente normal y corriente como el que cualquiera pudiera tener, pero con un previo desenlace que lo hace verdaderamente especial. Me refiero a la forma en como lo conocí singular, única, excepcional. Razón por la cual agradezco a Dios y al Universo, no solo por los hilos invisibles que movieron para ponerme justo donde me encuentro ahora, sino por ese tan "inesperado encuentro" que me sacudió como nunca nada ni nadie lo había hecho, tanto así, que hasta el día de hoy me sigo preguntando por qué a mí, y por qué de esa manera, porque de seguro debe haber millones de mujeres en el mundo aguardando por algo similar, algo que les sacuda el piso y les cambie la vida para siempre, y para mucho mejor.

Sin embargo, no todo fue siempre así, lleno de fortuna. A temprana edad me tocó entender que la vida puede ser severa con unos más que con otros, ya que por desgracia, cuando tan solo tenía seis años de edad sufrimos un desafortunado, trágico y lamentable accidente que dejó como resultado la pérdida de mi hermanito mayor, más una lesión que por años mantuvo a mi padre inhabilitado específicamente entre una silla de ruedas y un par de muletas, un suceso que condujo a mi padre a una inevitable depresión que terminó convirtiéndolos en sobreprotectores para conmigo.

Aunado a ello, me diagnosticaron ambliopía (comúnmente conocida como ojo vago) a los siete años. A su vez, sufrí de asma desde los seis hasta la adolescencia y fui operada de las amígdalas a los diez, sin mencionar la rubiola, lechía y el sarampión que religiosamente padecí. Para cuando tenía doce años ya era amiga de varias enfermeras y algunos médicos del ambulatorio, además de la risueña recepcionista Matilde, a quien le estaré infinitamente agradecida por la desprendida ayuda que me brindó cuando más la necesité, una mujer a la que considero una gran amiga, y que de hecho, les aseguro que aún sigue ejerciendo con el mismo entusiasmo y amor la misma ocupación, ahora en el Hospital Universitario Erasmo Meoz, en Cúcuta, mi querida ciudad natal.

De manera que no había siquiera llegado a la pubertad cuando ya comprendía un montón de cosas en especial lo que era una familia, las responsabilidades, lo que realmente implicaba un matrimonio, y en consecuencia, lo que era el amor, y eso se lo debo a mis queridos padres quienes serán siempre mi mayor referencia, mi más grande inspiración y mi motivo, no solo por

toda la entrega que le pusieron a mi crianza, sino por su tan particular historia de amor (él pobre ella rica), que sin mala intención moldeó gran parte de mi manera de pensar, convirtiéndome en una mujer de bien, auténtica soñadora y fiel creyente del amor.

^a Por fortuna, también comprendí a temprana edad lo que era una formación académica y la pasión por el ejercicio de algo que se ama, pues claramente se estaba desarrollando en mí una inclinación hacia la asistencia médica, por lo que, literalmente, antes de hacerme señorita, sabía con exactitud a qué quería dedicarme en mi adultez y cómo quería vivirla. Pero lo que más había anhelado, era encontrar pronto el amor de mi vida, casarme con él y formar una familia con voluntad y amor, de la misma manera que lo hicieron mis padres. Por desgracia, no fue así. Básicamente tuve que ver a mis amistades tener novios y novias, salir juntos de paseo, tomarse de la mano y hasta besarse mientras yo hacía de chaperona, simulando poca importancia al hecho. Aunque debo admitir, y en honor a la verdad, que tenía algo en particular que tal vez jugó en mi contra: era un poquito nerd. Me gustaba estudiar y obtener buenas calificaciones, usaba lentes y era de poco hablar.

En tal sentido, innecesariamente me mortifiqué tratando de comprender las razones de mi soltería: más allá de mis lentes y mis libros, justificarlas con base en lo real quizá, no lo sé. Lo que sí sé es que por fea no era, crecí escuchando las palabras: *qué niña tan bella. Qué cabello. Qué ojos tan hermosos. Dios la cuide.* Y por supuesto, el elogio que más me gustaba: *cuando seas grande te van a llover los pretendientes.* Lo cual en algún momento me condujo a una seria reflexión, y que en un abrir y cerrar de ojos había llegado a la post adolescencia, viviendo solo de la ilusión y la fantasía, sin siquiera saber cómo se sentía que me dedicaran una canción, que me escribieran una carta de amor, un poema, ni recibir un beso del chico que me gustaba. Era desdichada en ese sentido, no lo voy a negar, pero infinitamente bendecida en muchos aspectos más, pertenecía a una familia de clase media alta, con unos padres increíblemente maravillosos y una extraordinaria amiga que, aunque en ocasiones me avergonzaba, nunca dejó de ser leal: Vanesa De Santis.

Quando ella tenía diecisiete y yo dieciséis años, conocimos a un extraño personaje hasta ahora inolvidable. Una celebridad que irremediablemente se convirtió en el pilar de esta fascinante historia que con amor les quiero compartir. Me refiero a la mujer más intrigante que hay conocido, intimidaba por su tamaño, pero tenía un modo único y particular de calmarnos: la picardía en su mirada y el sonido de sus incontables pulseras mientras barajaba las cartas, además de su característico acento, similar al cubano con costeño y su personalidad tan extravagante como su vestimenta. “La Negra Pitonisa”, como hacía llamarse, me mostró un camino que por años no olvidé que debía recorrer y logró sellar, a su manera, esta singular historia de amor con las siguientes palabras:

^r “El amor de tu vida estará más cerca de ti de lo que te puedas imaginar... pero será invisible a

, *tus ojos... y permanecerán así, casi desconocidos, hasta que la muerte los presente*".
n

n
n
d
a
e
a
e
n
l.

a
,
s
e
a
y
n
e
a
a

a
e
a
a
s
o
s
s

!

tus ojos... y permanecerán así, casi desconocidos, hasta que la muerte los presente”.

SÁBADO 9 DE AGOSTO DE 1980

SAN JOSÉ DE CÚCUTA, COLOMBIA.

Era un día prometedor para una chica de casi diecisiete años de edad. Esa mañana me levanté sonriente, feliz, estaba emocionada, aunque debo admitir que también tenía un poquito de nervios nunca había salido sola, y mucho menos de noche, siempre fue en compañía de alguno de mis padres, de los padres de otro o en grupo. En esta ocasión seríamos solo mi mejor amiga y yo disfrutando por primera vez de esa sensación de libertad que genera el no tener a un padre o representante vigilante y protector, sino más bien gozando del privilegio de ser nosotras mismas haciendo lo que se nos antojara en el momento (siempre y cuando fuese sano y divertido para ambas, claro está), y por supuesto, apegadas a las insistentes y repetidas sugerencias de María Esperanza, mi querida y abnegada madre, una extraordinaria mujer con principios y estudio (maestra titulada pero dedicada al hogar), amorosa y excelente cocinera: *ya sabes, Sofía, siempre juntas, no se vayan a separar, no confíen en nadie, y pórtense bien;* mientras que mi querido padre, como siempre más calmado que ella, solo me pidió una cosa: *hija, por favor, no llegues tarde.* Una petición que ahora es cuando vengo a comprenderla del todo, en especial por el recalcado “por favor”. Y es que hay que ser padre para saber lo que se siente.

Ernesto José Cárdenas, hombre fuerte, luchador, amoroso, honesto y servicial, descendiente de padres campesinos, es sin duda uno de los hombres a quien más admiro, amo y respeto. Era ayudante de su padre, quien trabajaba como capataz en una finca, específicamente para la familia Pereira. Aprendió a trabajar las tierras, y se esmeró bastante en la construcción, pues por años todos los establos y las remodelaciones de los inmuebles de sus patrones las hicieron ellos mismos. Pero lo inevitable sucedió. Ernesto se enamoró perdidamente de la hija del jefe de su padre, una inalcanzable mujer (como le decían sus cercanos) que lo motivó a superarse más allá de lo que cualquiera pudo haberse imaginado, demostrándole su infinito amor de incontables maneras, tanto a la familia como a quien en un principio fuera María Esperanza Pereira García para un par de años más tarde convertirse en doña María Esperanza de Cárdenas.

Dicho esto, como todo en la vida requiere de algún tipo de sacrificio, esa mañana mis padres decidieron asignarme una serie de tareas domésticas que debía cumplir para poder salir en la noche, cosa que no me quitó la sonrisa ni la voluntad, ya que no eran actividades de otro mundo; prácticamente estaba acostumbrada a colaborar con los quehaceres de la casa, además, como rezaba el dicho: *sarna con gusto no pica.* De manera que lejos de enfadarme, saqué provecho de la situación para ocupar mi mente, distraerme un poco hasta que se hiciera la hora del encuentro. Y como hasta ahora acostumbro hacer, me puse mis galas especiales de hacer oficio (que de seguro más de una debe tenerlas, en mi caso eran unas licras rotas con una vieja y estirada franela), pusé

un poco de música para animar el ambiente y me entregué a la faena, especialmente con una canción con la que me identificaba y que gustaba bastante en la época, la cual repetí hasta el cansancio: Camilo Sesto, Vivir así es morir de amor. Cómo olvidarla.

É Y es que debo confesarles algo, creo que como muchas chicas, por años estuve enamorada en el silencio de uno de mis compañeros de clases, el más guapo del salón, siempre lucía impecable y olía rico, todos querían estar con él cuando nos organizaban en grupos, incluso, era uno de los más populares del colegio, inalcanzable para una chica a la que se le hacía más fácil leer una enciclopedia médica que hablar con un chico. Pero ojo, no era que no tuviese habilidades para socializar, porque siempre las he tenido, el problema era solo con él, me invadían los nervios y básicamente me frenaban dos cosas: quedarme muda, o reírme sin razón.

Después de debatirme con ahínco entre si valía la pena o no, y por supuesto, el legendario “igual lo voy a hacer”, decidí hacer lo correcto. Quería contarle que lo amaba, que siempre había estado enamorada de él (esperando ser correspondida, claramente), pero era algo que no se acostumbraba hacer en esa época, no era bien visto que fuese una dama quien diera el primer paso; tenía que hacer algo con ese sentimiento, era un hecho que no podía sacarme tan fácilmente de la cabeza a Luis Fernando. Estaba tan enamorada de él... creo que escribí su nombre en todos mis cuadernos.

Luis Fernando provenía de una familia pudiente y gozaba de una serie de aptitudes que lo hacían un chico ejemplar y único. Aunque no era un estudiante de diez, se destacaba con notoriedad en varios deportes, por eso su contextura atlética y popularidad. Era diferente a la mayoría de los chicos que conocía: puntual, educado, con una admirable habilidad para socializar, y sobre todo muy bien parecido. Adoraba cuando se pasaba la mano con los dedos abiertos por su abundante y ondulado cabello castaño claro, era su manera de peinarse y también una de las tantas que tenía para erizarme la piel. La primera era su mirada, atrapante y tentadora, cómo negarlo, si sus encantadores ojos verdes resaltaban a kilómetros de distancia.

Su padre, don Luis Villanueva, reconocido hombre de negocios, mano derecha del alcalde, se dedicaba a la ganadería y llegó a ser dueño de casi todas las carnicerías de la ciudad. Sumergido entre reuniones, papeleos y apretones de manos, don Luis Villanueva sentía absoluta confianza en su mujer, María Esther de Villanueva, una destacada ama de casa, madre amorosa y esposa fiel. Estaba entregada a su familia y al buen desarrollo y formación de sus dos hermosos hijos. Era quien se ocupaba de los requerimientos de ellos, quien los llevaba a clases y los iba a buscar.

Algunos afortunados (amigos cercanos de Luis Fernando) llegaron a comentar que en la casa donde vivía, había además de una piscina, un salón de juegos con un enorme televisor con antena parabólica, una mesa de billar, una de hockey, y un metegol. Sin embargo, convivía con un

asituación que pocos comprenden: tenía un hermano con Síndrome de Down, de tan solo un año y medio menor que él. Aun así, él era para Luis Fernando más que un hermano, era sus ojos, su mejor amigo. En ocasiones, cuando María Esther llegaba al colegio por él, Andrés bajaba la ventanilla para saludarlo, agitando sus inquietas manos y gritando: *¡aquí, Lufe, aquí!* Emocionado absolutamente feliz de verlo.

A pesar de la escasa diferencia de edad entre ellos, Andrés nunca dejó de parecer un niño pequeño. Cada viaje que hacía María Esther al colegio era una aventura para él, se emocionaba y su sonrisa delataba el amor infinito e incondicional que le tenía a su hermano mayor. Luis Fernando casi siempre apuraba el paso al tiempo en que le hacía con la mano abierta un gesto que reconocemos como: ¡ya va!, ¡espérate! o ¡un momento! Pero Andrés no lo entendía, y lo hacía hasta que su hermano llegaba al auto: *¡aquí, Lufe, aquí!* Un detalle imposible de olvidar.

De manera que ese mismo día lo puse en manos de Dios, me paré frente al espejo del baño y le dije: *Diosito, yo sé que te busco solo cuando te necesito, pero es que de verdad te necesito, tú más que nadie sabes cuánto me gusta, sabes que lo quiero, que lo amo... solo te pido que me des una señal, una solita, y te prometo que más nunca te pido algo... si él es para mí, haz que nos encontremos esta noche, así le contaré lo que siento...* pero en el acto sentí un frío que me recorrió el cuerpo al pensar en las hipotéticas dos posibilidades que se presentarían. La primera era encontrármelo de frente y tener que hablarle, lo cual me aceleraba el corazón y me hacía sudar las manos. La segunda era no encontrármelo, esta me desarmaba y me provocaba suspiros de tristeza, ya que era un hecho indiscutible el deseo que tenía de estar con Luis Fernando, por lo que permanecí así, casi inmóvil frente al espejo, perdida en aquel mar de imágenes.

Inmediatamente rectifiqué mi petición y luego de sacudir un poco mi cabeza, dije: *ya va, Diosito ahagamos algo mejor, si me lo encuentro hoy, le declaro mi amor, si no, más adelante lo hago... ¡por favorcito, cuidanos siempre, amén.* Porque una mujer enamorada no desiste tan fácilmente menos una adolescente de dieciséis años que literalmente no había tenido ojos para nadie más.

En tal sentido, la noche llegó, y con ella una ola de emociones que tan necias como ellas mismas se somatizaron en mi estómago, haciéndome sentir una ligera sensación de acidez e inapetencia que para nada me quitaron el ánimo y la alegría. Me concentré en mi apariencia, la posibilidad de encontrarme con Luis Fernando me motivaba sobremanera, me hacía reír, y hasta hablar sola ¿será que me veo bien con esto, o con esto? Mmm, no, mejor con esto. Esa noche deseaba hacerme notar, quería lucirme y que él me viera, era en lo que pensaba mientras me veía al espejo, de frente, de espalda, de lado, de todas las maneras posibles. En un abrir y cerrar de ojos tenía la cama repleta de blusas, faldas, vestidos, pantalones, y todavía no sabía qué ponerme. ¡Dios, no puede ser! Estaba entrando en desespero, la hora se acercaba y mi amiga iba a tener que

esperarme. Rápido terminé de maquillarme y de ponerme lo primero que me había probado: un pantalón negro sencillo, con una blusa tres cuartos rosado claro y unas zapatillas del mismo color. Miré el delineado que resaltaba el color miel de mis ojos, detallé meticulosamente como lucía con el atuendo, y nuevamente, de espalda, de lado, de frente. Por último, resolví llevarlo deliberadamente suelto mi abundante y liso cabello castaño. Qué bien me sentía. Incluso, hice una pose que otra pose de modelo y varias muecas de coqueteo, porque aunque ustedes no lo creen estimados caballeros, las mujeres ensayamos nuestras tácticas (gestos y miradas) en privado, y cuando nos arreglamos, lo hacemos por dos razones, la primera, porque nos gusta vernos bien, la segunda, porque nos gusta que nos vean bien.

A pesar de haberme atrasado unos minutos por estar de coqueta frente al espejo fantaseando, no fue mucho lo que Vanesa tuvo que esperar. Por fortuna, a ella también se le había hecho tarde. Poco tiempo después nos encontrábamos emocionadas, felices, hablando como par de guacharacas mientras nos acercábamos a la taquilla para comprar las entradas, hasta que recordaba a Luis Fernando y con absoluta discreción lo buscaba entre la multitud con la esperanza de verlo. Tenía el corazón acelerado por el pacto que había hecho con Dios, debía hablarle si lo veía, era sin duda una oportunidad única que no debía desaprovechar. Y no sé por qué, pero esa noche sabía que algo pasaría.

En eso, un repentino bajón de luz oscureció todo a nuestro alrededor, tanto a empleados como a visitantes nos tomó desprevenidos ese hecho. Fueron los segundos de silencio y miedo más largos de mi vida. Por lo tanto, en cuanto se restituyó la electricidad, se escucharon los gritos de alegría y el aire de festividad se propagó. Las máquinas continuaron su curso al igual que las melodías. A Dios le di gracias por haber sido solo un susto.

Aun así, debía controlarme para evitar que Vanesa se diera cuenta de que esperaba encontrarme con Luis Fernando. A ella no le parecía un chico ideal para mí, creía que era narciso. En ocasiones, cuando ella se daba cuenta de que yo lo observaba casi babeándome, se acercaba y me decía: *yo creo que le apestan los pies... y sufre de gases... ¿te imaginas si fuera bizco? Apuesta a que así no te gustaría.* No había día que no me dijera algo por el estilo, ¿y cómo odiarla? Si lo hacía con buena onda como ella misma lo aclaraba. Además, éramos amigas desde el preescolar lo cual le otorgaba el derecho ineludible de molestarme hasta límites desconocidos para la mayoría de las personas.

Y es que todas tenemos una amiga que es ñña y sucio con una, confidente, consejera y paño de lágrimas. La mía es así, echada para adelante, sin pelos en la lengua, tan ordinaria como un yogur de yuca, como ella misma acostumbraba decir, pero femenina y bien presentada. Proviene de una familia apasionadamente católica, de esas que no falta a la misa de los domingos y se persigna

por prácticamente todo. De clase media alta, sus padres eran propietarios de un popular restaurante ubicado en el centro de la ciudad, el cual llevaba por nombre: La Trigueñita, por como le decían a su abuela doña Emilia (su madre) cuando era pequeña.

^rVanesa creció bajo el abrigo de sus hermanos varones (de ahí su personalidad). Ellos son: José Manuel, primogénito, cinco años mayor que ella, y Raúl José, dos años mayor que ella. Ambos ^asobrepesados y amorosos. Sus rasgos físicos eran fascinantes, había heredado el cabello de su madre y los ojos azules y la piel morena de su mamá, combinado con los ojos azules, la nariz perfilada y los labios delgados de su papá, don Pablo De Santis, un hombre ejemplar, blanco, alto, de espaldas anchas, con el cabello casi blanco, amable y respetuoso, trabajador, de origen español, pero con ascendencia italiana. De manera que Vanesa era una especie de criatura exótica, una delgada y morena de piel suave y ojos azules, con una personalidad única y el cabello más original de todos, aunque siempre reservada y absolutamente selectiva. Solo pocos de los muchos que intentaron acercarse a ella en plan romántico tuvieron suerte. Por lo tanto, a diferencia de mí, Vanesa desde temprana edad supo lo que se sentía ser deseada, querida, los pretendientes le sobraban, al igual que las cartas de amor y las dedicatorias. Aun así, ella nunca me cambió por nadie, y siempre me animaba a que saliera con ellos, no permitía que decayera, hasta hizo varios intentos por relacionarme con otros chicos, intentos fallidos, claro, mis ojos eran solo para Luis Fernando.

^aEn tal sentido, una vez dentro del parque comenzamos a caminar sin rumbo fijo, conversábamos sobre lo fantástico que se veía todo, tan colorido, lleno de luces por doquier, y las atracciones mecánicas, como las sillas voladoras, el carrusel y los carritos chocones, todos se escuchaban tan estruendosamente que me aceleraban el corazón, pero no sentía temor alguno por ello, era parte de la experiencia de estar en un sitio así, escandalosamente feliz. Había juegos de mesa y de azar además de la comida típica y tradicional colombiana: empanadas, pasteles de papa y yuca, arepa y fritanga (lo cual era el segundo delirio de mi querida acompañante), la combinación de aquellos aromas fácilmente antojaba al que pasara cerca. Un ambiente con una energía inigualable contagiaba, incluso, al más gruñón. Qué maravilloso sitio. No obstante, había un pequeño medianamente tenebroso lugar, era una especie de carpa oscura con gruesas cortinas que hacían de puerta. Aunque estaba dentro del parque, daba la impresión de que no pertenecía allí. Tenía el nombre estampado con letras grandes y doradas sobre una tela colgada en la entrada: “La Negra Pitonisa”. Y más abajo, con letras un poco más chicas y del mismo color: “Entra a Conocer tu Futuro”.

^eAun cuando mi acompañante y yo seguimos nuestro camino como si nada, conversando y observando a todos mientras decidíamos en cuál máquina subirnos, las palabras: “Entra a Conocer tu Futuro” comenzaron a revolotear por mi cabeza. No les puedo negar el deseo que sentía de

Intentar ahí. Jamás había, siquiera, estado cerca de un lugar como ese. La ansiedad comenzaba a agnarme. Sabía que en cualquier momento cedería ante el deseo, pero también sabía que a mi adorada amiga no le agradaba mucho Luis Fernando. Debía hacer que comprendiera mi necesidad sin prejuicio alguno.

Esa noche aprendí que perdiendo también se gana y que hay que dar para recibir. Saqué ánimo donde no tenía y le dije a Vanesa, quien casualmente expresaba su deseo de subirse a la montaña rusa, no una, sino varias veces: *quiero entrar en la carpa que vimos hace rato*. Ella se detuvo y me miró un tanto sorprendida, y me dijo: *¿que qué?!*

- *Que quiero entrar a la carpa de la pitonisa, la que acabamos de pasar*. Le reiteré lo dicho. Esto hizo que frunciera el ceño y me respondiera: *¿estás hablando de la bruja?*

- *Sí*. Le respondí en seco. Por lo que ella me miró e hizo un gesto que expresaba un claro: “no lo puedo creer” agitando levemente su cabeza en señal de negación. Y con la mayor de sus sutilezas dijo: *me quito un ojo si no es por Luis Fernando que quieres entrar a ese sitio*. Lo cual me hizo reír al instante y propinarle a la vez un pequeño manotazo en el hombro, al tiempo en que le decía: *Ay, Vane, por Dios, no seas boba! ¿Acaso que eso es lo único que a mí me importa? Hay cosas más importantes*.

Definitivamente era un ridículo intento por aparentar poca importancia a mi deseo de saber sobre mi futuro junto al susodicho. Pero lo que Vanesa no tenía de sutil, lo tenía de compasiva, al menos conmigo. Me tomó por el brazo, y con su característica sonrisa de picardía, me dijo: *está bien pero primero nos vamos a subir en las máquinas. Y yo elegiré en cuales*. Lo que para mí representó casi una desgracia, ya que odiaba las montañas rusas. No obstante, tan solo unos metros más adelante, añadió casi riéndose: *y la comida también la vas a pagar tú*. Algo a lo que ya no podía negarme, era su manera de negociar.

Como la compasión era definitivamente una de las mayores virtudes de Vanesa, luego de haber subido a varias atracciones, en especial a la montaña rusa tres veces (la primera juntas, la consecutivas, sola), mi querida amiga decidió que era hora de visitar a La Negra Pitonisa en su tenebrosa y desgastada carpa negra. En un principio sentí la emoción recorrerme el cuerpo de pie a la cabeza, como un extraño cosquilleo, pero en cuanto estuvimos paradas justo enfrente de esas oscuras cortinas que hacían de puerta, el corazón se me disparó a doscientos mil, latía tan rápido y fuerte que me quedé helada por unos segundos, era algo involuntario, respiraba hondo, las manos me sudaban y hasta tenía la boca reseca, aun así, quería descubrir algo, y no precisamente lo que había ahí dentro, ni quién era esa Negra Pitonisa, quería saber específicamente cuál sería mi futuro. Tenía el presentimiento de que ahí encontraría algo, mas no sabía qué podía ser.

aDe manera que mi encantadora amiga, en un arrebato de cariño, me haló por el brazo al tiempo e
ique me decía: *no seas boba, vamos a entrar*. Rodó la cortina, y como diría un francés: *voilà*
lApareció frente a nosotras un hombre de baja estatura y piel oscura. A excepción de los colore
verdes y amarillos de su pulsera, el caballero estaba vestido completamente de blanco, llevaba
puesta una camisa de mangas largas y un pantalón ligero que daba la impresión de ser traslúcido
Detrás de él, había una especie de altar lleno de imágenes y velas encendidas, más un mesón en e
a que se apreciaba la disposición de algunas botellas de licor, tabacos y cartas. El caballero se
, presentó como Samir, brujo de los brujos, proveniente de las tierras sagradas del occidente
venezolano, descendiente de esclavos y defensor de las almas buenas.

En ese instante Vanesa, tomando la delantera, le expresó a Samir sobre su deseo de verse con La
Negra Pitonisa, lo cual no era del todo cierto. Su instinto sobreprotector la hizo hacerse de
momento. Samir se dio media vuelta perdiéndose entre otra gruesa cortina que de seguro conducía
ba la parte de atrás del altar. Minutos más tarde regresó con esta extravagante señora, de pie
oscura, alta, robusta, con brazos gruesos y un gigantesco trasero que temblaba como gelatina :
cada paso que daba. Llevaba consigo una bandana blanca que le cubría el cabello, una larga :
ancha falda color rojo con pequeños círculos blancos, la cual le llegaba hasta los tobillos, y una
linda blusa blanca que le descubría los hombros, exhibiendo así un poco de sus voluptuosos
pechos.

Lo extraño del momento fue su manera de recibirnos, literalmente no dejó de sonreír mientras se
acercaba a nosotras. Sus primeras palabras fueron: *no pensé que fueran a venir a verme*. Esto hizo
que mi amiga volteara a verme con el ceño fruncido. Tenía esa típica expresión que denota
confusión. La Negra Pitonisa nos dijo con mucha amabilidad: *que 'nse tranquilaj, mi' reinaj, que
'no tienen na' que temé'... aquí 'tan protegí'aj, sí que sí...* al tiempo en que nos invitaba, con un
gesto de mano, a tomar asiento. Ambas seguimos las instrucciones sin decir nada. Ella continuó
*mi nombre e' Narcisa Ofelina Muñoz, conocí'a mayormente como La Negra Pitonisa... bruja 'i
sbrujaj y defensora 'e loj bueno', como ustede' doj*. Terminó esa última palabra con su
característica sonrisa.

Lo primero que hizo fue tomar sus cartas y comenzar a barajarlas sin dejar de observarnos :
sonreír. De pronto, en un tono jocoso nos preguntó: *y... ¿cuál de la' do' e' la que va a comenzá'?*
YInstantáneamente señalé a Vanesa, y exclamé: *jella!* Pero La Negra Pitonisa me miró fijamente po
unos segundos, barajó las cartas acompañada por la cortina musical de las decenas de pulsera
eque tenía en sus muñecas, y me dijo en un tono bajo: *los ojoj no mienten, mi reina, a ti se te not
imaj el deseo que a ella, pero ella no tiene mie' o, ella está aquí maj que to' por ti*. Dirigió su
mirada hacia Vanesa, quien se hallaba perpleja ante semejante aseveración, y le preguntó: *¿acaso*

no es así, mi reina? Vanesa, tan leal y astuta como siempre, se adelantó y le contestó con otra pregunta: *¿qué es mejor, el tabaco o las cartas?* Lo cual hizo que La Negra Pitonisa sonriera con una inesperada amplitud, mostrándonos (supongo que sin ninguna intención) su amarronada y adensada dentadura. Se echó un poco hacia atrás, acomodándose en su sillón, y respondió lo siguiente: *loj espíritu' no hablan solo a travé' de la' carta' y lo' tabaco', ello' a vece' hablan solos, sin que se lo pida...* Y de un solo golpe puso las cartas en frente de ella: *ahora pártela' en doj, mi reina.*

^e Poderosamente sorprendida ante la inesperada reacción, Vanesa permaneció inmóvil por unos segundos, con su cabeza echada un poco hacia atrás. Era la primera vez que la veía así, congelada además, era nuestra primera vez en un lugar como ese, y obviamente, ninguna de las dos había comprendido a qué se refirió ella cuando dijo: *“pártela' en doj, mi reina”*. ¿Acaso cree que somos ninjas y que tenemos una espada japonesa filosa para cortar las cartas en dos? Era lo que le pensaba en ese momento. La Negra Pitonisa repitió con calma su petición: *tranquila, mi reina atoma la mitá'e laj carta' de arriba, y ponelas a un la'o 'e laj otraj.*

^y Vanesa “partió” las cartas y permaneció con sus codos apoyados en el borde del mesón. La Negra Pitonisa de nuevo tomó las cartas y comenzó a lanzarlas delante de ella. En un principio no era una gran cosa lo que decía. Un poco sobre los conflictos existenciales correspondientes a la edad, y también algunos relacionados con los adultos de su familia. Habló sobre lo mucho que la quería y lo buena hija y estudiante que era. Y poco a poco fue incrementándose el contenido del discurso y nuestro interés. Mencionó algo sobre los retos que impone la vida, un largo viaje, las amistades eternas y su fidelidad, pero hubo un momento cúspide en el que La Negra Pitonisa dijo algo que le obligó a mi amiga a reaccionar con un estrepitoso asombro, hasta a mí se me erizó la piel. Creí incluso que llevé mis manos a la boca. Estaba sorprendida por lo que había escuchado. La Negra Pitonisa suspiró profundamente mientras se inclinaba hacia atrás, volvió su mirada hacia Vanesa y le dijo entre sonrisas: *un nacimiento no tiene po' qué se' secreto, mi reina... es normal tené' un poco 'e mie' o en esa' situacionej, pero loj bebé' unen a la familia, son una bendición. Tu caso está bendecí'a po' la llegó' de esa criatura, sí que sí...*

y A decir verdad, Vanesa guardaba un poderoso secreto que de cierta forma le pesaba. Yo, como su mejor amiga, no solo la he alcahueteado en varias de sus travesuras y sacado de problemas, sino que también he sido su mayor confidente, su caja fuerte, y ese secreto no era una excepción para mí, desde el primer día estuve al tanto de la situación. Raúl, uno de sus hermanos mayores, había estado embarazado a su novia, y hasta ese momento, ella era la única que lo sabía, pues él le confesaba a Vanesa casi todo, había hallado en ella más que a una hermana, a una amiga.

² En tal sentido, Vanesa exclamó: *¿¿que qué?!* Fue una reacción casi de película. Pero La Negra

aPitonisa continuó hablando, como si no se hubiese percatado de la exaltación: *ese angelito le ntraerá paj, y loj unirá maj como familia, sí que sí...*

yVanesa se mostró seducida ante lo acertado de la mujer, y le preguntó: *¿y qué hay de mí, tendr^o hijos también?*

7Resulta que Vanesa soñaba con tener mellizos o gemelos, decía que era lo mejor que le podí: pasar en la vida, que eran dos pájaros de un solo tiro, que así se acompañarían y se protegerían entre ellos. Tenía un sinfín de argumentos. El reciente interés de mi querida amiga comenzó :
Sreflejarse en un singular brillo en sus ojos y en una agrandada sonrisa que parecía no percibir
7Tenía los codos puestos sobre el mesón, estaba encantada de ver a La Negra Pitonisa hacer lo
a suyo, hasta que esta le contestó con esa sonrisa tan característica: *puej... tanto va el cántaro a la
e fuente, que al final se rompe*. En ese momento, ninguna de las dos supo interpretar esas palabras
e Once años después, sí que sí.

,
Luego de unas cuantas develaciones, La Negra Pitonisa dirigió su mirada hacia mí, y me preguntó con la misma amplia sonrisa: *¿ya te decidiste, mi reina?* Tomó uno de los varios tabacos ubicado
a del lado derecho de ella, en el mesón, y en un tono pausado me dijo: *mmm... a ti te quiero leé' e
a tabaco, mi reina. ¿Cómo e' que tú te llama'?* Yo permanecí muda por un segundo, por lo que
y Vanesa me dio con el codo por un costado. De inmediato reaccioné, y respondí: *Sofía Belén
n Cárdenas*.

o
sNo lo puedo negar, estaba nerviosa, ansiosa, asustada, sentía de todo, apenas recuerdo si le dije
e mi nombre correctamente. De repente su tono de voz se elevó considerablemente, comenzó :
o pronunciar mi nombre mientras frotaba el tabaco con las manos, luego con sus ojos cerrados, alzó
a su cara hacia el techo de la carpa iluminado por las decenas de velas encendidas en el alta
y ubicado detrás de ella, suspiró profundamente, y con una lentitud poética abrió medianamente sus
7 saltones ojos negros, y a medida que encendía el tabaco con tres cerillos juntos, dijo: *como Dios
e' una sola, una sola luz...* Y con los mismos cerillos hizo tres cruces frente al tabaco.

- *¡Trej cruce'!* Exclamó La Negra Pitonisa. Luego soltó una larga bocanada de humo, y exclamó
u *¡en el nombre 'el Padre, 'el Hijo y 'el E'píritu Santo!*

o Al igual que Vanesa, permanecí atenta a las palabras y expresiones de ese personaje tan singular
a que, en la medida en que iba sacándole halada tras halada al tabaco, decía: *ofrezco este tabaco a
a gran poder de Dios... po' la prote'cción y la suerte 'e lo' presente'... y pa' que puedan vencé' to
a loj o'táculoj que se le presenten en su vi'a*. Dirigió su mirada hacia mí, y dijo: *tuj espíritu' m
han da'o el permiso... y los míos también*. De nuevo La Negra Pitonisa expuso su amarronada :
a desgastada dentadura.

¡Por momentos se quedaba mirando el tabaco fijamente, murmuraba, miraba a Vanesa, volvía a mirarme. Comenzó a hablar sobre mi familia, sobre lo pequeña que era y algunos conflictos. Mencionó la abnegación de mis padres hacia mí, el incommensurable amor que ellos se tenían, mi enfermedades, y el desafortunado accidente que se llevó a mi hermanito... debo admitirlo, fue lo primero que me puso la piel de gallina. Lo segundo fueron sus específicas palabras: *pero a ti lo que te interesa es sabé' sobre el amor, ¿ve'dá' que sí, mi reina?*... ¡Por Dios, qué buena era! Debía disimular: *pues, no, ¿por qué me interesaría nada más eso?* Ella permaneció unos segundos con sus profundos ojos negros clavados en los míos, y con una sonrisa de lado imposible de olvidar, sentenció: *tus ojoj no mienten, mi reina... y tus ejpíritu' me lo confirman...* Carraspeé, me sentí acorralada, debía decir algo, pero me quedé muda. No obstante, este intrigante personaje continuó hablando: *ninguna persona debe senti'se apená' por está' enamorá'... y yo te voy a ayudá'... pero te diré solo lo que me permitan los espírituj...* ¡Perfecto! Ahora sí nos entendemos. Sonreí para mis adentros.

Ella comenzó a mirar el tabaco, a darle vueltas, poco a poco su sonrisa fue desapareciendo, la expresión de su rostro se endureció, como si no hubiese comprendido lo que veía en esas anaranjadas brasas. Con el ceño fruncido y los labios contraídos como cuando uno va a dar un beso, le resaltaba la duda, o la sorpresa. Dirigió su mirada hacia mí, y dijo: *laj tierraaj lejanaj t' aguardan, y con ellas los retos maj importantes de tu vi'a...* a qué retos se estará refiriendo pensé. Intenté interrumpirla, pero ella continuó: *ujum... y todos los vaj a superá', sí que sí.*

Se inclinó hacia un lado para acercar una botella de aguardiente, y respiró profundo. Miró el tabaco y permaneció en silencio por unos segundos. Luego, en un tono materno me aconsejó: *es que tú tanto quiere', lo vaj a tené', pero debes aprendé' a esperá', y a vencé' tu propio mie'o... acepta las cosas como son, cree en ti siempre...* sonrió con una clara dulzura, y continuó: *ti tiene' la fuerza y la sabiduría pa' recorré' el camino que te toque, mi reina, ere' del tamaño de un compromiso... pero recuerda que laj cosaj se te darán a su debi'o tiempo... así que intenta no mortifica'te tanto... y no llorej por la' cosaj que no han pasa'o to'avía... pero sobre to', mi reina, evita loj pactoaj con el mismo Dioj...* No sabía qué decir, nuevamente me sentí acorralada, y extrañamente conmovida.

Ella hizo una breve pausa para tomar un poco de la botella de licor que tenía a un lado. Vanesa y yo notamos como ese trago de aguardiente que se empinaba la estremecía. Se limpió la boca con la mano al tiempo en que hacía ese típico sonido de satisfacción por tomar agua, en especial cuando tenemos bastante sed, y sentenció: *pero como tú lo que quiere' sabé' e' solo una cosa, t' voy a decí', mi reina...* una ligera brisa fría recorrió la estancia, las luces de las velas se amplificaron, la piel se me erizó, el corazón se me disparó, La Negra Pitonisa cerró los ojos y

ainhaló aire profundamente por la nariz, para lentamente exhalarlo por la boca mientras bajaba la cabeza. Despacio abrió sus penetrantes ojos negros, su rostro era de una seriedad absoluta. Y con un tono de voz determinante me anunció lo siguiente: *el amor de tu vida llegará a ti tarde, y de una forma irreconocible... pero llegará.*

² - ¡Uy! ¿Y por qué así? Pregunté. Ella respondió exhibiendo una vez más su particular sonrisa: *eso no te lo puedo decir, mi reina, porque eso lo sabe solo el Altísimo... pero lo que sí te puedo decir* (sonrió con una picardía tremenda) *e' que ese día la fe te entrará por los ojos... y sabrá lo que se siente tené' el corazón bien acelera'o.*

^e Movida por el deseo de saber más sobre ese amor, opté por ignorar lo dicho anteriormente y le interrumpí con otra pregunta: *¿y cómo es él? Digo, si es que usted lo puede ver...* En eso Luis Negra Pitonisa, con aparentes ganas de reír, contestó: *e' buenmozo el muchacho, de piel clara como la tuya, y de güena familia...* en ese momento hizo esa seña con los dedos que hacemos cuando nos referimos a dinero, por lo que entendí que era rico. Y seguí: *¿qué apellido tiene, cómo se llama?* Esperando ansiosamente oír: Luis Fernando o Villanueva. Pero...

^s ⁿ - *Eso tampoco te lo puedo decir, mi reina... hay que deja'le espacio a la expectativa y a la sorpresa, si no, no tendría sentí'o viví' la vida así, sabiéndolo todo.*

^b - *Pero... ¿me voy a casar con él, cierto?* Continué con el interrogatorio. Por supuesto, para mí era claro que hablaba de Luis Fernando: buenmozo, piel clara, de buena posición económica. Él soltó una estrepitosa risa y exclamó: *¡pero claro que sí, mi reina! Tú estás bendecí'a desde el inicio.* Abrió sus brazos, extendió sus palmas hacia el cielo: *en el nombre 'el Padre, 'el Hijo y 'e 'E'píritu Santo, sí que sí, mi reina... pero recuerda que debes sé' paciente y esperá'... tienes un largo camino que recorreré'...*

^l - *¿Y es mucho lo que debo esperar?*

² ⁱ - *Depende de lo que sea mucho o poco pa' ti... lo que sí te puedo decir, e' que la vi'a misma te acercará hasta él, o al revés... pero te dará señales ante' del encuentro.*

^y - *¿Cómo así, qué señales?* Insistí con el corazón a mil. Ella sonrió y acercándose a mí, dijo: *una visita inesperá' te indicará el momento... pero primero será el par...*

ⁿ - *¿Cuál par?!* Exclamé. Ella miró a Vanesa, sonrió como de costumbre, y respondió: *e' expectativa y sorpresa, mi reina... ya lo va' a sabé'...*

^e Procuró sacar provecho del momento para culminar con la visita y usó las siguientes palabras: *eso que tanto quierej, lo vaj a tené'... e' todo lo que te puedo decir...*

^e Inmadura y malagradecidamente exclamé: *¡pero si no me ha dicho casi nada!* Admito que quería

amás, mi corazón exigía datos específicos: ojos verdes, de apellido Villanueva, cucuteño como tú
nNo obstante, La Negra Pitonisa sentenció con un juego de palabras que años más tarde comprendí
ecuando do' son uno, a uno le dice' a do'.

¿Que qué?! ¿Que cuando dos son uno, a uno le dices a dos? Dios mío, qué habrá querido decir
Opté por asentir en señal de aceptación, o resignación, la verdad es que no lo recuerdo bien. Lo
que sí recuerdo, es que quizá por un tema de edad, o porque en el fondo soy tan necia como m
compañera, terminé diciéndole a esa extraña pero simpática mujer: *está bien, seré paciente..*
solo espero que tenga los ojos verdes, el cabello ondulado, y los... de reojo noté que Vanesa m
observaba y me detuve, pues casi involuntariamente comenzaba a describir a mi hermos
a
a susodicho.

En ese momento, La Negra Pitonisa sacó de una gaveta ubicada a su derecha una pequeña
hermosa piedra de cuarzo negro, la cual colgaba de un cordón de cuero redondo color marrón, l
cubrió con sus dos manos. Acto seguido, llevó sus manos a su boca y comenzó, supongo, a orar, l
verdad no sabría decirles en qué lengua lo hacía, parecía nativa. Luego de unos segundos dirigie
su mirada hacia mí, y con su característica sonrisa me dijo: *e'to que tú ve' acá, mi reina, no e*
solo una piedra 'e cuarzo negro cualquiera... ej mucho maj que eso... e' la distinción... e
reconocimiento puej, por así deci'lo... Pero eso sí, mi reina, no le vayas a cambiá' nunca e
cordón de cuero y úsalo solo con un nudo de rizo (mismo con el que atamos los cordones de lo
zapatos). Tenía que ser única y exclusivamente con un nudo de rizo.

l

l

Días después, Vanesa había convencido a Raúl de que hablara con sus padres y le diera l
noticia sobre el embarazo de su novia, así ella podría liberarse de guardar ese secreto tan pesado
que por ley moral, no le correspondía, y tan directa como ella sola, lo encaró: *Raúl, u*
nacimiento no tiene por qué ser secreto... es normal tener miedo en este tipo de situaciones
pero los bebés unen a la familia, son una bendición, y gracias a ti, nuestra casa está bendicid
por la llegada de esa criatura.

A doña Emilia la noticia la llenó de alegría. Pegó un grito al cielo y saltó un par de veces por l
emoción, sobre todo porque era una niña la que venía en camino. Sin embargo, don Pablo, po
primera vez en su vida, fue firme y poco flexible con Raúl. Se paró frente a él, y le dijo: *los hijo.*
cambian la vida de sus padres por completo... y son un trabajo al que no puedes renunciar
Raúl intentó demostrar que estaba a la altura de la situación, contestándole a su padre: *¡lo sé*
papá! Aun así, don Pablo no le cedió espacio y continuó con su discurso: *ahora tendrás qu*
trabajar más, y sabrás lo que es no volver a dormir ocho horas seguidas. Ocasionando un
aligera palidez en los labios de su hijo: *pero nosotros estamos dispuestos a ayudarte en todo l*

...que esté a nuestro alcance, siempre y cuando tengas bien presente algo, hijo, y por favor, no me hagas volver a repetírtelo: tanto tu madre como yo, ya criamos.

Raúl aceptó con madurez las palabras de su padre y le prometió que daría lo mejor de sí, y que sería tan buen padre para su hija como él lo había sido con ellos. Y es que don Pablo De Santibañe fue más que un padre, fue un amigo para sus tres hijos, un caballero con todas las letras, ejemplar y no se puede negar, además de bien parecido.

Las siguientes semanas fueron rutinarias, típicas, salvo por un detalle, y era que no dejaba de pensar en el pacto que había hecho con Dios, veía a Luis Fernando y sentía la necesidad de hablarle, pero el miedo me dominaba. No podía sacarme de la cabeza las palabras de La Negra Pitonisa: *evita los pactos con el mismo Dios*. Era un verdadero dilema, no quería esperar y deseaba estar con él, acercarme y decirle: *¡sí, acepto!* Eso era un sueño para mí. Y de pronto las palabras de aquella mujer me seguían llegando a la mente: *el amor de tu vida llegará a ti tarde, y de una forma irreconocible... pero llegará*. Por lo que me dejaba llevar por la fantasía, y me imaginaba las mil maneras con las que, hipotéticamente, él pudiera declararme su amor. En toda mi vida me hacía infinitamente feliz.

Como la inmensa mayoría de las personas, siempre esperé con ansias mi cumpleaños. Admito que era de las que lo anticipaba (con los más cercanos): *cumplo años el miércoles, no te vayas a olvidar de mi regalo*. Me encantaba que me picaran una torta y me cantaran el cumpleaños. Desde que era pequeña, mi mamá me levantaba de la cama con una melodía que jamás podré olvidar (La Mañanitas), tanto así, que hasta el día de hoy la tarareo en mi mente, a solas, cada 3 de septiembre.

Esa semana estuvo llena de sorpresas desde el comienzo, pues sucedió algo que me conmocionó solamente a mí, me hizo brincar de la emoción, no sé si grité cuando se lo conté a Vanesa, pero definitivamente el impacto fue descomunal, tanto que lo consideré una señal divina. La mañana de ese miércoles, mi padre, como de costumbre, me dejó cerca de la entrada del colegio, a unos veinte o treinta metros. Inmediatamente me despedí de él, noté que Luis Fernando venía caminando en dirección a donde yo estaba. Miré detrás de mí y un poco hacia los lados, noté que no había nadie de nuestra sección cerca. El corazón me latía con demasía, mis manos como siempre comenzaron a sudar, busqué velozmente huir del sitio, mas no tenía escapatoria. Permanecí ahí sin saber qué hacer, hasta que terminó de acercarse, y me dijo: *sabía que antes de graduarnos recordarías tu cumpleaños...*

Y yo que nunca me olvidé del tuyo, pensé en ese instante. Rápidamente reaccioné, e intenté actuar con normalidad, pero era tarde, para ese momento el tonto ya se me había activado, le di la mano a Luis Fernando como cuando uno se presenta, posiblemente con una poética cara de bobalaca, y le dije: *¡de nada!* Él me miró con una clara expresión de sorpresa, sin entender lo que acababa de

escuchar, y por educación, quizá, hizo caso omiso al incidente y me regaló una hermosa sonrisa. Sin ningún tipo de vergüenza me tomó la mano, dándome un pequeño tirón hacia él, que por cierto me acercó como nunca imaginé, quedamos prácticamente pegaditos uno con el otro. Sentía el olor de su colonia, y el calor de su cuerpo. Tomó mi cara con sus dos manos, y me dio un húmedo y delicioso beso en la mejilla derecha. Más nunca me lavo este cachete, pensé nuevamente. Era erizante y deliciosa la sensación. Luego me abrazó con fuerza, frotando sus tibias manos en mi espalda al tiempo en que me decía: *que tengas un feliz cumpleaños, Sofi, espero que la pase bien, y que te den muchos regalos*. Si tú eres el mejor regalo, seguía pensando, y por fortuna, en silencio.

Al poco tiempo me sentí como una tonta. Una oportunidad perdida. Cuándo volvería a suceder algo así. Qué cobarde eres, me reprochaba mientras lo veía alejarse. Y en un santiamén me armé de valor y decidí hacerlo, caminé con prontitud en dirección a él, era el momento perfecto, aunque no sabía exactamente qué le iba a decir, solo sabía que debía actuar. Y pensaba a cada paso: “mis padres me van a picar una torta... no, no, no, eso no. Qué te parece si este fin... no, tampoco. Qué opinas sobre la situación del país... ¡No, peor!”. Pensaba en miles de proposiciones o temas de conversación, necesitaba llamar su atención. En eso se me ocurrió: ¿y cómo te preparas para la fiesta de graduación? ¡Perfecto! Supe que ese era un buen tema de conversación para abordarlo así que apuré más el paso, y justo cuando lo tenía a tan solo metro y medio, se atravesó José María, mi mejor amigo varón, con una gigantesca sonrisa: ¡*FELIZ CUMPLEAÑOS!* Me abrazó de una manera particular, casi danzante, parecía que bailábamos: *que Dios todopoderoso te llene de abundantes bendiciones*.

José María Cortés, también conocido como Chema, ha sido sin duda una de las mejores personas con las que he tenido el placer de compartir. Impecable de pies a cabeza, sobresaliente estudiante y exmonaguillo, absolutamente culto, amigo de todos, enemigo de nadie. Poseía una actitud positiva y carismática que despertaba interés en muchos y muchas. No obstante, por una cuestión de crianza, supongo, Chema era extremadamente católico, más que la familia de mi adorada Vane. Llevaba oculto un rosario más una pequeña biblia en su bolso y siempre tenía tiempo para escuchar a los demás. Hacía las veces de cura, algunos lo llamaban “el mini padre”, pero a él nunca le llegó a molestar el título, se sentía orgulloso de lo que hacía. Gran amigo. De hecho gracias a ese encantador ser, nuestra promoción se animó a hacer algo diferente el último día de clases, y qué recuerdos tan maravillosos nos dejó.

Su padre, Jesús Adrián Cortés, era un hombre de baja estatura, varonil, con mucha seguridad, de piel morena clara, espalda ancha, con el cabello bastante manchado por las canas, nacido en Ureña, estado Táchira, Venezuela. Debido a las circunstancias (familia pobre) le tocó ejercer e

..comercio informal desde temprana edad. Fue precisamente así como conoció a quien hasta la fecha es su esposa, doña Teresa de Cortés, morena clara, de contextura gruesa pero bien redistribuida, con rasgos faciales bastante atractivos. Nacida en San José de Cúcuta, Colombia y estudió hasta sexto grado. Su padre era comerciante en la frontera y como reza el dicho: “hijo de agato caza ratón”, doña Teresa siguió los pasos de su padre. Comenzó a cruzar la frontera en busca del incremento de sus ganancias. A pesar de las diversas pérdidas que tuvo, aprendió a movilizarse entre tanta gente mezquina, falsa y ruin. Con el tiempo tuvo su propio puesto de vendiendo productos al mayor, entre ellos, galletas y caramelos.

Una tarde, un apuesto caballero apareció entre la multitud, poco a poco se fue acercando al puesto donde estaba ella. Él llevaba puestas unas botas marrones, llenas de tierra por la intensa caminata que desde entonces le había tocado, un jean que a gritos solicitaba descanso, y una franela por dentro de un pantalón. Además de eso, llevaba consigo un bolso cruzado aparentemente pesado, y una sonrisa particular, única, de esas que solo se ve en la expresión de quien no oculta nada. Con una seguridad admirable se paró frente a ella y le dijo: *esto te va a parecer extraño, de verdad te voy a pedir que me perdones*. Y mientras sacaba una pequeña caja de chocolates de su bolso, continuó diciendo: *pero es que tu hermosura es impresionante... y cuanto más te veo, más me enamoro de ti*. Extendió la caja de chocolates para que ella la tomara, y prosiguió: *yo soy Jesús Adrián...*

Poco tiempo después dieron el gran paso. Tuvieron una boda sencilla y hermosa. Montaron una casa con una confitería y compraron una parcela donde comenzaron a construir su casa. Todo lo hicieron en Cúcuta y con la bendición de Dios, como siempre aseguraron. Por un tiempo vivieron en casa de sus suegros, quienes fueron los responsables de haberlos iniciado en el catolicismo. Para cuando Chema había nacido, la casa estaba lista y el negocio era uno de los más prósperos de la ciudad.

En tal sentido, luego del baile de felicitaciones, Chema abrió su bolso y sacó una impresionante caja de chocolates envuelta en un gran lazo y me la dio: *sé que todos los años te doy lo mismo pero es lo que siempre me pides*. Al instante comencé a reír por lo acertado del comentario y por la alegría que me había dado recibir su regalo. Y como reza el dicho: “un clavo saca a otro clavo”, los chocolates hicieron que me olvidara de Luis Fernando. Agradecí con un fuerte abrazo el detalle y entramos a reunirnos con Vanesa, quien aguardaba por nosotros del otro lado de la puerta. Ella había sido la primera en felicitarme, y por supuesto, de la forma más “sutil”.

- ¡ÑEEERA, FELIZ CUMPLEEE! Fue lo primero que escuché al contestar el teléfono a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. Aún estaba medio dormida, hasta tenía los ojos cerrados, pero estaba feliz de oírla, no lo puedo negar, así que le dije entre risas: *a ti sí que te gusta joder*. A lo que ella contestó entre risas: *quiero ser la primera en felicitarte, ñera*. Esas palabras siempre me le han derretido. No obstante, tratándose de Vanesa, alguna sorpresa seguramente aguardaba por mí

en el transcurso del día. Al final de clases me entregó una carta y me pidió que la leyera cuando estuviera sola en mi habitación: *y por favor, no vayas a gritar*. Guardé la carta en mi bolso y traté de no darle importancia a ese extraño detalle.

^e Ese mediodía me tocó esperar a mi papá, por lo que tuve la suerte de ver nuevamente a Andrés aunque fuera de lejos. Y mientras Luis Fernando caminaba hacia el auto y su hermanito lo llamaba yo me imaginaba caminando junto a él, tomada de su mano, dejando que sea él el que tenga el control de todo, quien me guíe por el camino, yendo siempre delante, protegiéndome de todos los Dios, qué tonta. Era tan fácil fantasear... ¿por qué no podía serlo acercarme a él y hablarle? Quería volver a sentir su abrazo y el calor de su cuerpo junto al mío. Ese día sentí su olor impregnado en mí por horas, de hecho, me dejé el uniforme puesto toda la tarde.

^l De regreso a casa, mi querido padre se detuvo en una bodega o almacén, para comprar una bebida gaseosa que acompañase al bizcocho que seguramente mi querida madre, por tradición, ya había horneado. Ella acostumbraba preparar tortas y pasteles con bastante frecuencia, le encantaba cocinar, en especial para nosotros. Tenía varios libros de recetas y algunos cuadernos con notas. Su cocina, como solía llamarla, era en definitiva una de las áreas más hermosas de toda la casa. Creo que fue el área en la que no se escatimó. El modelo de cocina, la nevera y los hornos eran modernos para la época. Sin embargo, lo que verdaderamente la distinguía era el estado de limpieza: siempre pulcra y reluciente.

ⁿ Al llegar a casa, mi madre se encontraba en compañía de una de mis tías. Lo supe antes de entrar por el elegantísimo Mercedes Benz color plateado aparcado en la entrada. La señora Claudia Pereira de Villalobos, conocida también entre los íntimos como Pebbles (según, porque de pequeña se parecía a un personaje de una serie animada llamada Los Picapiedra, en la cual, la hermosa hija de los protagonistas lleva ese nombre), es la menor y más liberal de las tres hermanas, administradora de profesión mas no de ejercicio, casada con un multimillonario hacendado, veintisiete años mayor que ella.

^o - *¡Feliz cumpleaños, mi ángel, Dios te bendiga... Qué grande estás!* Me dio un fuerte abrazo y de su cartera sacó un sobre e inmediatamente recordé la carta de Vanesa, mi tía me lo entregó diciendo: *que te sea de mucha utilidad, querida*. Automáticamente supe que era dinero lo que había ahí. Para ella los detalles se medían en costo, y debían ser materialmente significativo (para ese entonces, yo ya llevaba ahorrados casi mil dólares solo por cumplir años). Me recordaba a los personajes de las telenovelas, encopetada, con grandes y costosos collares. Aunque así, era buena, amorosa, siempre recordó nuestros cumpleaños, llamaba todos los treinta y uno de diciembre y nos traía regalos de sus viajes por el mundo. En eso, mi madre sacó provecho y me dijo: *por cierto, tu tía Isabel llamó, y me dijo que te iba a llamar en la noche, para que estés*

pendiente. Asentí en señal de afirmación.

É Camino a mi habitación, procedí a abrir la carta de mi querida amiga. Con gran curiosidad leí la primeras tres líneas, ahí entendí por qué me había recomendado que no gritara. Me tapé la boca con las manos, de verdad tuve que contener el grito. No lo podía creer. La carta decía lo siguiente: “Querida amiga, cuando las oraciones las hacemos con el corazón, realmente son escuchadas. Y las peticiones que le hacemos a Dios de esa manera, terminan convirtiéndose en hechos: ¡Mis padres me dieron permiso!”. Era la mejor noticia del día. Aunque también un enorme sacrificio. Sabía que debía olvidarlo.

r

Cinco semanas después, estábamos descontroladamente felices, celebrando la culminación de una etapa más de ese largo camino que casi todos recorremos desde infantes: la formación académica. Éramos casi bachilleres, y por alguna razón, nos sentíamos líderes al recorrer las instalaciones del colegio. ¡Lo hicimos! Era una sensación fantástica. Algunos más revoltosos rompieron sus cuadernos como un gesto simbólico por la culminación del ciclo, mientras que la inmensa mayoría, apegados a la maravillosa y simpática sugerencia de nuestro inolvidable amigo Chema, nos rayábamos las camisas con dedicatorias: *esto lo hacen en Venezuela al finalizar el último año de la escuela y bachillerato, es una tradición, mis primos me lo contaron.*

Esa mañana hice lo que nunca pensé. A pesar de que todos estábamos entretenidos con el desahogo de felicidad que teníamos, no dejaba de ver a Luis Fernando y pensar: ¡Dios! Necesito por lo menos un recuerdo... es ahora o nunca. Así que saqué valor de donde no tenía y me acerqué a él: *¿te puedo rayar la camisa?* Le pregunté.

¡SOFÍA! Exclamó con emoción y me abrazó. Dios, qué aroma, pensé casi derretida en sus brazos. Aproveché como nadie ese momento. No seas boba, aquí lo tienes. Y por primera vez lo abracé fuertemente, con mi cabeza recostada en su pecho, con los ojos cerrados, e imaginando a la vez, cómo se sentiría despertar cada mañana de esa manera, siendo abrazada por un hombre tan hermoso y fuerte como él. Delicadamente nos separamos, y en ese momento me dijo: *yo también quiero rayar tu camisa. Ráyame toda, si quieres.* Volví a pensar en silencio, pero rápidamente respondí: *está bien.* Por desgracia o por fortuna, dependiendo de como se mire, casi la totalidad de mi camisa estaba rayada. Al darme cuenta de que tenía todo el frente de la camisa cubierta con notas, me di media vuelta para que él viera si había espacio en mi espalda, a lo que dijo: *wow pero qué mujer tan importante, te han dado más dedicatorias que a mí!* El único espacio disponible estaba justo al lado de mi seno derecho. Sentí calor, tenía que levantar el brazo para que él pudiera marcar bien. Dios, por qué a mí. Era mi oportunidad, lo sabía. Decidí hacerme lo desentendida, y le dije: *aquí hay un espacio.* Él miró y sonrió con picardía. Yo levanté el brazo

rodé un poco mi seno para facilitarle la escritura, y respiré profundo. Dios, qué cerca está. Verlo ahí, escribir encima de mí, fue sin duda una experiencia significativa para ese entonces. Él parecía tomarlo con deportividad. Lo hizo con una marcada sonrisa.

:Luego me tocó a mí escribir en su camisa. De una manera muy dulce, Luis Fernando dijo: *¿quieres me escribes acá*. Se tocó un costado de la espalda con la mano derecha y se dio media vuelta. Estaba un poquito nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Por un momento sabía perfectamente qué era lo que le iba a escribir, pero en cuanto vi su hermoso y perfecto trasero, lo olvidé. ¡Dios mío, qué estoy mirando! Agité mi cabeza. Jamás había tenido esa otra cara tan cerca. Debía disimular. Con mis manos intenté alisar un poco su camisa, casi sin dejar de mirarlo por ese punto. Tomé una buena bocanada de aire y escribí: *qué bello...* por suerte reaccioné con prontitud. Inmediatamente se me disparó el corazón. ¡Dios mío, qué boba soy! Busqué la manera de disimular y ganar tiempo para solucionarlo: *ya va, Luis, este marcador parece no tener tinta*.

S - *Tranquila*. Fue lo único que mi hermoso caballero alcanzó a decir. Bendita suerte la mía. Cómo hago, me pregunté varias veces. Rápidamente se me ocurrió una solución: *qué bello es terminar lo que se empieza, felicidades por este gran logro...* Muy bien, me felicité. Luego él se dio media vuelta, me regaló otro cálido abrazo y se perdió entre el resto del grupo que celebraba.

Al llegar a casa, colgué mi camisa en un perchero hecho a mano con madera de cerezo ubicado a un lado de la puerta, de manera que pudiera leer las palabras de mi amado Luis Fernando cada vez que saliera de mi habitación: *querida Sofía, te deseo todo lo mejor en la vida, eres la chica más seria, inteligente y bonita que haya conocido. Siempre te recordaré. Con amor, Lufe*. Esa noche dormí con una enorme sonrisa y abrazando mi almohada.

En un abrir y cerrar de ojos, nuestro acto de grado había llegado, y con él, la tan esperada fiesta de celebración de la promoción de 1980, la más problemática e inolvidable de todas. Más temprano estábamos todos vestidos con nuestras togas y birretes, procurando no arruinar el peinado que previamente nos habíamos hecho casi todas, y digo casi todas, porque en el grupo había una a la que nunca le preocupó su cabello, ya que siempre lucía bien: Vanesa. Sus perfectos y esponjosos rulos no requerían de nada más que una crema especial. Además, con un rostro así, con esos ojazos azules, mi amiga no necesitaba de mucho arreglo.

Uno por uno fuimos llamados por Rocío Florido, directora del plantel, la mujer que nos vio iniciar el primer año de bachillerato (tan tiernos, desfilando graciosamente con nuestros grandes bolsos en la espalda) y que desde el primer día se prometió a sí misma graduarnos a todos, era quien nos colocaba las medallas en el cuello. Recuerdo cómo se escuchaba su voz a través de los aparlantes al citar los nombres de mis compañeros, al igual que los estruendosos aplausos, silbidos y gritos de ese pequeño mar de inmadurez que aguardaba conmigo. Parecíamos moscas

descontroladas. *Aldana Laura María*, (algarabía), *Benítez Jéssica Alejandra*, (algarabía) y *Cárdenas Sofía Belén*... No sé si fue una mala impresión de mi parte o una falla de mi percepción por el momento, pero curiosamente sentí que los aplausos fueron más retumbantes que el de los anteriores. Sin embargo, por una cuestión de nerviosismo, estaba más concentrada en no caerme que en lo que realmente estaba ocurriendo. La profesora Rocío colocó la medalla en mi cuello, y cuando lo hizo, discretamente me dijo: *eres un orgullo para todos, y de corazón deseamos que tengas éxito en lo que te propongas hacer*. Solo me limité a sonreír, no supe qué decir, me había tomado por sorpresa con esas palabras.

Vanesa fue de las siguientes en ser llamada. Cómo describir ese momento... era como si estuviésemos en la entrega de alguno de esos premios importantes que son televisados, en el que solo nombran a ganador tras ganador. *De Santis Vanesa María*, qué emoción, qué alegría escuchar su nombre y verla ponerse de pie. La algarabía fue superior a la de muchos. Vanesa no solo tenía un montón de amigos, sino que tenía personalidad, actitud y admiradores. Silbidos de piropos era lo que más se escuchaba, fue impresionante. Ella lo disfrutaba, ciertamente, ¿a quién no le gusta sentirse deseada, o deseado? Además, se le podía notar en la extendida sonrisa que llevó consigo en todo momento.

Así transcurrió nombre tras nombre, hasta que las palabras: *Villanueva Luis Fernando*, resonaron en mis oídos. Un momento típico, como cuando uno voltear a ver de dónde proviene un sonido algo automático, instantáneo. De inmediato tenía mis ojos puestos en ese maravilloso ejemplar. Los vellos de todo mi cuerpo se erizaron. Desde que había sentido su olor de cerca y ese exquisito calor de su cuerpo junto al mío, me sentía diferente y mis deseos de permanecer junto a él se habían incrementado. Por desgracia, ya no había vuelta atrás en mis planes. Minutos después, al ser declarados bachilleres de la República de Colombia, todos los birretes rozaban el techo del auditorio. Un momento maravilloso, inolvidable.

Ya sin la sofocante e incómoda indumentaria de la toga y el birrete, nos encontrábamos en la sala de fiesta de un reconocido club de la ciudad. La decoración definitivamente tenía gusto. Del techo colgaban globos de diferentes tamaños, combinados con los colores blanco, rosado y azul, todos pasteles. La selección de colores para los manteles había sido perfecta, según mi gusto, blanco con turquesa. Y ni hablar de los centros de mesa, parecía de unos quince años. Un hermoso jarrón cilíndrico con una moderna cinta de tela color marrón con detalles dorados que hacía su propio lazo, y tres bellísimas rosas blancas dentro. En cada una de las mesas había dispuesta una botella de Whisky, agua, soda, varios vasos de vidrio con servilletas, y por supuesto, hielo. El ambiente era cálido, de alegría y confraternidad. La música era adecuada y moderna para la época. Todos lucíamos como nunca antes, en especial los chicos, con sus

¡elegantes trajes oscuros. Era un deleite verlos por primera vez así de impecables. Supongo que para ellos también lo era vernos a nosotras luciendo nuestros elegantes vestidos. Era la primera vez que lucía tan bien, me sentía divina con mi vestido de noche, largo, de manga corta, color vino escuro. Mostraba un poco mi blanca piel, mas no demasiado, y moldeaba muy bien mi figura. Inevitablemente, llamé la atención de más de uno.

^e Afortunadamente para mí, no pasó mucho tiempo para darme cuenta de que Luis Fernando no andaba acompañado por alguna chica en especial. Eso me daba una clara ventaja para acercarme. Quería bailar al menos una pieza con él. Sabía que esa podía ser la última vez que estuviéramos cerca, a menos que me siguiera. La idea me entristecía, no lo voy a negar. Así que me levanté de la silla, respiré profundo y me dije: es un buen momento para hacerlo, ¡vamos! Claramente, como uno de los chicos más populares, hasta en la fiesta de grado estuvo rodeado de aduladores. Sin embargo, en esos escasos metros que recorrí desde mi mesa a donde él se encontraba, sentí que un extraño sentimiento de calma me invadió. El solo hecho de haber comprendido en ese preciso instante que cuando un ciclo se cierra otro se abre, me motivó. Sonreí.

^o - *Quería felicitarte nuevamente.* Le dije con cariño y una tremenda seguridad. Él correspondió con un abrazo. Rápidamente le pregunté: *¿te gustaría bailar conmigo?* A lo que respondió con una clara expresión de sorpresa y agrado: *¡pero claro que sí, Sofía, me encantaría!*

^b Delicadamente tomó mi mano y me llevó al centro de la pista, moviendo su esbelto cuerpo al ritmo de la música. Yo iba detrás de él, también moviéndome al tiempo en que sentía su mano asegurando la mía. Qué agradable sensación ser guiada de esa manera. En eso, el DJ decidió subirle un poco la intensidad a la fiesta. Detuvo por un segundo la música, todos lo abuchearon pero valió la pena, fue parte de una broma. De inmediato comenzó a sonar una canción con la que difícilmente puedes quedarte inmóvil, me refiero a “You should be dancing” de Bee Gees.

Para quienes no conozcan esta canción, solo les puedo decir que era una de varias canciones de ⁿ soundtrack de una famosa y taquillera película llamada: Saturday Night Fever (Fiebre de Sábado por la Noche); estrenada en 1978, y en la que el elemento clave era precisamente el baile.

^y ¡Al escuchar esos primeros afamados bits, todos nos emocionamos sobremanera. Qué maravillosos recuerdos. Hasta que llegó la hora de la balada, la cual, debo admitir, fue hermosa, casi mágica. No era algo que me esperaba, pero vaya que me encantó. El DJ nuevamente nos sorprendió a todos con “More than a woman” también de Bee Gees. Esa fue la primera vez que lo tuve así de cerca. Podía sentir su calor en mi cuerpo y el sonido de su respiración. No me molestaba ni siquiera si sudor. Era un deleite tenerlo pegado a mí. Recuerdo mi cabeza en su pecho y como sonreí mientras nos movíamos, despacio, al compás de la música. Para mí, en ese momento no existía nada ni nadie más.

^e Al cabo de unas horas, nos encontrábamos en las afueras del salón de fiesta. La mayoría de mi
^a compañeros andaba sin sus sacos y sin sus corbatas. Habían vuelto a ser ellos mismos. Qu
^o desperdicio, lucían tan bien. Por fortuna, el mío andaba impecable, seguía luciendo hermoso
^o aunque un poquito ruborizado por el baile... Me encantaba. Recordaba las veces que lo vi jugar a
fútbol y al baloncesto. Qué pena sentí. Experimenté una sensación de tristeza desconocida, m
osentía culpable, tantos años esperando a que algo maravilloso pasara entre nosotros, y solo pas
e. el tiempo. Caminé hacia él y le dije: *parece mentira que ya no nos vayamos a ver...*

^s - *¿Y quién dijo que no nos volveríamos a ver?* Me sentí fuera de base, aun así, continué: *nadie*
^a *pero tengo entendido que algunos se van para la capital.* Él bajó la cabeza y respondió con un
^o claro sentimiento de decepción: *sí, es verdad...* y sin rodeo preguntó: *¿tú también te vas?* Por lo
ⁿ que le respondí con otra pregunta: *¿y tú te vas a quedar?*

ⁿ
^o - *¡Claro! Por un lado, están los negocios de mi papá, él quiere que yo me haga cargo de ello.*
algún día, aunque yo no. Por otro lado, está Andrés, él no es fácil y mamá debe estar cansada
creo que debo quedarme y ayudarlos. Sacó un bellissimo bolígrafo de su saco, se levantó la mang
^o del mismo, luego de la camisa, y me dijo: *dame el número de teléfono de tu casa para llamarte*
ⁿ *un día de estos.* Sonreí y se lo escribí. Se despidió de mí con un cálido beso, y concluy
diciendo: *¡te llamaré, ya verás!*

^l Al momento de dirigirme hacia el grupo donde se encontraban mis padres, apareció Chema
^o *¡Sooofi!* Estaba claramente intoxicado por el alcohol. La sorpresa había sido total para todos
^o nunca habíamos visto a José María en esa situación. De cualquiera lo hubiésemos esperado, hast
^b del mismo Luis Fernando, pero como el mismo Chema acostumbraba decir: “el que esté libre d
^e pecados que lance la primera piedra”. Me abrazó con fuerza, y me invitó a que habláramos e
privado. Acepté con la única condición de que fuera rápido, ya que mis padres estaban esperand
por mí.

^o - *Esto no es fácil para mí, Sofía Belén.* Y soltó una carcajada, pues sabía que no me gustab
mucho mi segundo nombre. Yo me limité a mirarlo, esperando a que dijera algo. Entonce
^o continuó: *lo que pasa es que... bueno, no sé, es algo que te tengo que decir...* varias cosa
^o pasaron por mi cabeza, jamás llegué a imaginar que escucharía semejantes palabras de mi amigo
y peor aún, con la tan terrible dicción que causa la embriaguez: *pobablemente sea muy tard*
...par'esto, creo, o no, no sé... no sé, quizás estas no sean las condiciones mayores... digo
mejores para hacerlo... Admito que sentía pena. Se iba un poco hacia los lados, pero insistía e
aque estaba bien, que no estaba borracho, y continuó: *quiero que sepas algo, Sofi... algo... un*
asola cosa... desde el primer día que nos vimos... que nos vimos en el salón de clases
¿recuerdas? Asentí, él continuó: *bueno, estoy enamorado de ti...*

s- *Estás borracho, Chema, no sabes lo que estás diciendo.* Fue lo primero que se me ocurrió decirle, estaba sorprendida. Él continuó: *¡claro que no estoy borracho! Yo estoy bien, estoy bien* ,En realidad no lo estaba, su mirada era otra, todo él era otro, estaba irreconocible. Y continuó *siempre he estado enamorado de ti... ¿sabes? Yo no te haría daño, ni te sería infiel, y te amaría toda la vida... Tú necesitas a un hombre que te vea solo a ti, que se preocupe por ti, y no por sí* ócabello... *Sé mi novia, déjame acompañarte.* Tomó mis manos, y dijo: *por favor, sé mi novia, y puedo hacer que te olvides de él.* ¡¿Que qué?! ¿Te volviste loco? Pensé. No sabía qué responder , él era mi amigo, así lo veía, además, yo tenía planes y amaba a otro. Así que opté por decirle , *estás bajo los efectos del alcohol, después hablamos mejor este asunto, ¿sí?*

oÉl se quedó mirándome a los ojos, confundido, meciéndose ligeramente con los talones hacia adelante y hacia atrás. Yo continué: *ambos estamos bajo los efectos de la euforia y un poquito cansados... Te prometo que te llamo mañana, o pasado.* Chema consintió mi sugerencia con conformidad.

a
e
ó

:
,
a
e
n
o

a
s
s
,
e
,
n
a
,

- *Estás borracho, Chema, no sabes lo que estás diciendo.* Fue lo primero que se me ocurrió decirle, estaba sorprendida. Él continuó: *¡claro que no estoy borracho! Yo estoy bien, estoy bien.* En realidad no lo estaba, su mirada era otra, todo él era otro, estaba irreconocible. Y continuó: *siempre he estado enamorado de ti... ¿sabes? Yo no te haría daño, ni te sería infiel, y te amaría toda la vida... Tú necesitas a un hombre que te vea solo a ti, que se preocupe por ti, y no por su cabello... Sé mi novia, déjame acompañarte.* Tomó mis manos, y dijo: *por favor, sé mi novia, yo puedo hacer que te olvides de él. ¡¿Que qué?! ¿Te volviste loco? Pensé. No sabía qué responder, él era mi amigo, así lo veía, además, yo tenía planes y amaba a otro. Así que opté por decirle: estás bajo los efectos del alcohol, después hablamos mejor este asunto, ¿sí?*

Él se quedó mirándome a los ojos, confundido, meciéndose ligeramente con los talones hacia adelante y hacia atrás. Yo continué: *ambos estamos bajo los efectos de la euforia y un poquito cansados... Te prometo que te llamo mañana, o pasado.* Chema consintió mi sugerencia con conformidad.

JUEVES 8 DE ENERO DE 1981 BOGOTÁ, COLOMBIA.

Era la primera vez que viajábamos en avión, y lo haríamos en compañía de nuestras respectivas madres: doña Emilia y María Esperanza, quienes sí tenían experiencia en la materia. Aun así estábamos nerviosas y emocionadas a la vez, felices, casi dando brincos de alegría. La idea de tener a ese hermoso par de supervisoras no nos hacía nada de ruido, nos brindaba seguridad además de que nos aliviaba la carga, y no lo tomen a mal, pero las hijas solemos sentirnos más cómodas y a gusto, para ciertas cosas, con nuestras madres que con nuestros padres, y esta era una de esas ocasiones.

Si bien lo tenía todo meticulosamente preparado y listo (desde la maleta con los elementos más indispensables para mí, como ropa para salir, artículos de higiene, mis chancletas preferidas, mi pijama desgastada, la foto de graduación donde salimos todos juntos, los ahorros que gracias a mi tía Claudia tenía, y por supuesto, la piedra que me obsequió La Negra Pitonisa), los nervios me invadían y me sacaban de ese estado de relajación que tanto necesitaba, hasta sentía puyazos en las palmas de las manos. Esa noche difícilmente pude dormir tres horas seguidas, cada vez que recordaba el viaje se me aceleraba el corazón y me daba una sensación de náuseas y pesadez e inmediatamente comenzaba a repasar las cosas: documentos, maletas, equipaje de mano, toallas que el cepillo de dientes no se me olvidara... Definitivamente eso era en lo que más pensaba, en el bendito cepillo de dientes, y fue lo único que olvidé, ¡qué cosas!

Aunque suene exagerado, para mi edad, la percepción en cuanto a lo que nosotras estábamos iniciando era grandísima, nuestros primeros pasos hacia la madurez e independencia, un agigantado avance para dos jovencitas que aún no llegaban a los dieciocho años de edad. Explicar lo que sentía en ese momento es un poco complicado, se trataba de un encuentro armonioso entre mis sentimientos y emociones: por un lado, felicidad y alegría, por el otro, incertidumbre, duda y temor. Nos la estábamos jugando, por decirlo de alguna manera. Nuestros padres habían sido específicos con sus condiciones, si nos rechazaban tendríamos que regresar con el rabo entre las piernas. Eso no nos pasaría, de ello estaba segura. Vanesa y yo sabíamos qué era lo que queríamos y a dónde íbamos a llegar, de lo demás, el tiempo se encargaría...

- *¿Te sientes bien, hija?* Preguntó mi madre apenas nos encontramos en la mañana.

- *¡Claro! Estoy como nunca, mamá...* La verdad era que mis ojeras demostraban lo contrario. Mi madre insistía con discreción en que desistiera de la idea. Cómo culparla, única hija yéndose de casa, yo también hubiera intentado lo mismo. Esa mañana pude gozar del privilegio de desayunar con ambos, me sentía satisfecha, feliz de verlos y sentirlos cerca. Generalmente mi padre salía de

casa bastante temprano en la mañana. Cuando yo me levantaba él se estaba yendo a la contratista o ya se había ido.

- *Tenemos que llamar a tu tía antes de salir. Tenemos que estar en el aeropuerto tres horas antes. No vayas a dejar tus papeles. Que no se te olvide el cepillo de dientes.* Eran las palabras más repetidas de mi querida madre. En cambio mi adorado padre, como siempre, tomándose las cosas con más de calma, evitó hablar del tema para evitarme cargas emocionales como por ejemplo: *¡mira que después no voy a estar ahí para ayudarte! ¡Ahora tienes que ver cómo vas a hacer! ¡Después no te estés quejando!* Él se limitó a observarnos y ayudarnos con algunas cosas.

En algún momento, quizá porque ya no podía contenerlo, él se acercó a mí, y me dijo: *hija, sabe que te amo con el alma, y que nunca voy a interferir en tus decisiones, a menos que sea estrictamente necesario...* no sé por qué, pero en ese momento sentía el corazón acelerado. Él continuó, puso sus gruesas y callosas manos en mis hombros, y preguntó: *¿tú estás segura de lo que quieres hacer?*

¡Por supuesto, papá! Él me abrazó y luego de estamparme un gran beso en la mejilla, sentenció *entonces, serás enfermera... qué digo enfermera, ¡la mejor enfermera de toda Colombia!*

Por otro lado, Vanesa lidiaba con los suyos, aunque conociéndola...

Habíamos quedado en vernos en el aeropuerto. Para ese entonces no sabía qué me emocionaba más, si el hecho de viajar en avión por primera vez, o saber que Luis Fernando iba a estar ahí despidiendo a su amor como en las películas. La idea me causaba gracia, y al mismo tiempo me animaba. Antes de salir de la casa le eché un último vistazo a mi habitación y a mis cosas, suspiré y en mi mente sentencí: “regresaré de vacaciones, solo así, pero con el rabo entre las piernas jamás”. Subí al auto y partimos. Por el camino mi querida madre hablaba sin parar, los nervios le tenían así, como eléctrica, medio acelerada. En algún momento de su interminable conversación dijo: *estoy pensando en quedarme todo el fin de semana allá con ustedes, ¿qué te parece?..* ¡Fatal!, pensé. Rápidamente la miré y le respondí: *me encantaría, madre, pero habíamos quedado en que nos dejaban y se regresaban.*

Ella respiró profundo y mantuvo su mirada al frente, como si no le hubiera gustado mi comentario así que me adelanté y le dije: *nosotras vamos a estar bien. Además, el tiempo pasa rápido mamá, y ya pronto estarás allá de visita, o yo acá.*

En eso, mi querido padre intervino, y como siempre, con uno de sus atinados comentarios. Él siempre fue un hombre sabio, discreto, de los que esperaba que los demás hablaran, o estallaran dependiendo del caso, un hombre con un claro control sobre sus emociones: *todo padre debe sacrificar su presente para que sus hijos tengan un mejor mañana... verte partir es algo difícil*

„de aceptar, pero sabemos perfectamente a quién criamos y de lo que eres capaz. Desde pequeña has sido mi enfermera preferida y no como un juego, porque de verdad te tocó serlo..

Inevitablemente, los tres nos miramos a los ojos. Qué recuerdos los que vinieron a mi mente incluso, me conmoví y entoné la garganta. Mamá suspiró. Él continuó: *nunca dudaste en hacer lo que te tocaba, ni tuvimos que obligarte a hacerlo, siempre salía de tu corazón, siempre... por eso te apoyo, y al igual que tu madre deseo que te conviertas en una enfermera certificada porque real, ya lo eres.* Un segundo de silencio, un nudo en la garganta.

- *¡Gracias, papá!* Le contesté. Él me miró por el espejo retrovisor al tiempo en que me regalaba su más hermosa sonrisa, puso su mirada nuevamente al frente, y suspiró de una manera única como si hubiese quedado satisfecho. Qué bello hombre.

Estábamos llegando al aeropuerto, mi corazón comenzó a latir rápido y fuerte. Pensaba en mi amiga, y en mi chico. Será que ya llegó, estarán juntos, cómo estará vestido. Cuántas preguntas me hacía. Apenas ingresamos, recorrí con la mirada el interior del aeropuerto, alcancé a ver a mi amiga y su familia (no todos, solo Raúl y don Pablo) en plena formación para el check-in. Pero alguien faltaba. Seguí mirando.

En cuanto nos saludamos, le pregunté a Vanesa: *¿no has visto a Luis Fernando?* A lo que ella respondió: *si lo hubiese visto, ya te lo hubiese dicho.*

- *No, no es verdad.* Le respondí con la característica crudeza amorosa con la que solemos respondernos las amigas: *te conozco como a la palma de mi mano.*

En eso Vanesa comenzó a reír, y agregó: *es verdad... pero es en serio que no lo he visto, te lo juro.* Hizo una pausa sin quitarme esa mirada tan típica de ella, y a media sonrisa, prosiguió: *pero a quien sí vi, fue a Chema, pasó por la casa antes de que saliéramos... ¿quieres hablar de eso?* Con él es con quien quiero hablar, pensé, y en su lugar contesté: *¿y cómo está? ¿Qué te dijo?*

- *Que se sentía muy avergonzado y que no era capaz de mirarte nuevamente a los ojos, y que te deseaba infinitas bendiciones... ¡Ah! Y una larga y feliz vida junto a tu chico.*

- *¡Pero si no somos nada!* Exclamé. Aunque en mis pensamientos culminé con un: “por ahora”.

Era lamentable lo que había sucedido entre nosotros. Jamás me hubiese imaginado que mi mejor amigo estuviese enamorado de mí. Cómo juzgarlo, si yo estaba en la misma situación. La única diferencia sería que Luis Fernando y yo nunca fuimos mejores amigos. Aun así, sus palabras fueron desatinadas: “... Tú necesitas a un hombre que te vea solo a ti, que se preocupe por ti, y no por su cabello...”. Luis Fernando era educado, responsable, y un amor con su familia, él pensaba en todos, era flexible, comprensivo, condescendiente, tolerante. Que fuera demasiado bello

xfísicamente no era su culpa, así como tampoco lo era que yo estuviese enamorada de él. Y por más .que recordara con mente analítica las palabras de mi estimado: "... sé mi novia, yo puedo hace ,que te olvides de él.", no concebía la idea de olvidar a uno haciéndome novia del otro.

² - *Creo que debí haberlo llamado.* Le comenté a Vanesa, quien contestó con un tono burlón: *¿cómo lo ibas a hacer si ahora te la pasas hablando con tu chico?!*

^r - *Bueno, pero eso es ahora.* Me excusé.

^a - *Igualito le ibas a decir que no.* Aclaró mi adorada amiga. Acto seguido, se quedó inmóvil mirando hacia un punto fijo. Luego dirigió su mirada hacia mí y preguntó: *¿acaso la bruja no te dijo que el amor de tu vida llegaría tarde e irreconocible? ¡Wow! No lo había pensado. Las manos se me enfriaron y el corazón se me aceleró. Recordé aquella noche y a esos extraños personajes, Samir y Narcisa, pero más a La Negra Pitonisa diciéndome: "el amor de tu vida llegará a ti tarde, y de una forma irreconocible... pero llegará". Al igual que: "to' lo que tú quiere hacé' en un futuro, lo vaj a hacé'... Pero recuerda que debes sé' paciente y esperá'... Tienes un largo camino que recorreré'..."*

Ser paciente y esperar... un largo camino que recorrer. O sea, que todavía falta, pensé. De igual ^a forma no sentía nada por él, solo lo veía como un amigo. Miré a Vanesa, y le dije: *recuerda que ella me dijo que tenía que esperar, y yo también le dije que no me importaba tener que esperar siempre y cuando él tuviera los ojos verdes, y ella no dijo nada, o sea que sí... y José María tiene los ojos oscuros, o sea que no.* Vanesa soltó una carcajada, y en cuanto pudo reincorporarse ^y agregó: *sí, es verdad, lo recuerdo. De hecho, fue cuando te regaló el collar de cuero con e cuarzo negro que nunca te pusiste.*

[?] - *¡Para que algún día me lo pusiera, algún día! Y con el mismo cordón de cuero y con un nudo de rizo.* Le aclaré a mi amiga con un poco de gracia, quien sonreía por lo dicho. Y continué: *pero hablando en serio, el que sí viene llegando tarde es Luis Fernando, ¿no te parece? Ella respondió con su tan particular manera: bueno, si llega vestido de mujer e irreconocible definitivamente es él.*

Poco antes de abordar el avión, sentí que Vanesa me dio con su codo por un costado y me hizo un ^r gesto con la cabeza para que voltease a ver. ¡Qué emoción! Ahí venía mi chico, tarde pero seguro ^a El corazón se me disparó, frené el grito de alegría con el suéter que llevaba en mi brazo. Giré la ^s cabeza un par de veces mientras él se acercaba, cada vez más, y más. Ahí viene. Qué bello ^o Llevaba un jean azul marino semiajustado, con unas botas marrones, una chemise blanca con la ^a marca estampada del lado izquierdo, un bonito reloj de pulsera plateado, y unos lentes de sol que ^o lo hacían ver escandalosamente sexy. Su cabello lucía perfecto, un poco más largo. La sonrisa que

sde lejos me obsequiaba, me derretía como mantequilla sobre pan recién tostado. Qué hombre tan rhermoso. Al parecer andaba solo y en el auto de uno de sus padres. Lo deduje por las llaves que colgaban de uno de los bolsillos del pantalón.

v- *¡Buenas tardes!* Saludó. Yo me hice la desentendida, como si no me hubiese sorprendido que llegara: *¡ah, hola, Luis!*

- *¿Cómo están?* Nos preguntó a ambas, mientras nos daba un beso en la mejilla a cada una.

l- *¡Bellas como siempre!* Respondió Vanesa. Él se limitó a sonreír, me miró, y dijo: *¡verdad, que pregunta!* Me sentí halagada, era la primera vez que me decía algo así. Se quitó los lentes y se sentó a mi lado. Dios mío, ese aroma, esos ojos... Mi corazón latía con demasiada fuerza, pero mi cara demostraba lo contrario. No quería empalagarlo, ni demostrar desespero. Él en cambio me miraba indiferente. *¿Será que ahora que me voy sí le voy a gustar? ¡No puede ser!*

' - *¿No puede ser qué?* Preguntó él. Dios mío, pensé en voz alta. Rápidamente intenté salir de n aprieto: *nada, Luis...* Astuta como ella sola, Vanesa se adelantó: *lo que pasa es que ella se pone nerviosa cuando viaja, y le da por hablar sola.* Luis comenzó a reír por lo dicho, y agregó *ltranquila, Sofi, no eres la única, yo también me pongo nervioso cuando voy a viajar, aunque no hablo solo.*

r En eso Vanesa preguntó, aparentemente interesada en el tema, o en hacerme sentir cómoda, pues me hallaba en medio de los dos: *¿y a dónde has ido, Luis?* Amablemente, él respondió: *a Estado Unidos, Venezuela, Brasil, y a Bogotá varias veces. Pero ahora creo que estaré yendo a Bogotá un poco más seguido.*

- *¿Y eso?* Pregunté. Él soltó una pequeña risa, y respondió: *intereses que tengo.* Relacioné su respuesta con los negocios del papá, y con el deseo que este tenía de dejar su imperio en manos de Luis Fernando, así que no insistí.

a Como todo un caballero, procuró mantener una conversación que nos incluyera a los tres. Mientras tanto observaba sus bellos rasgos, la forma en como su nariz ligeramente se movía cuando hablaba, las líneas que se formaban en su rostro cuando sonreía, y por supuesto, esa tan particular manera de acomodarse el cabello con la mano, era un deleite. Qué encanto. Por desgracia, en ese momento anunciaron la salida de nuestro vuelo. Mi corazón se puso chiquitico. Sabiamente, él se retiró un poco para dar espacio a la despedida, luego se acercó: *te deseo lo mejor del mundo Sofi. Eres la mejor mujer que he conocido, te prometo que iré a visitarte.*

a e- *Está bien.* Respondí, a lo que Luis Fernando concluyó, con sus manos puestas en mis hombros: *¿por favor, llámame en cuanto llegues, ¿sí?* Por un momento sentí que le importaba más, me sent

como la mujer de Villanueva. “Llámame en cuanto llegues”. Claro que te llamo, te escribo, te envío señales de humo, lo que quieras. Nos dimos un fuerte abrazo, y adiós.

Al llegar a Bogotá, tomamos un taxi que nos llevó directo a casa de mi tía Isabel, la mayor de las tres hermanas. Fue la primera en varios aspectos: la primera en salir de Cúcuta, la primera en casarse, en tener hijos, y la primera en divorciarse. Abogada de profesión, aunque pocas veces la he ejercido. Su exmarido se aseguraba, incluso después de divorciados, de que no les faltara nada, ni a ella ni a sus dos hijos, Jonathan y David, a quienes prácticamente no conocía, ya que ellos solo se habían viajado a Cúcuta una o dos veces (cuando el accidente).

Al parecer, yo no era la única que iba emocionada dentro del taxi, mi mamá también lo estaba. Por el camino hizo varios comentarios sobre mi tía, recuerdos graciosos de su infancia: *ella era más coqueta que Claudia, en una ocasión, creo que un diciembre, le regalaron unas zapatillas muy lindas color rosa... estaba tan contenta que solo hablaba de las zapatillas y del día y la ocasión para la cual las usaría, y las guardó para que nadie se las tocara, pero se le olvidó, dos años después ya no le quedaban, tuvo que regalarlas sin haberlas usado, lloró mucho. Fue muy gracioso para nosotras.*

A pesar de lo gracioso de las anécdotas que mi madre nos contaba, de vez en cuando miraba por la ventana, observaba los edificios, las avenidas, la gente... Disfrutaba del momento, del camino y del clima frío. Era extraño... mientras escuchaba su voz narrar las historias de mi tía, por momentos solo rondaban las palabras de Luis Fernando: “llámame en cuanto llegues”. Quería llegar pronto, tomar el teléfono y discar su número: ¡ya llegué, mi amor, estoy bien! Pero eso no pasaría. Qué fea sensación. Estábamos por llegar a una casa ajena, que aunque era de mi tía, no era igual que estar en casa propia, además, no la veía desde antes de su divorcio (alrededor de cuatro años).

Ella nos esperaba en el porche, aparentemente ansiosa, en compañía de la señora Rosa, su fiel mucama. Una encantadora, amable, gentil y servicial mujer de apenas cuarenta y cinco años de edad, pero con una apariencia de setenta. Una mujer a quien la vida le puso las pruebas más difíciles. En cambio mi tía Isabel, quien sí era mayor que Rosa, lucía más joven. Se veía muy linda, con su cabello crespo suelto, su camisa holgada tipo hindú que resaltaba su blanca y pecosa piel, y su jean ajustado: ¡*HOOOLA!* Exclamó en cuanto nos vio llegar. Qué sonrisa la que tenía, se le notaba contenta de vernos. A mí fue a la primera a quien abrazó y saludó. El recibimiento fue ameno, acompañado con un poco de café recién colado, con leche, y galletas de coco, que deliciosas, mis preferidas. De modo formal, nos dio un recorrido por la propiedad, una casa de dos plantas con tres habitaciones arriba, y una en planta baja (la de Rosa), exhibiéndole discretamente una parte de sus obras de arte y adornos de colección traídos de varias partes de

emundo, todo era bellísimo, cómo negarlo.

En vista de que uno de mis primos (Jonathan) estaba estudiando ingeniería en Holanda, a Vanesa y a mí nos asignaron la habitación que era de él. Francamente me esperaba algo más neutral, sin tanto azul marino, sin esos afiches de autos y calcomanías de marcas extrañas, ni ese extravagante cuadro de la selección nacional de fútbol que colgaba sobre el espaldar de la cama. Qué horror! Aun con el escándalo visual, Vanesa y yo agradecimos a Dios y a mi tía, y nos instalamos de inmediato, ignoramos la decoración y disfrutamos a plenitud el momento. Qué sensación aquella era la primera vez que salíamos de nuestra zona de confort. Las señoras se quedaron conversando en el acogedor patio. Era pequeño, pero con mucho verde, tenía un pequeño espacio de grama con jardineras por las orillas, algunos helechos, magnolias, claveles, y una interesante variedad de orquídeas.

A la mañana siguiente, dos cosas me pasaron por la mente en cuanto abrí los ojos: lo primero fue Luis Fernando, a quien le debía una llamada, y vaya que quería llamarlo, deseaba escuchar su voz y deleitarme con ella, sentirla. La segunda fue el cepillo de dientes. Qué torpe, cómo pude olvidarlo. Me tocó usar el de mi madre.

Por otro lado, la actitud de mi tía permanecía intacta, simpática, alegre, animada. Su apariencia indicaba que iba a salir. Así que oportunamente saqué provecho: *tía, ¿me puedes prestar el teléfono para llamar a alguien, por favor?* Ella sonrió y preguntó: *¿al novio o al pretendiente?* Vanesa fue la primera en reírse. Sentí calor, la suma de la pregunta con las risas burlonas me hicieron sonrojar. Mi tía continuó: *es broma, Sofi, claro que sí, llama todo lo que quieras.* Miró a mi madre: *espero llegar a tiempo, pero de igual manera déjame abrazarte antes de irme...* Terminó con las palabras más hermosas que cualquiera pudiera escuchar en las mañanas: *el desayuno está listo. Arepas fritas con jamón y queso amarillo, café con leche, chocolate caliente y jugo de naranja.* Qué destacada la señora Rosa.

En algún momento, mientras comíamos, una voz masculina se escuchó por detrás de nosotras: *¡buenos días!* Creo que todas, además de pegar un brinco, volteamos en dirección a él. No esperábamos que entrara alguien. Era mi primo David. Jamás pensé que había cambiado tanto. Todas correspondimos con el saludo, haciéndonos las desentendidas, como si no pasara nada: *¡hola, buen día!* Se acercó a mi madre para saludarla con un beso: *¡bendición, tía!*

¡Dios te bendiga, David, ¡si estás grande! Exclamó ella. Y sí, en efecto, ese muchacho estaba bastante grande para como lo recordaba, y para como lucía en algunas de las fotos de la sala.

Por costumbre de mi tía, la calefacción estaba encendida, la temperatura dentro de la casa era cálida. David andaba sin franela, exhibiendo su bronceado y fuerte torso. Debo reconocerlo

parecía modelo de revista. Qué pecho, qué abdominales, pero qué cabello tan espantoso, ¡tenía dreadlocks!

Para los que no saben, los dreadlocks son un tipo de peinado formado por cabello enredado y tejido, característico de los rastafari, personas que simpatizan con la playa, la música reggae y los surfistas. Él era uno.

Mi madre lo presentó con doña Emilia y Vanesa, a quienes ligeramente se les notaba la incomodidad en sus caras. Era gracioso verlas, debo admitir que muy en el fondo me reía de ellas. No sabían hacia dónde dirigir sus miradas, miraban el pecho de él, luego la mesa, luego su cara su pecho, la mesa, a mi mamá, a la mesa, a él, hacia los lados, entre ellas... pues de donde venimos, ver a un hombre sin franela no era algo común, y menos a uno tan bien formado como David. Él sin embargo parecía no darle importancia al hecho. Por un lado, estábamos en su casa, y por el otro, era un chico de capital. Aparte de privilegiado, moderno. Nos pidió que nos quedáramos y le hiciéramos compañía mientras desayunaba. Rosa, casi de inmediato, apareció para atenderlo: *¿qué quiere para desayunar el señor?*

¿El señor?! Pensé. ¿Con esos pelos enredados, aparentemente sucios, y sin franela?! Pero dejé el prejuicio de lado y me permití observar. Él respondió: *prepáreme una tortilla de huevos con papa, pan tostado, y sírvame un café con poca leche*. Ella acató la orden y se dispuso a atender al “señor”.

- *¿Entonces van a estudiar medicina?* Preguntó David, con un poco de deportividad, como si no tratáramos de siempre. Vanesa lo corrigió: *no, enfermería*.

¡Ah, maravilloso! Yo tengo un amigo que está forrado en billete y se fue a Estados Unidos a estudiar eso. Surfeábamos juntos... De inmediato las palabras: “Dios, qué presumido”, me vinieron a la mente. No sé por qué, pero David a simple vista no me agradó. No era su culpa simplemente me chocaba su cabello, y un poco su acento, al cual me tuve que acostumbrar marcaba lo consentido que era, y físicamente había cambiado mucho. Estaba sentada frente a un casi desconocido. Él continuó: *su viejo tiene varios negocios de equipos y suministros médicos allá y acá en Bogotá*. Muy bien, ahora sí nos estamos entendiendo, pensé. Me quedé con el dato reservado (varios negocios de equipos y suministros médicos allá y acá en Bogotá), y me dispuse a prestarle atención al resto de su conversación. Por desgracia, fue lo único interesante que pude escuchar. David era un niño mimado, nunca tuvo que trabajar ni hacer mayor esfuerzo para vivir bien. Entrenaba entre tres y cinco días por semana, por eso su perfecto cuerpo. Lo malo era que jamás tomaba un libro, por eso su escaso lenguaje y limitados temas de conversación. Aun así intentaba ser lo más amable y respetuoso posible con nosotras.

Desafortunadamente, mi tía no estuvo para despedirse de nuestras madres. Vanesa y yo tratamos de dirigir nuestra atención hacia los próximos pasos: pagar los derechos de inscripción para poder presentar la prueba de admisión, llevarlos a la universidad, y llamar a Luis Fernando. Pero primero lo primero: comprarme un cepillo de dientes. Emocionadas comenzamos a planificar una salida, ya el pretexto lo teníamos, la excusa perfecta. La cuestión era cómo salir de ahí, no conocíamos nada. Dependíamos de la buena voluntad de mi tía para que nos llevara a dar una vuelta en la que conoceríamos un poco la ciudad, solo había que solicitárselo. Además, cuando uno recibe visitas, lo normal es convidarlos a pasear para que conozcan los lugares más emblemáticos de la ciudad, así sea solo para verlos a través de la ventanilla del auto. Para nosotras que veníamos de un pueblo, ir por algo de pan y queso, a tan solo un par de cuadras, y era una aventura.

Al final de la tarde, no éramos las únicas que esperábamos a mi tía, David también lo hacía: *¿cómo van a hacer para estudiar en la Universidad Javeriana? ¿Sus viejos les van a enviar dinero, o se van a conseguir un trabajo? Porque acá en Bogotá la vida es bien cara.*

- *Bueno, la verdad es una combinación de todo, nosotras tenemos algunos ahorros, pero igual nos van a ayudar, y también pensamos trabajar mientras estamos estudiando.* Respondí. David pareció haberse impresionado: *¡¿Que qué?! ¡No te creo! ¿Es en serio? ¿Trabajar y estudiar?* Vanesa y yo no comprendimos su exaltación. Él continuó: *yo sí es verdad que no. O estudio, o trabajo.* En eso Vanesa le preguntó: *¿y a qué te dedicas, David?*

- *Bueno, actualmente estoy trabajando en un proyecto con unos amigos para crear una marca con estilo playero.*

- *O sea que no estudias...* A lo que David, trabado un poco de la lengua, respondió: *bueno, pues no, actualmente no, pero sí, claro, algún día pienso estudiar, de hecho, me gustaría estudiar administración de empresas.* Vanesa se limitó a sonreír.

- *¿Y de qué, o para qué es exactamente esa marca?* Pregunté yo.

Aunque su proyecto sonaba interesante, estaba plagado de detalles aparentemente desapercibidos por él. De igual manera lo escuchamos. Parecía ilusionado con el desarrollo de su idea, e entusiasmo le brotaba por los ojos. En ese momento noté que David era un buen tipo, diferente, sí con poco estudio, sí, pero avivado, simpático y carismático. En un abrir y cerrar de ojos estábamos conversando como el propio trío de guacharacas. Pasábamos de un tema a otro, no reíamos. Parecía que nos conocíamos desde hacía tiempo, no se percibía incomodidad alguna entre nosotros, aunque claramente a David le llamaba la atención Vanesa. De vez en cuando notaba como la miraba, parecía que quería memorizar sus rasgos, o simplemente se deleitaba con verlos.

e- ¿Y cuántos años tienes? Preguntó Vanesa. A lo que David, con una amplia sonrisa le respondió: *veintiuno, ¿y tú?*

^o - *Dieciocho*. Contestó ella. Y tan rápido como la miré, me hice la desentendida. Vanesa no tenía ^a dieciocho años, los iba a cumplir en mayo, específicamente el día siete. Él no notó nada ; ^o continuó: *o sea que podemos salir un día de estos a dar unas vueltas por la ciudad, para que la ^a conozcan*. Me miró, sonrió. ¿Y por qué no nos llevas hoy? Pensé. Así me compro un cepillo de ^o dientes, que no tengo.

^s Él y Vanesa continuaron conversando sobre surf y deportes de alto riesgo. Yo los observaba ^a congeniaron muy bien. Ambos tenían cosas en común: conversadores, con una eterna hambre gusto por los deportes extremos, y un cabello original. David de vez en cuando me miraba ; mientras hablaba, y sonreía, como para no hacerme sentir excluida del grupo, a pesar de todo, era ^y un caballero. En cuanto mi tía llegó, salió disparado como corcho de botella a pedirle lo que ^r necesitaba: *chau, chau...* se despidió y se fue (no volvimos a saber de él hasta varios días después). En cambio a nosotras, en cuanto vimos la cara de cansancio de mi querida tía, las ganas ^l de salir se nos esfumaron. El sentido común y la conciencia se interpusieron. Se le notaba agotada ; apenas nos saludó: *niñas, lamento no haber estado para despedir a sus madres*. Le ordenó a la [?] señora Rosa que le llevara algo de comer a la habitación, y se encerró.

^o Esa noche dos acontecimientos me subieron poderosamente el ánimo. El primero de ellos fue escuchar la voz de mi Luis Fernando, al principio el corazón me latía con demasiada fuerza, ya después ^o eran los músculos de la cara los que me dolían de tanto reír. Qué ocurrencias las de mi chico ; jamás pensé que fuese tan gracioso, cómo me alegró. Me estaba empezando a gustar la idea de ^o mantenerme en contacto con él. El segundo fue que Vanesa le había pedido a la señora Rosa que ^r nos ayudara a ubicarnos geográficamente en la ciudad, y si era posible, nos indicara cuáles serían ^o los medios de transporte correspondientes para nuestras próximas ocasiones, pues luego de haber ^s debatido un buen rato en nuestra nueva habitación, llegamos a la conclusión de que lo mejor sería : no importunar a mi tía con nuestras cosas. Ya bastante hacía con acogernos en su hermosa casa, ; ^s darnos comida. Por supuesto, Rosa aceptó ayudarnos: *claro que puedo ayudarlas, esta es una ^o ciudad muy grande, y peligrosa también... da miedo, pero como todo en la vida, se supera, ; ^o uno aprende a movilizarse*. Qué buena gente era esa señora, la bondad era su virtud. En ese ^s momento nos sentíamos en cierta medida, amparadas, protegidas por ese ángel que amablemente ^s nos servía una exquisita cena.

^a - *Yo el domingo lo tengo libre, puedo quedarme y llevarlas al mercado para que lo conozcan, ; ^a así las llevo a comer bandeja paisa en un sitio que conozco, es barato y muy sabroso*
Emocionada por la cita, con una simpática sonrisa la señora Rosa terminó diciendo: *yo la*

:convido, mañana me paga la doña.

- ¡No, cómo cree! Nosotras la convidamos a usted. Dijo Vanesa. Yo consentí la sugerencia de mi amiga: no, qué pena, con que nos lleve ya es suficiente.

y- Suficiente nada, mi niña, cuando yo llegué a Bogotá no tenía a nadie a quien recurrir ni sabía dónde quedaba nada. No se imaginan las cosas que me pasaron: me perdí, me robaron, viví en la calle... Pero por suerte conocí a alguien en el mercado que me echó una mano, me dio techo y comida, y me puso a trabajar limpiando baños ahí mismo en el mercado. Pasado un tiempo, esa misma persona me recomendó con tu tía, y desde entonces estoy aquí, agradecida con Dios, con la Providencia, y con don Jesús García, por enseñarme desinteresadamente a servir, por ese ayuda a todo el que puedo.

a

e

s El lunes por la mañana agradecemos nuevamente a la señora Rosa por el grato gesto que tuvo al llevarnos de paseo por el mercado La Concordia, al igual que por el desayuno preparado con tanto amor. Nos hizo empanadas de jamón y queso. Ella se sentó con nosotras a desayunar, y a conversar. Aprovechamos para repasar las rutas que tomaríamos para las diligencias programadas. Nosotras nos encontrábamos en El Prado, nuestro destino más recurrente sería la Universidad Javeriana, a la que pretendíamos ingresar, y por supuesto, el centro de la ciudad.

e

s Mientras tanto, mi tía permanecía en su habitación. Ella acostumbraba pasar largas horas encerrada, quizá viendo tele, meditando, o simplemente disfrutando de la soledad, la verdad es que nunca lo supe. También tenía ciertas manías, o mañas, de esas que agarra uno cuando se envejece. La cocina debía estar impecable. No podía ver una gota de agua en el piso del baño, ni residuos en el lavamanos. Eso lo odiaba. Le gustaba desayunar en el patio, preferiblemente sola, y en silencio. David, por su parte, era muy desentendido de todo, y esa mañana también brillaba por su ausencia. Según la señora Rosa, se había quedado fuera de la ciudad con unos amigos. Qué vida tan difícil la del “señor”.

¿Afortunadamente, ese día no tuvimos inconvenientes para nuestras diligencias, todo salió de maravilla, mejor de lo que esperábamos. Las sugerencias brindadas por la señora Rosa no resultaron de mucho beneficio. Conocimos otra parte de la ciudad, y también a algunas personas entre ellas a José Daniel. No sé si mi amiga, pero yo me sentía como en otro país, el clima frío, la gente, la arquitectura, todo me tenía encantada. Lo único que me espantaba era la distancia entre la casa de mi tía y el resto de los sitios a los que requeríamos ir. Tardábamos alrededor de una hora, o más en llegar a la universidad, y una hora y media, o más, si era hasta el centro de Bogotá. Debíamos tomar varios autobuses, si deseábamos estudiar y trabajar, era necesario considerar e

tema. No obstante, dejé que fuese mi amiga la que tuviese la iniciativa o la solución.

Las mañanas sucesivas no tuvieron mucha diferencia entre sí. Nos levantábamos, desayunábamos con la señora Rosa, salíamos a la calle a buscar trabajo y a familiarizarnos con la ciudad. A pesar de que mi primo David brillaba por su ausencia y mi tía Isabel casi no se sentía, esa mañana aparecieron en la cocina: *buenos días*. Saludaron. Ambos estaban vestidos semicasual. La elegancia y buen gusto de mi tía no me sorprendía, pero mi primo David nos dejó boquiabiertas. Lo primero que notamos fue su cabello, lo llevaba recogido y se había afeitado. Tenía puesto un pantalón azul marino, con una camisa color salmón, y sobre ella una chaqueta marrón oscuro. Sentaron junto a nosotras, David como siempre inmerso en su mundo, no se percató de nada, mi tía preguntó: *¿y cuáles son sus planes para hoy?*

- *Pensamos ir al centro, pero creo que primero vamos a pasar por la universidad a ver si encuentro trabajo por ahí cerca.* Contesté. Ella respondió: *de eso quería hablarles...* La atención de nosotras se fijó en ella: *el problema es que ustedes son menores de edad, y aunque tengan permiso de sus padres y muchas ganas de trabajar, estoy casi segura de que muchos van a querer aprovecharse...* De inmediato el temor apareció. Ella continuó: *lo más probable es que les paguen menos... pero yo tengo un amigo... bueno, un conocido que tiene una panadería y está buscando personal, y quizá les pueda interesar.* Por no quedar mal con mi tía, fuimos a esa panadería y todo era aparentemente bueno, salvo que no había flexibilidad en el horario. No insistimos.

La semana siguiente, las cosas comenzaron a andar como esperábamos. Vanesa fue contratada como asistente personal en una tienda de ropa para damas ubicada en el centro de la ciudad, con buena remuneración y flexibilidad en el horario, la cual pertenecía a Ivana Estela, una tía de José y Daniel, nuestro nuevo amigo, quien tenía veinticuatro años de edad, delgado, alto, de piel clara con ojos y cabello marrón y con una personalidad atrapante, casualmente había egresado de la Universidad Javeriana. Lo conocimos en el banco cuando hacíamos unos depósitos relacionados con el proceso de inscripción universitaria. Fue nuestro acento lo que en segunda instancia llamó la atención. Los ojos azules de Vanesa fueron lo primero.

- *Buenos días.* Saludó Vanesa al tiempo en que colocaba los recibos junto con el dinero frente a él. Este permaneció inmóvil y mudo por un par de segundos, mirándola. Tomó los recibos y el dinero: *buen día, señoritas.* Y en cuanto se percató de la operación que íbamos a hacer, comenzó a hablar: *¿van a estudiar en la Universidad Javeriana? Yo egresé de esa universidad...* De inmediato Vanesa y él se pusieron a conversar mientras este hacía su trabajo. Antes de despedirse le dio su número telefónico para que lo llamara, prometiéndole hacer lo que estuviese a su alcance para ayudarla.

En cuanto a mí, gracias al padre de Luis Fernando, un hombre influyente y empresario, conseguí trabajo como asistente en la empresa de su primo. Un poco más retirado, sí, pero con los mismos beneficios que mi querida amiga.

Poco a poco nos fuimos adaptando a las condiciones y circunstancias: mi tía en su habitación, David quién sabe dónde, desayunos a solas con la señora Rosa, largos y cansinos trayectos para llegar a nuestros trabajos, tener que separarnos cada mañana, y sobre todo, a no tener a nuestras madres cerca. Lo reconfortante de todo era que mi relación con Luis Fernando había comenzado a cambiar, en todos los sentidos. Hablábamos casi todos los días. Teníamos interminables temas de conversación, pero había uno muy especial.

- *Tengo muchas ganas de verte, no sabes cuánto.*

i
n - *A mí también me gustaría.*

n
r - *Pero te tienes que preparar psicológicamente, Sofi.*

l - *¿Por qué?*

s
i - *Porque cuando te vea, te voy a besar.* Los vellos de todo mi cuerpo celebraron con euforia la declaración. Dios, cuánto deseé escuchar esas palabras. La sonrisa me llegó a las orejas, sentí calor: *ay, por Dios, Luis, qué loco eres.*

Días después recordé la carta que Vanesa me dio cuando cumplí años: "... cuando las oraciones que hacemos con el corazón, realmente son escuchadas. Y las peticiones que le hacemos a Dios de esa manera, terminan convirtiéndose en hechos...". Qué acertada mi amiga. Me emocionaba sobremedida imaginar que mis plegarias habían sido oídas, y que Luis Fernando sería para mí. Y en mi mente tenía todo preparado. Lo convenzo para que se venga a trabajar acá en algún negocio de su papá, luego nos comprometemos, nos casamos, tenemos hijos... Más adelante recordé a la simpática Pitonisa: "Evita los pactos con Dios... Recuerda que debes ser paciente y esperar... Tienes un largo camino que recorrer... El amor de tu vida llegará tarde, y de una forma irreconocible", qué confusión, qué dilema. Bueno, ya he esperado bastante tiempo por él, eso lo hace "tarde", pero... ¿irreconocible? De qué manera pudiera ser. Buscaba justificar la predicción para hacerla coincidir como fuera posible. Qué necia.

l
5 A casi un mes de mudadas, David nos propuso una salida por la ciudad, visitaríamos algunos amigos y conoceríamos algunos locales. Bendita propuesta, era justo lo que necesitábamos. Como siempre, Vanesa se lució con su vestimenta y el cabello, tenía un gusto exquisito por verse bien para cualquier ocasión: *¡Wow! Te queda bellísimo el cabello así.* Le dije apenas la vi. Lo tenía peinado con unas hermosas trenzas. Lucía más bella de lo normal, se veía moderna con sus nuevo

íjeans ajustados, su chaqueta y su bufanda. Yo en cambio me dejé el cabello suelto, como de costumbre, y al igual que Vanesa, también estrenaba ropa. David quedó sorprendido al verla, de la misma manera que ella con él. Ambos se habían destacado. Él llevaba unos jeans oscuros, con una camisa de cuadros, por dentro del pantalón, una chaqueta negra, y el cabello recogido.

a- *Qué bonitas están.* Piropeó en cuanto nos vio. *Y tú no te quedas atrás... también te ves bien*
sContesté. Él me miró, sonrió, dirigió su mirada hacia Vanesa y le preguntó: *¿y tú qué opinas, me aveo bien?* Vanesa le contestó con otra pregunta: *¿y a ti qué te parece mi cabello, te gusta?*

e- *¡Hermoso, bellissimo! Con una mujer así como tú, sí me casaría.* Ciertamente, David era un hombre sin ataduras ni compromisos, libre. En algún momento llegué a escucharle decir: “yo jamás me casaría”. Aun así, había una extraña química entre ellos, pero Vanesa insistía en que no aseguraba que solo le gustaba como amigo por las cosas que tenían en común.

Esa noche David tuvo que conocer la verdad. Ambas éramos menores de edad. Por un momento pensamos que la noticia cambiaría los planes, mas no fue así. La novedad no pareció importarles mucho, de hecho, lo tomó con gracia. Fue una de las mejores noches de mi vida. Al cabo de unas meses ya estábamos familiarizadas con la ciudad y los establecimientos, habíamos conocido varios locales: Doña Bárbara, Topsy, Reina de Corazones, Tramonti y Casa San Isidro. Además de eso habíamos hecho varias amistades, entre ellos: Christian y Mauricio, amigos de David, y María Celeste, pareja de Christian desde adolescentes.

s
e
a
a
o
a
y
a
a
o
a
s
María Celeste tenía una energía única, y una particular manera de expresarse, notándose en ella su nivel cultural. Una mujer sin tabúes ni prejuicios. A sus veinticinco años de edad había conocido el mundo, desde pequeña vacacionaba en Mar del Plata, Argentina; Rio de Janeiro, Brasil; Margarita, Venezuela. Estudió artes plásticas en Londres, Inglaterra, y tuvo la oportunidad de conocer la India. Practicante de la meditación, hacía yoga, y comía lo más sano posible. Esbelta y más alta que nosotras y de piel clara, cabello crespo, castaño claro, por encima de los hombros un poquito alborotado. Aunque María Celeste no era la única mujer del grupo, era la más cercana a nosotras, nos juntábamos las tres a conversar cada vez que salíamos: *yo creo que Mauricio le gusta de ti.* Me comentó una noche.

- *¿En serio?* Le pregunté, haciéndome la desentendida, como si fuera una sorpresa. Ya Vanesa me había alertado. María Celeste continuó: *pero no te veo con él.* A decir verdad, Mauricio había comenzado a frecuentar considerablemente la casa de mi tía, según él, por otras razones. No todo nos le creíamos, incluso David.

a
s
Mientras tanto, algo extraño ocurría en el comportamiento de Vanesa. En ocasiones llegaba más tarde de lo normal, sin dar mayores explicaciones. Por lo general le endosaba la culpa al trabajo

eHablabamos más seguido por teléfono, sin decir con quien. No parecía distante, mas sí reservada como cuando uno esconde un secreto, o calla algo importante. Una actitud que me resultaba absolutamente familiar. En una ocasión llegó a casa con un ramo de rosas y una caja de chocolates.

.- *¿Y esas flores?* Le pregunté. A lo que ella contestó: *me las regaló un cliente, con estos chocolates, ¿quieres?* Pero... ¿qué cliente? Si la tienda en la que trabajaba era de ropa femenina. Algo no encajaba. Sabía que algo ocurría, solo era cuestión de tiempo para enterarme. Como bien decía mi querido padre: “las cosas caen por sí solas. Tiempo al tiempo”.

oDías después apareció la señora Rosa en nuestra habitación, específicamente, el sábado catorce de marzo a las 6:45 a. m.: *niñas, despiértense*. Qué susto. Ambas saltamos de la cama, con el corazón a mil: *¡ay, Dios, ¿qué pasó?!* Exclamamos. Encendió la luz, y en voz baja nos anunció: *acaban de llamar de Cúcuta, es la mamá de Vanesa, dice que ya nació su sobrina, que nació sana, a las 2:45 a. m.* Qué maravillosa noticia. Ambas nos tapamos la boca con las almohadas para no gritar de la emoción, y de la risa, pues Vanesa y yo habíamos hecho una apuesta sobre el día en que nacería la bebé, y ella había apostado al quince de marzo. Casi gana. Yo ni cerca aposté al siete de abril.

aEsa mañana me enteré de otra noticia que me dejó boquiabierto. Luego de haber hablado con su familia, Vanesa volvió al teléfono, y por curiosidad le pregunté: *¿a quién vas a llamar?* Ella contestó sin pena alguna: *a José Daniel*. ¡¿Que qué?! Sabía que él de vez en cuando la telefoneaba a la tienda, mas no imaginé que la confianza fuera así, como para contarle la novedad de su familia.

e- *No te había querido decir nada todavía, porque es de hace poco...*

'- *¿De hace poco, qué?* Pregunté. Vanesa suspiró tan hondo como pudo, y luego de exhalar, aclaró: *hace un par de semanas que nos estamos viendo*. ¡¿Que qué?! Cómo era posible que yo no lo supiera. Se supone que soy su mejor amiga. Ella continuó: *él comenzó a llamarme a la tienda para saludar... luego comenzó a ir a verme, pasaba después del trabajo... un día salimos, ; así...*

e- *¿O sea que cuando llegas tarde es porque andas con él...?* Con un ligero movimiento de la cabeza, y una nerviosa sonrisa que aspiraba aparecer de lado, respondió: *sí*.

- *Pero... ¿por qué no me habías dicho nada?* Insistí. Ella me aclaró las cosas alegando que por sugerencia del mismo José Daniel, ambos habían decidido aparentar tener una relación, solo para que se lo creyeran en la tienda y así ella mantuviese sus beneficios, por eso las llamadas y las visitas. Pero ocurrió lo que no se esperaban, ¿o sí?... Comenzaron a gustarse, a sentirse

„poderosamente atraídos el uno por el otro. La personalidad de José Daniel fue más que suficiente para atrapar a mi amiga. Hablamos de un hombre varonil, seguro, caballero, inteligente, detallista y gracioso, y con una voz de locutor que sin remedio alguno terminó de enamorarla.

Ella no sabía qué hacer con lo que estaba sintiendo. Había una diferencia de edad. Él veinticuatro años, ella casi dieciocho. Él profesional, ella esperando ingresar a la universidad. Sabía que él le movía el piso, que le aceleraba el corazón y que le encantaba oír su voz. Sabía que disfrutaba de su compañía, y que, cuando estaban juntos, no existía el tiempo. Estaba flotando en un mar de sentimientos y emociones que, en cierta medida, la aterraban. Jamás había visto esos ojos azules brillar tanto. Sorprendida le comenté: *pensé que te gustaba David*. Ella soltó una carcajada y exclamó: *¡por Dios, claro que no! Te he dicho mil veces que no, que él me gusta como amigo*. Y todo encajaba... De verdad hablaba en serio. Vanesa estaba enamorada de José Daniel.

La primera vez que salí con ellos fue inolvidable, visitamos el restaurant The Place. José Daniel invitó a un amigo de la infancia para que me hiciera compañía, pensaba que así no me sentiría incómoda. Oswaldo Peña, un hombre que inicialmente me cayó como una patada en el hígado, lo primero que dijo cuando nos presentaron fue: *Sofía, la que comió lentejas frías*. Vanesa no dudó en reírse descontroladamente. Yo en cambio sonreí por educación: *mucho gusto, Oswaldo... e que... traté de pensar en algo gracioso que rimara con su nombre, pero no pude*. Él en cambio no desaprovechó ocasión para hacernos reír. A cada tanto se le ocurrían unas cosas que por poco no hacía botar la comida por la nariz. Qué loco era. Hacía la velada divertida. En algún momento de la noche, José Daniel, quien por primera vez degustaba un Tiramisú, comentó: *¡mmm, qué rico postre! No está mal*. Inmediatamente Oswaldo dijo: *claro que no es Tamal, bobo, es Tiramisú*. Fue la segunda estrepitosa carcajada de Vanesa. Era difícil tomarse las cosas en serio con ese personaje de baja estatura, contextura gruesa, piel clara, ojos marrones, igual que su cabello. Trabajaba como vendedor de repuestos de autos, y a sus veinticinco años de edad era independiente. A partir de esa noche, nos hicimos buenos amigos.

No pasó mucho para que David se enterara de lo que estaba ocurriendo entre Vanesa y José Daniel. Fue la señora Rosa quien se lo hizo saber. Según ella, él la tomó desprevenida. David había comenzado a sospechar. Sabía que nosotras salíamos la mayoría de los fines de semana mano a mano con quien, y de la recurrencia de Vanesa al teléfono en las noches, cosa que ella no hacía anteriormente. Creo que eso le mortificaba. Estaba comenzando a ver a Vanesa distanciarse. Una mañana, cuando nosotras nos encontrábamos en el trabajo, sacó provecho de la bondad e inocencia de la señora Rosa: *hace días que no veo a mi prima*. Le comentó él mientras se desayunaba a las 10:30 a. m. Ella le respondió: *si baja a desayunar más temprano la encontrará aquí, señor*. David la encantó con su discurso: *me gusta que estén acá, así la casa no*

ese siente tan sola, ¿verdad?

»- Es verdad, señor.

- De todas mis primas, Sofía es mi preferida, ¿lo sabías? La conozco desde que era una bebé

»Sin descuidar la charla, la señora Rosa procuró atender las tareas pendientes en la cocina: lavó los trastes, puso varias cosas en su lugar, pasaba trapo a los mesones y puertas de los gabinetes

*»David continuaba: *ellas aquí van a aprender mucho, más que en ese pueblo donde vivían antes... pero Bogotá es peligrosa, y de verdad me preocupo por ellas... Hace poco vi un asalto a plena luz del día, ¿te conté?**

»y
*a- No, señor, no me contó. La señora Rosa continuaba limpiando la cocina. David mantenía un perfecto equilibrio entre sus sándwiches de jamón y queso amarillo, y el discurso: *sí, fue una locura, nadie hizo nada... Yo iba manejando, así que no podía, si no, me hubiese metido. Es una locura esta ciudad, recuerdo una vez que salimos, vi como un tipo se le quedó mirando a Vanesa, de una manera sospechosa, y de verdad me preocupa... ella llama mucho la atención ¿no te parece?**

*»1- Sí, señor, llama mucho la atención. Respondió la señora Rosa. A lo que David preguntó: *¿dónde es que está trabajando ella? Es que se me olvidó...**

»S- En una tienda de ropa para damas en el centro, señor.

»e
»- Ah, verdad... ¿Y cómo es que se llama el nuevo amigo?

*»i.- José Daniel. Apenas respondió, la señora Rosa sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Se detuvo por unos segundos. Los ojos le brotaron, las manos se le helaron, su cara palideció. Había cometido un error. Lo primero que le pedimos: ¡no le vayas a decir a nadie! Pero no la culpó por ello. David era astuto, sabía persuadir, manipular y hasta engañar, mas no sabía controlar sus emociones. Bendita reacción la de los hombres arrogantes, torpes y volátiles. Lo primero que hizo mi estimado primo fue abordar a Vanesa cuando nosotras cenábamos, casi desesperadamente, en una actitud que denotaba molestia, o malcriadez: *¿es verdad que tú estás saliendo con alguien?!**

*»s- Un momento, David, primero que nada, me bajas el tono, yo podré estar en tu casa, pero no te permitiré que me hables así. David moderó su actitud: *perdón, Vanesa, pero, ¿es verdad? Vanesa le aclaró la inquietud con un rotundo: *sí, David, es verdad.* La dramática entrada le había cerrado cualquier tipo de condescendencia.**

»S- Pero pensé que tú y yo estábamos saliendo. Al parecer, a mi primo no le importaba que yo estuviese en medio de los dos, observando esa novela real, en tiempo real, y frente a mí.

»- Yo siempre fui frontal contigo, David, y aun así, tú quisiste que siguiéramos compartiend

como amigos.

- Pero yo creí que te gustaba, que te estabas haciendo del rogar y por eso seguí la corriente.. “Siguió la corriente” qué equivocado estaba. Esa noche David aprendió tres lecciones importantísimas, la primera de ellas, que siempre es mejor “saber algo” que “creer algo”. Certezmata suposición. La segunda de ellas, que las mujeres disfrutamos de los elogios y del buen trato de un hombre, sin que ello necesariamente signifique que sentimos interés o que nos hacemos “de rogar” y por último, pero no menos importante, que el desespero de un hombre hace que nosotras nos espantemos.

A pesar de ello, la necesidad se impuso y David siguió en su intento: *¿dime qué tengo de malo?* ¡Eh, ¡cabello! Pensé yo. Vanesa en cambio respondió: *pues nada, David, pero...*

- *¿Dime qué puedo hacer para que te fijas en mí?* Estaba desesperado por encontrar una oportunidad. Prácticamente le suplicaba a mi amiga: *dime qué te gusta y yo te lo regalo. Si quieres viajar, viajamos...* Pobre niño rico, de verdad sentía pena por él. Ya no era por el hecho de haberse estrellado con ella, sino por lo bajo que estaba cayendo. Estoy segura de que por lo momento de Vanesa pasaron las palabras: *¡si me gusta algo, me lo regalo yo misma! ¡Y si quieres viajar, lo hago con mi amiga!* Pero en su lugar, se contuvo, y respondió: *David, eres una de las personas más originales que he conocido en mi vida, y es mucho lo que tengo que agradecerte. Tú me agradas como amigo, lo sabes... Yo nunca quise ilusionarte y de verdad lamento que hayas malinterpretado todo.*

Por desgracia, David tuvo dificultad para controlar su actitud esa noche, y también los días siguientes. Nos mostró sin escatimar toda la inmadurez de la que fue capaz. Comenzó a hacer acto de presencia en las comidas (desayuno y cena), a ocupar el teléfono por las noches, y a reunirse con sus amigos los fines de semana, ahí, en la casa, con nosotras dentro de nuestra habitación incómodas, intentado dormir para recuperar parte de la energía que se nos había ido en la semana. Evidentemente, David lo hacía con mala intención. Buscaba hacernos sentir incómodas. Era una especie de venganza hacia Vanesa. Qué infantil y poco hombre mi primo, en vez de esmerarse un poco, seguramente hubiese quedado mejor parado ante nosotras, y no digo que como un hombre ideal, mas sí como un hombre menos imbécil. Entendía perfectamente que se sentía frustrado por el rechazo de Vanesa, ¿pero llegar a los ridículos extremos de fastidiarnos por simple gusto? No, amigo, eso sí que no. A mi estimado primo todavía le faltaba aprender unas cuantas lecciones más sobre mujeres.

En tal sentido, el tema de la mudanza se hizo estrictamente necesario, y no fui yo quien tuvo que iniciarlo: *¿y si nos mudamos?* Preguntó Vanesa.

o

- *La verdad es que no lo había pensado. Contesté. A lo que ella me increpó: no hables tontería, porque te la pasas quejándote de si es muy lejos esto, que cuánto me toma llegar aquí, o allá*

Me reí por lo gestos que hacía y por la voz que mi querida amiga ridículamente usó para imitarme

Luego continuó: *¿recuerdas la vez que llegué con las rosas y los chocolates?*

- *Sí, cómo olvidarlo, si me ocultaste algo. Ella como si nada continuó: bueno, esto tampoco te va a la gustar... o sí, no lo sé. La duda o la confusión se manifestaron en mi rostro. Con el ceño sfruncido y la cabeza medianamente inclinada hacia el lado izquierdo, la escuché: esa noche Dan me invitó a cenar, estuvimos conversando sobre eso, y me contó que un primo tiene una casa desocupada en Los Rosales, pero no está equipada, y eso sería mucho para nosotras, pagarla y equiparla. Pero tiene una tía viuda que vive sola, también en Los Rosales, y me dijo que ella quizá, podía rentarnos una pieza.*

- *¿Y por qué no me habías dicho nada? Le pregunté. Ella respiró hondo, y respondió: porque apenas estaba conociendo a Dani y aquí no nos faltaba nada. Además, desde que llegamos me había sentido bastante cómoda, hasta le había agarrado cariño al afiche de la selección de fútbol, ver todos los días a Hugo "Pitillo" Valencia, Benjamín "Mincho", Luis Francisco "Chicho" Pérez y José "Cheché" Hernández, me estaba dando gusto, pero llegó la hora...*

Afortunadamente, ambas teníamos con quien desahogarnos, ella a José Daniel (Dani), y yo a Luis Fernando. Sin embargo, era la primera vez en mi vida que me sobraba atención, pues Mauricio uno de los mejores amigos de David, recientemente había comenzado a buscarme. Visitaba a David más de lo normal, y me dejaba notas bajo la puerta, o con la señora Rosa, notas como: "Me gustas más de lo que te puedes imaginar" o "Si supieras cómo se me acelera el corazón cuando te veo". El número de teléfono de su casa también me lo había dejado en una de las tantas notas. Qué desgracia para él puesto que mi corazón latía por Luis Fernando y cada vez que podía me comunicaba con él. En ocasiones me robaba una llamada en la oficina, o hacía espera por las noches hasta que David desocupara el teléfono. A medida que transcurrían los días y las semanas me sentía más cercana a él, y creo que él también sentía lo mismo hacia mí. Con el tiempo había cambiado su trato conmigo, ya no me llamaba tanto por mi nombre, en su lugar me decía: amor bella, o preciosa; lo cual me encantaba, me derretía. Yo más reservada y conservadora, lo seguía llamando por su nombre, pero en mi mente le decía: guapo, mi cielo hermoso, cosito bello.

Como religiosamente solía hacerlo, llamé a mis padres para contarles la nueva noticia, me excusé sin alejarme de la verdad, en que el motivo de la mudanza se debía a la lejanía de la casa de mi tía a nuestros lugares de interés, además de que ya era hora de que Vanesa y yo buscáramos independizarnos y tener nuestra privacidad. Ellos no dijeron más que: *si se trata del mejor interés de ustedes, no vemos problema alguno. Sabes que cuentan con nosotros siempre. La vida*

sme premió con unos padres tan comprensivos y amorosos. No cabe duda de ello.

Pronto Vanesa y yo conseguimos residencia en una hermosa casa. Mucho más cercana a la universidad y a nuestros trabajos. La noticia tomó por sorpresa a mi tía, quien jamás supo sobre las verdaderas razones que nos motivaron a agilizar la mudanza. Ella esperaba que no quedáramos más tiempo. De hecho, nos insistió un buen rato, pero comprendió que nos resultaba práctico y conveniente mudarnos, en especial para esa zona. Por supuesto, nos dejó las puertas de su casa abiertas para lo que fuera.

Más adelante, luego del desordenado y estresante proceso de mudanza, por fin ya estábamos en nuestro nuevo hogar, acostadas en la que a partir de ese momento sería mi nueva cama, agitada por la actividad, mirando al techo, rodeadas de cajas, bolsas y maletas. Las habitaciones eran neutras en su decoración, predominaba el blanco en ellas, y no tenía calcomanías pegadas en las puertas, ni mucho menos un póster de la selección de fútbol. Qué alivio. De pronto las palabras “tú estás bendecida desde el origen, pero debes aprender a esperar”, me vinieron a la mente. Inmediatamente le pregunté a Vanesa si recordaba eso, a lo que respondió con una sonrisa cómplice: *¡claro, cómo olvidar esa noche!*

Nos encontrábamos en el segundo piso de una acogedora casa en Los Rosales, un barrio residencial ubicado en la localidad de Chapinero, al nororiente de Bogotá. Aunque nosotras veníamos de El Prado, Los Rosales parecía seducirnos mucho más por su conveniente ubicación para nosotras.

Uno de los más grandes beneficios de vivir ahí como residentes, además de la cercanía a la universidad o a nuestros trabajos, era que podíamos recibir visitas (siempre y cuando fuesen moderadas, y con previo aviso), y teníamos libre acceso al teléfono. Qué alegría, pensaba en todas las llamadas que haría, y en las que recibiría de mi amado Luis Fernando, al igual que en sus visitas. Pero en ese momento Vanesa y yo estábamos invadidas por la timidez. Yo más. Me daba pena salir de la habitación y bajar a la cocina, o a la sala, donde estaba el televisor. José Daniel se burlaba de nosotras: *no sean bobas, salgan, que mi tía Aura no les va a hacer nada... quizás solo las grite, o les pegue...* Qué malo era.

Doña Aura Estela, viuda, proveniente de una familia de buena posición económica, es hija de doña Aura Estela de Artigas e Iván José Artigas, quien fue el fundador, junto con su hermano Juan José Artigas (ambos fallecidos), de una de las distribuidoras de textiles más importantes del país (Artigas Textil S.A.). Ambos provenían del sur, de una familia humilde y trabajadora, fiel creyente de Dios e increíblemente unida. Iván José vivió sus primeros veintiún años en Chubut, una provincia de la Argentina patagónica situada en las extensas llanuras que hay entre la cordillera de los Andes y el océano Atlántico. De espíritu siempre aventurero, recorrió varios países buscando

la suerte. Vivió en Uruguay, Brasil y Venezuela. Trabajó desde ayudante en una finca, hasta barrendero de plaza, y cantinero en un bar de mala muerte. Por fortuna, llegó a Colombia, donde luego de una serie de necesarios fracasos y derrotas, encontró lo que buscaba. Por medio de un hombre para quien trabajó, Iván José obtuvo un pequeño local en el centro de Bogotá. Se asoció con su hermano Juan José, quien sabiamente vendió todo lo que tenía para invertir en una amplia variedad de hilos y telas importados de Argentina. Así comenzó una armoniosa sociedad en la que ambos trabajaron conjunta y arduamente para prosperar por cuenta propia. Años más tarde, el local en el que en algún momento habían tenido su tienda de hilos y telas, ya no existía, en su lugar estaban las oficinas administrativas y un amplio exhibidor para sus clientes potenciales. A un ritmo acelerado se habían convertido en uno de los principales distribuidores de hilos y telas del país. Entre su esposa Aura Estela y él, criaron estupendamente a sus cinco hijos: Héctor José primogénito, Iván José, Aura Estela, María Estela (madre de José Daniel y suegra de Vanesa), Ivana Estela, la menor, y jefa de la tienda en la que trabajaba Vanesa.

Días después, cuando ya nos hallábamos en plena confianza, llegó el cumpleaños número dieciocho de mi querida amiga. Qué alegría. Esa fue la primera celebración que tuvimos en la casa. Fue algo sencillo, nos acompañaron los padres de Vanesa, José Daniel y su tía, Oswaldo, María Celeste, Christian y Mauricio.

Poco antes de mudarnos a Los Rosales, Mauricio y yo tuvimos un encuentro inusual e inesperado en la cocina de la casa de mi tía. Eran más de las doce de la noche y me estaba sirviendo un poco de agua cuando de pronto él entró. Me asustó terriblemente: *perdón, preciosa, no sabía que estabas acá*. Nos pusimos a conversar y terminamos hablando sobre los planes que teníamos Vanesa y yo. Desde luego, se ofreció a ayudarnos con todo, pero ya José Daniel lo había hecho. Sin embargo, para no quedar mal con él, no descarté la posibilidad de recibir su ayuda.

Y ese día tan especial, jueves siete de mayo, por primera vez lo llamé.

Estaba nerviosa, no sabía cómo lo tomaría Vanesa. Ciertamente, ella deseaba que fuera feliz y que de una vez por todas me relacionara con alguien, mas no con cualquier alguien, sino con un alguien “ideal” según sus parámetros: apuesto, fuerte e inteligente. Y muy lejos no estaba. Mauricio era alto, de cuerpo atlético, cabello marrón, corto, peinado de lado, y siempre andaba bien vestido pero mi interés no se acercaba a la posibilidad de él y yo relacionados. Esa noche la señora Aura inocentemente, luego de que cantáramos el cumpleaños y picaran la torta, se acercó y me dijo *toma, llévale a tu novio*. Las risitas burlonas no faltaron, y Mauricio se infló de inmediato, el ego se le subió. Fue como si la asociación le hubiera elevado el ánimo.

- ¡Gracias, mi amor! Dijo con tremenda picardía mientras recibía el plato. Yo en cambio intentaba controlar la risa, y a mis antojadas mejillas sonrojarse. Qué pena.

^aPoco después, al saber que Mauricio y yo no éramos más que amigos, la señora Aura se empeñó en que conociera al hijo menor de su primo Juan José, quien también lleva el mismo nombre, Juan José Artigas. Decía que él era ideal para mí, que era muy inteligente, trabajador, próspero, bastante familiar: *hasta tiene una casa cerca*. Lo describía como alguien perfecto, el único detalle era que vivía en Chile y viajaba constantemente a Colombia y Argentina, por motivos de negocio. Aun así, mentiría si les dijera que no sentía interés en conocer a ese aparente encantado personaje. Sin embargo, sonreía como si no me importara mucho: *¿y de casualidad tiene alguna foto de él?* Ella contestó: *¡claro, qué tonta, por acá tengo una!*

ⁿLa fotografía había sido tomada en un encuentro familiar en una finca. Todos los que aparecían en ella tenían una clara expresión de festividad, como cuando están pasados de copas y el fotógrafo dice: “¡sonrían!”. La idea de conocerlo en persona no me desencantaba, en realidad él era el más atractivo de todos. Se destacaba en varios sentidos del resto, especialmente por el color de sus ojos, me llamaba poderosamente la atención, no lo puedo negar, hasta que escuché las palabras *pero esa foto es vieja, Juan José ahora debe tener como unos veintisiete años...* ¡Dios, qué viejo! Pensé. Yo apenas dieciocho, él veintisiete, ¡era mucho! Ella continuó: *se verían muy lindo juntos*. Sonreí más, y correspondí: *eeeh, bueno, sí...*

^o Los meses siguientes transcurrieron de maravilla, salvo por la inesperada reacción de Luis Fernando, cosa que en cierta medida me entusiasmó más de lo que esperaba, y la primera discusión de la adorada pareja Hernández De Santis. Desafortunadamente para José Daniel, había algo que Vanesa odiaba, era la impuntualidad y la falta de palabra. Él era de las personas que acostumbraba a decir “voy saliendo” cuando en realidad no estaba listo, “te prometo que a las siete estoy ahí” y llegaba a las siete y media o más. No era la primera, sino la tercera vez que Vanesa esperaba por él.

^e - *Si por lo menos me avisara... pero no, me deja como una boba esperando. Ahora me va a tener que escuchar, espera a que me llame para que vea...* Estaba furiosa, sentí pena por él, por lo que le esperaba, pero se lo merecía. Eso no se le hace a una mujer, y menos a una novia.

^o Con tacto y delicadeza, procuré disminuirle la molestia a mi querida amiga desviando su atención de ese punto: *cambiando de tema, Vane, ¿sabes qué día es hoy?*

^o - *Domingo*. Respondió ella. Volví a preguntar: *sí, pero, ¿qué fecha?*

- *Nueve de agosto, ¿por qué?* Y con fantasmagóricos gestos de manos y una voz adecuada agregué: *porque el amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible.*

5 - ¡Aaah, la bruja! La Negra Pitonisa. Exclamó mi querida amiga, con amplia sonrisa: ¿y qué t
n hizo recordarla?

y- Lo que pasa es que hoy me llamó Luis Fernando, y, ¿a que no adivinas qué me dijo?

o - La bruja es la otra, no yo. Respondió Vanesa. Sonriente por el comentario continué: bueno
e primero me dijo que me había llamado varias veces, y que no estaba, y me preguntó si yo estaba
r saliendo con alguien...

a
- ¿Y se lo dijiste?

n - No.

o - ¿Por qué?

s - Porque no es del todo cierto, Mauricio y yo compartimos gratos momentos como lo haría
s cualquier par de amigos, solo eso. Además, Luis Fernando me dijo que estaba sintiendo cosa
i por mí, que creía que se estaba enamorando, que mientras más conversábamos más se
e interesaba, y que estaba arrepentido de no haberse fijado en mí antes, y que quería venir a
s verme, posiblemente para mi cumpleaños.

- ¿Y tú que le dijiste?

S Como parte de la vida, Vanesa y yo habíamos comenzado a familiarizarnos con la ciudad y a
a conocer gente. Teníamos varios amigos con los que salíamos y la casa de María Celeste se había
i convertido en un punto de encuentro. Aunque vivía en una propiedad a las afueras de la ciudad, su
s casa era acogedora, cómoda, con un amplio y hermoso patio, en el cual predominaba el verde de
s los jardines y la majestuosa piscina. Con ellos frecuentábamos de vez en cuando algún parque
s íbamos al Teatro Skandia, y eventualmente nos reuníamos en Crepes & Waffles. Cómo olvidarlo
e Fue el sitio en el que Mauricio me declaró su interés por mí y no precisamente como amiga pero..
Luis Fernando.

r - Le dije que sería lindo que viniera a visitarme. Respondí a mi querida amiga, quien de
e inmediato replicó: ¿o sea que Luis no sabe nada? Permanecí muda por unos segundos, el corazón
se me aceleró, mordí mi labio inferior: bueno, no... es que... no tiene importancia...

n Días atrás, en una de las tantas reuniones en casa de María Celeste, sucedió algo inesperado, a
menos para mí. Mauricio lucía un bello suéter marrón con una camisa morada debajo, un jean
oscuro y mocasines, destacaba entre los demás. Esa noche, por primera vez me animé a tomar un
poco. Por fortuna no me embriagué hasta perder el conocimiento, mas sí lo suficiente como para
ver a Mauricio total y absolutamente diferente. Me resultaba muchísimo más atractivo. Me
satisfacía verlo hablar, siendo él el predominante, el más varonil, el que mejor lucía, el que mejo

colía. Qué deliciosa fragancia. Poco a poco me fue seduciendo su personalidad, su carisma, su sonrisa, y en cada sorbo de ese vodka con jugo de naranja, un detalle más interesante lo encontraba. Y casi sin darme cuenta, me hallaba a su lado, recostada en su hombro derecho con una mano puesta en su abdomen, mientras él me cubría con su brazo y con sutileza acariciaba mi espalda. Bendito alcohol. Me tomó por la barbilla de una forma delicada, levantó mi rostro para poder mirarme a los ojos, suavemente acarició mis mejillas, sin quitarnos la mirada, en silencio me obsequió una de sus mejores sonrisas, y muy despacio acercó su rostro al mío. Mi corazón se aceleró con demasía, al igual que mi respiración, sabía lo que se avecinaba, mas no tenía interés en detenerlo. Sus ojos comenzaron a cerrarse, y los míos también, pronto sus labios triunfante rozaron mis labios temblorosos, fue como una explosión, lo cálido y deliciosamente húmedo, mi piel se erizó por completo. Nuestros labios subían y bajaban, besos y más besos. No podía siquiera escuchar el ruido de los demás, salvo el sonido de su agitada respiración, o la mía.

Bendito alcohol.

En tal sentido, después de sostener esa conversación con mi amiga, comencé a considerar hacer lo correcto, y como lo correcto era prepararme para el examen de admisión para poder ingresar a la universidad, decidí concentrarme en ello. De aclarar las cosas con Mauricio me encargaría luego.

Poco después Vanesa y yo asistimos a la evaluación, específicamente el miércoles dos de septiembre. Cómo olvidarlo, un día antes de mi cumpleaños número dieciocho. Cuántos nervios sentía, tenía náuseas, no había podido siquiera desayunar. Las manos me sudaban, y hasta me mordía las uñas. Pero el verdadero motivo de mi malestar no era precisamente la evaluación, sino la visita que pronto tendría.

Esa mañana había mucha gente en la universidad. Nos dirigimos al aula donde nos tocaba presentar, y en algún momento escuchamos una voz que nos dijo: *¿andan juntas?*

- *Sí.* Le contesté en voz baja. Él continuó: *¿no son de acá, cierto?*

- *No.* Volví a contestar en voz baja. Él sin embargo procuró romper el hielo antes de que comenzáramos con el examen: *me llamo Juan Carlos, Juan Carlos Barragán.*

En ese momento me giré para saludarlo debidamente, y noté lo simpático que era. De piel morena clara, cabello corto, negro, ojos marrones, y una linda sonrisa: *mucho gusto.* Se expresó mientras me tendía su mano.

- *Mucho gusto, yo soy Sofía, y ella es mi amiga Vanesa.* De pronto nos encontrábamos conversando agradablemente con un nuevo amigo.

A pesar del intento que hacíamos para no hacer escándalo en el salón, unas que otras voces se

ualcanzaban a escuchar con más notoriedad, en especial la de un grupo de amigos, en los que predominaba el nombre de Rodrigo. De vez en cuando se escuchaba: *¡ah, Rodrigo, qué te parece?... ¡Rodrigo, mira esto!* Recordé que así era con Luis Fernando cuando estudiábamos, si la pasaba rodeado de amigos aduladores. Y me pregunté: ¿cuál de estos será Rodrigo? Miré hacia ese pequeño grupo, mas no lo pude identificar.

^o ¡Y mi cumpleaños llegó! Los dieciocho que cualquier joven anhela. Mis queridos padres fueron los primeros en llamarme y felicitarme con su característico amor. Mi madre, como religiosamente solía hacerlo, me cantó *Las mañanitas*, qué adorable, y mi padre, con mucha ternura, me dijo: *felicita tus cumpleaños, hija, recuerda cuánto te amamos y cuán orgullosos estamos de ti*. Habíamos acordado que no viajaran solo para pasar un día conmigo, cosa que me entristecía, pero decidimos de manera unánime que yo pasara todo diciembre y más, de ser posible, en mi querida Cúcuta con ellos, maravilloso para mí. Luego fue Vanesa con su peculiar y ácida ternura. La celebración fue sencilla, fuimos a *Crepes & Waffles*, degusté por partida doble mi postre favorito y disfruté sobremedida las ocurrencias de mis buenos amigos.

^a Al día siguiente, me encontraba en el aeropuerto con María Celeste. Cuánto hacía que no estaba tan nerviosa y emocionada al mismo tiempo, las manos me sudaban, a cada tanto suspiraba para calmar mis ansias. Mi amiga solidaria conversaba de lo que fuese para disminuir mi angustia e intentaba comprender por qué el avión todavía no llegaba. El número de vuelo era el 8267 proveniente de San José de Cúcuta. Habían transcurrido más de dos horas. Según una de las empleadas de la aerolínea, había sido por un pequeño percance a la hora del abordaje, pero que ya estaban por llegar. Aun así, continuaba lidiando con mis ansias. Hacía tanto que no lo veía. Era la primera vez desde aquel ocho de enero. Miraba para todas partes, mordía mis uñas, golpeaba e aporreaba los reposamanos de la silla con mis dedos, inhalaba, exhalaba. En eso se escuchó una voz anunciando la llegada del vuelo 8267, proveniente de San José de Cúcuta. Mi corazón nuevamente saltó de emoción, sonreí. Sabía que había valido la espera. Ya no me importaba que llegara tarde, solo quería que llegara.

Las personas salían una tras otra con sus maletas y bolsos de mano. Algunos más dichosos andaban con sus parejas. Yo en cambio estaba ahí, parada al lado de mi amiga, con la mirada puesta en ese pasillo, escaneando cada uno de los rostros que aparecían frente a mis ojos. Sentí los palpitos de mi corazón en la garganta. Por qué no termina de llegar... ¿será que se arrepintió en la última hora y se bajó del avión? Qué angustia.

^s En eso vi aparecer ante mis ojos una figura alta, esbelta y bien vestida, era Luis Fernando, que me dio la emoción la que sentí. Había cambiado su peinado. Ya no era el cabello ondulado que peinaba con sus manos, ahora era un peinado moderno, un corte degradado, bien bajo de los lados, peinado de

...muebles de madera. La única compañía que teníamos era la orquesta sinfónica de los grillos y los asapitos. Qué velada tan maravillosa. En algún momento, Luis Fernando se quitó su chaqueta para proponérmela en la espalda. Su trato me encantaba. Me gustaba sentirlo cerca, con su brazo sobre mi hombro, pero sobre todo, me encantaba sentir como de vez en cuando acomodaba mi cabello detrás de mis orejas, cada vez más cerca, cada vez más ansiosa, más nerviosa... Sus dedos comenzaron a rozar mis mejillas, para luego con el índice rozar el borde de mis labios. Cuántas palabras cruzaban por mi mente, cuántas ideas locas. Con su mirada puesta en la mía, Luis Fernando deslizó una de sus manos detrás de mi cabeza. Sentí como mi cabello se enredaba entre sus dedos, como se erizaba la piel de mis brazos y como respirábamos los dos. Y así, con una admirable sutileza me estampó sus cálidos y húmedos besos que con amor callaron mis más necios pensamientos. Mis hombros se desplomaron. Sentía que flotaba. No lo podía creer. Por fin sabía lo que era besarlo a él y no a mi almohada. Era el amor de mi vida, había llegado tarde e irreconocible. Qué felicidad.

Desafortunadamente, los días pasaron más que rápido, y pronto tuve que acompañar a mi novio Luis al aeropuerto.

Él - *Te quiero, y te prometo que te estaré llamando, pronto vendré a verte.* Sentenció Luis Fernando antes de tomar el vuelo de regreso a Cúcuta.

Las siguientes semanas transcurrieron con normalidad, dentro de lo que cabe. Por un lado, mi relación con Luis Fernando comenzaba a tomar forma. No sé cómo explicarlo... sus llamadas telefónicas se convirtieron en algo casi religioso, tanto para él como para mí. Todas las tardes ansiaba llegar a la casa para contarle cómo había estado mi día. La manera de hablarnos había cambiado, era más amorosa y consentida, me fascinaba escuchar su voz cuando me decía: *sí, mi niña linda. O: ¡no, yo te amo más!* Dios, qué bobos nos escuchábamos, pero el amor es así, hace que nos comportemos de maneras inexplicables.

Por otro lado estaba Mauricio, que por momentos me generaba tremenda confusión y dudas. Su trato era gentil y amable, siempre pendiente de las dos. El novio que cualquiera quisiera tener. Me enviaba flores al trabajo, me llamaba a la casa, y eventualmente nos veíamos en casa de María Celeste o en algún otro lugar para conversar. Su alegre, divertida y madura personalidad me gustaba tanto como su manera de vestir y su fragancia. Pero nunca dejé de verlo como amigo. Qué desconcierto.

El día jueves ocho de octubre, a primera hora de la mañana, Vanesa y yo nos encontrábamos en las instalaciones de la Pontificia Universidad Javeriana, con el propósito de conocer los resultados de la prueba de admisión. Estaba entusiasmada, tenía un fuerte presentimiento. Por desgracia desde que Vanesa había terminado con José Daniel, se encontraba desanimada, ausente po

ymomentos. Claramente le hacía falta su novio.

^a Al poco tiempo nos conseguimos con nuestro nuevo amigo, Juan Carlos Barragán, quien estaba socializando con otras dos personas: Beatriz Giménez y Florencia Villareal. De pronto observamos a un grupo de personas dirigirse apresuradamente a una cartelera: *eso debe ser que publicaron las notas*. Dijo Juan Carlos. En eso Vanesa se levantó de un tirón y dijo: *¡entonces vamos!* Nos apresuramos en llegar al tumulto cuando gentilmente alguien comenzó a nombrar por orden alfabético a todos aquellos bachilleres que habían sido admitidos: *Abreu Rosa María Aldana Manuel Alejandro, Almeida Rodrigo Antonio*. Poco a poco fueron sonando nombres de personas desconocidas para nosotras. Entusiastas y bajo el efecto de la emoción, observábamos las caras de cada uno de los mencionados (ese día supe quién era Rodrigo). En eso escuchamos ⁿ *Barragán Juan Carlos*. Dirigimos nuestras miradas sonrientes y ansiosas hacia él. Luego ^e *Cárdenas Sofía Belén*. Y más adelante: *De Santis Vanesa María*. ¡Síiiii! Habíamos quedado ¡Qué alegría! No estaba errada en mi presentimiento. Saltamos, nos abrazamos de felicidad. Otro también hicieron lo mismo, llevados por la satisfacción que genera el triunfo merecido, los frutos de nuestra propia cosecha. Era un suceso digno de celebrar, sí, pero primero debía hacer una cosa: llamar a mis padres, y después a Luis Fernando.

- *¡Felicidades, hija! Sabíamos que lo lograrías. Sabes que cuentas con nosotros para lo que necesites. Te amamos*. Exclamaron ellos.

ⁱⁱ Mientras que mi amado tiernamente me dijo: *¡qué alegría, mi amor! Esta es la mejor noticia que he recibido, sabía que ibas a quedar... bueno, que ambas iban a quedar. De verdad estoy muy orgulloso de ti*.

ⁱ - *Gracias, ahora faltas tú, mi amor... ¿No te gustaría comenzar una carrera?* Le pregunté desde un teléfono público cerca del café donde se encontraba el resto del grupo. Él permaneció unos segundos en silencio, y respondió: *sí, pero no sé, no sé si sacar una carrera o hacer lo que tanto me gusta...*

^e - *Con más razón, amor, tienes que decidirte, y es mejor que sea pronto, o es una carrera universitaria, o un criadero de caballos... Ya hace casi un año que nos graduamos*.

^e
^é

Días más tarde, nos encontrábamos nuevamente en la universidad para la inscripción de un programa. Como de costumbre, Juan Carlos socializaba con otras personas, y en cuanto notó nuestra presencia nos llamó: *hey, chicas, vengan acá*. Ese día hicimos amistad con tres personas más: Ramón Cruz, Pedro Luis Rodríguez, y Betania López. Todos mayores que nosotras, mas no por mucho. El que más años nos llevaba era Juan, quien para ese entonces tenía treintaitrés.

Pudiera asegurar que si Juan Carlos Barragán hubiese decidido dedicarse a la política, de seguro le hubiese ido fantástico. Su capacidad y habilidad para socializar, captar la atención de la gente y convencer, era impresionante, admirable, tenía algo hechizante, no sé si era su sonrisa, su voz, su simpatía particular y contagiosa, o la suma de todo eso. Era como si estuviese en campaña y saludaba a todos a su paso, y siempre fue correspondido de la misma manera. El único detalle era que carecía del buen sentido de la estética. Casi siempre usaba zapatos deportivos con pantalón de vestir. Para él, un par de zapatos era un par de zapatos, sin importar el modelo, o color. Aunque así, siempre llevaba su franela, o camisa, aunque estuviese arrugada, por dentro del pantalón, acostumbraba andar con un par de carpetas con cuadernos o libros en una de sus manos.

:- ¿Qué turno van a tomar? Preguntó Juan Carlos.

:- Nocturno. Respondió Vanesa.

¡Fantástico! Nosotros estábamos hablando de eso ahorita. Ellos comentan que el turno de la noche es mejor, según, porque la mayoría de los estudiantes son adultos, trabajadores, y si toman la cosa más en serio, pues. En eso, Vanesa intervino: *bueno, nosotras no somos tan adultas, pero también trabajamos y nos tomamos las cosas en serio.*

Entonces, no se hable más del asunto, nos inscribimos todos en la noche. Sentenció carismáticamente nuestro amigo Juan Carlos, quien también sugirió ir por un helado al culminar. Juan, Ramón, Pedro Luis y Betania ordenaron Banana Split; Vanesa un Crocantino de chocolate y yo un Tartufino de fresa, nuestros postres preferidos. Por un momento sonreí para mis adentros y poco a poco comenzaba a formarse nuestro grupo universitario.

No pasó mucho para que Pedro Luis Rodríguez hiciera la pregunta más recurrente: *¿y ustedes chicas, tienen novio?* Vanesa dirigió su mirada discreta hacia mí, esperando que fuera yo quien respondiera: *bueno... sí y no.* Las miradas desconcertadas y confusas aparecieron. Juan preguntó *¿cómo así?*

- Lo que pasa es que mi novio vive en Cúcuta, y casi no nos vemos. El de ella sí vive acá, pero están separados. Inevitablemente despertamos el interés en nuestros compañeros. Deseaba conocer la historia de ambas y aconsejarnos como amigos.

Dos semanas atrás, mi querida amiga había llegado a la cúspide de su paciencia. La falta de raciocinio y entendimiento, influenciado por los invasivos celos de José Daniel, obligaron a Vanesa a tener que terminar la relación. Él tenía dificultad para controlar sus arrebatos de celos. Inicialmente lo comprendía, pues con una novia como ella (delgada, morena, de rasgos finos y ojos azules), a cualquiera le tomaría un tiempo aprender a aguantar que se la piropeen por el camino. Sin embargo, hay cosas que no se deben repetir tantas veces, como por ejemplo: no le

hagas caso, yo te quiero a ti, o a mí el que me gusta eres tú. Para él ya no se trataba de manifestarle a su novia su incomodidad y molestia por los piropos y admiradores (como si fuera su culpa), sino que había llegado al punto de pelear a puño trancado, la gran decepción y motivo de separación. El hecho se suscitó en un tráiler de comida rápida, el sábado tres de octubre a las diez y veinticinco de la noche. Degustaban un buen par de perros calientes (pan, salchicha y salsa), cuando de pronto llegó un grupo de impertinentes (varones todos, y pasados de copas) Comenzaron a mirar hacia donde ellos se encontraban, especialmente a ella. Murmuraban, reían y decían cosas burlonas, incluso ofensivas como: *esa es mucha carne para ese perro*. La situación comenzó a ponerse incómoda, tensa. No habían siquiera terminado de comer cuando Vanesa le pidió a José Daniel que pagara la cuenta para que se fueran del sitio. Desafortunadamente, cuando ellos se daban la vuelta para retirarse, uno de los impertinentes terminó de provocarlo al decir: *esa yegua la amanso yo*. En un abrir y cerrar de ojos, el lugar se convirtió en algo caótico. José Daniel, invadido por una furia tremenda se volteó, con una velocidad indescriptible, tomó un envase de salsa cercano a él, se lo arrojó por la cara al provocador y saltó sobre este. Prácticamente pasó por encima de la mesa y lo golpeó varias veces. Los empleados del negocio tuvieron que separarlos.

¿Y por eso lo dejaste? Preguntó Juan Carlos, sorprendido ante el relato. A lo que Vanesa respondió con otra pregunta: *¿te parece poco? ¿Con el desastre y la vergüenza que me hizo pasar?* Pero el amigable Juan Carlos continuó: *no, no, para nada, en eso estamos de acuerdo, nada de violencia, pero... ¿por eso lo dejaste?*

- ¡Pues, claro! Exclamó Vanesa: *¿quién va querer un novio celópata?*

- Él no te estaba celando, él te estaba defendiendo. El rostro de Vanesa cambió por completo, creo que el mío también. Vaya perspectiva. Con la boca entreabierta y la mirada puesta en la de Juan Carlos, Vanesa preguntó: *¿tú crees?*

- ¡No, no lo creo, estoy seguro!

¿Por qué?

- Porque yo hubiera hecho lo mismo.

Esa noche, alguien recibió una llamada que de seguro le alegró la vida. Y como reza aquel viejo refrán: todo río vuelve al cauce...

Así las semanas fueron pasando, del trabajo a la casa, y de la casa al trabajo. Las llamadas telefónicas eran mi alivio, mi recarga emocional. Pero mientras mi amiga consolidaba su relación con José Daniel, yo comenzaba a percibir cierta distancia o desinterés por parte de Luis Fernando

eNo sabía con exactitud qué era lo que le estaba pasando, lo que sí sabía, era que me fastidiaba su impuntualidad, llamarlo y que no estuviera cuando había prometido estar, o esperar a que llamara y que no lo hiciera. Además, no verle interés en superarse, en salir de su zona de confort y hacer algo positivo para sí mismo, me desmotivaba mucho.

yDías después, alguien especial apareció en nuestras vidas. Antes de que Vanesa y yo viajáramos a Cúcuta a pasar las fiestas decembrinas con nuestras familias, conocimos a Ana Lucía. Una vecina contemporánea con la que coincidimos tantas veces en la parada de autobús que terminamos siendo amigas. Vivía residenciada a tan solo un par de calles de nosotras, en casa de la amiga de una tía política. Tenía veintiún años de edad y una madurez de treinta. Morena clara, de baja estatura, cara redondeada, cabello negro, liso, por encima de los hombros, con una personalidad alegre, divertida, y con firmes valores éticos y morales. Estudiaba en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Soñaba con ser una estupenda abogada. Curiosamente, había estado varias veces en Cúcuta, mas no era de allá ni de acá, sino de Medellín.

Y en un abrir y cerrar de ojos me hallaba en compañía de mis seres amados, disfrutando de los exquisitos platillos que amorosamente preparaba mi madre, y de las largas conversaciones con mi padre. Qué divino compartir con ellos. Aun así, fue un diciembre atípico, abrumador, incluso decepcionante. Por un lado estaban mis padres, deseosos de compartir la mayor cantidad de tiempo conmigo, por el otro estaba Luis Fernando, a quien no lograba comprender. Parecía que no entendía el significado de mi presencia, la oportunidad de oro que teníamos para compartir, solos y con nuestras familias. En más de dos semanas que estuve allí, solo tuve la oportunidad de verlo tres veces, y en mi casa. Luego supe la razón de su distancia, y no lo pude creer, fue una puñalada al corazón. Él no les había contado nada a sus padres sobre nuestra “relación” porque ya tenía una novia aceptada y formalizada. No puedo si quiera describir cuánta decepción y tristeza, me estaba ahogando en mi propio dolor y en mis tormentosas hipótesis y teorías sobre por qué lo había hecho. Tristemente sentí la culminación de mi extendida fantasía. ¿Es así como termina? Si siquiera haberlo tenido, sentía que lo había perdido. Me dolía la situación, mas no debía mostrar debilidad alguna. Tenía una meta, una misión que cumplir, y lo menos que necesitaba era una distracción, en especial por un hombre desleal, de varias caras y sin pantalones, cuánta razón tenía Chema...

Y ahí, frente al espejo del baño, recordé las palabras de mi querida tía Isabel en su debido momento: *una hora de llanto por un hombre es más que suficiente.*

n

.

u
a
r

a
a
s
e
a
d
,
a
e

e
n
o
e
o
,
o
a
a
a
a
n
r
a
a

o

LUNES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1984

BOGOTÁ, COLOMBIA.

Era la tercera vez que me sorprendía con sus detalles. Quién hubiera pensado que podía ser tan atento, caballero, inteligente, honesto, y transparente ante todo lo que hacía. Ese día celebraba mi veintiún años de edad, y como cualquier estudiante de enfermería del turno nocturno y del sexto semestre lo haría: en el cafetín. Me acompañaban dos de mis mejores amigos, Juan Carlo Barragán y Vanesa, degustábamos un merecido ponqué de chocolate con vainilla (mi preferido) con una taza de café marrón con poca azúcar, cuando de pronto sentí que alguien cubrió mis ojos con sus manos. Me exalté, pero... cómo no reconocerlo si su fragancia lo delataba, era Rodrigo *¡feliz cumpleaños, mi amor, te quiero mucho!* Me regaló una caja de chocolates artesanales más un hermoso kit de enfermería: tensiómetro, fonendoscopio, tijeras corta todo, torniquete, hasta una linterna de luz led, lo cual llamó la atención del resto. Qué atinado detalle el de mi novio. Si personalidad y sus gestos me hacían cada día más feliz.

Quién diría que en tan solo dos años y medio las cosas iban a cambiar tanto. Ahora más adulta más independiente y más enamorada. Mentiría si les dijera que no supe más de Luis Fernando. Hubo varias llamadas y un par de cartas de su parte, desafortunadamente para él, no había vuelto atrás en mi decisión.

Las clases y el trabajo hicieron que mi mente se mantuviese ocupada y mis pensamientos necios bien distraídos. Aunque el ruido de la soledad eventualmente me aturdí, cada vez que podía salir con mis amigos, y raras veces con Mauricio, quien curiosamente dejó de insistirme cuando supe que yo era virgen: *¡¿en serio?! Exclamó ese día. Más sorprendida estaba yo por su reacción. Luego me aclaró: lo que pasa es que eso cambia las cosas. Alegó respeto, dijo que no quería hacerme daño, según su propio argumento, porque si yo me estaba reservando para alguien especial, así debía ser y ese no era él. Resultó ser más caballero e ideal de lo que me imaginaba.*

Así los meses fueron transcurriendo, las responsabilidades sumando y las sorpresas apareciendo ya que por cosas del destino, en un evento que se dio el Teatro Skandia, al cual asistí en compañía de Ana Lucía, me encontré con mi primo David, quien me sorprendió con su look (andaba muy bien vestido y peinado), y por la compañía con la que se encontraba. Se trataba de la señorita Alexandra Salamanca, una profesora de literatura recién egresada de la Universidad Nacional de Colombia. Era la primera vez que lo veía tan entusiasmado y maduro al mismo tiempo: *¿y cómo está Vanesa?* Preguntó.

- *Muy bien, gracias a Dios.*

- *Está todavía con...*

- José Daniel. Completé. Él sonrió, y prosiguió: *qué bueno, me alegra mucho.*

El encuentro fue agradable y cómodo. Antes de retirarse, mi primo David me dijo: *oye, Sofía, si algún día te interesa cambiar de trabajo, yo te puedo ayudar a conseguir uno en una franquicia de venta y alquiler de equipos médicos, del papá de un amigo.* Recordé aquel encuentro en la cocina de su casa... Él sin franela y con los dreadlocks explotados, sentado con nosotras mientras tomaba su desayuno. Así que pensé: más oportuno, imposible.

Y en un santiamén, llegamos al tercer semestre. Año nuevo, trabajo nuevo, semestre nuevo, materias más exigentes, menos salidas, más estudios.

Desafortunadamente, la abuela de José Daniel se enfermó. Estuvo hospitalizada varios días por neumonía, lo cual obligó a la señora Aura a tener que poner en venta su casa, para mudarse a casa de su mamá y poder cuidar mejor de ella. Y como en la vida no perdemos nada con soñar, José Daniel comenzó a manejar con entusiasmo la hipotética idea de comprarle la casa a su tía. Poco después era un hecho: el banco le facilitó un préstamo y su tía prácticamente se la regaló. Estaba tan emocionada y feliz por ellos, verlos crecer y formarse como una familia me entusiasmaba y llenaba de orgullo. Por desgracia, debía mudarme, aunque ellos no me lo pidieran. Yo no podía, no quería, incomodarlos. Los nervios me invadían, me aterraba vivir sola, comenzar de nuevo, desde cero y sin ella, sin mi pilar, mi soporte, mi cable a tierra, mi hombro, mi mano amiga, consejera, caja fuerte... Deseaba huírle a ese cambio, mas no podía. Cómo hago, para dónde me voy, y sola no quiero. En eso vinieron a mi mente las palabras: "¡aj tierras lejanas te aguardan, y con ellas los retos más significativos de tu vida, ujum, y todos los vas a superar, sí que sí... tú estás bendecido desde el origen, pero debes aprender a esperar, y a vencer tu propio miedo... acepta las cosas como son, pero cree siempre en ti...".

¿Y si te mudas a la casa del primo de Dani? Sugirió Vanesa una noche mientras cenábamos.

- ¿A cuál, a la que es carísima y hay que equipar? Respondí. Vanesa sonrió y dijo: *no seas tan negativa, Sofía, no parecen cosas tuyas.* De inmediato la increpé: *ajá, ¿y de dónde voy a sacar dinero para comprar nevera, cocina, cama, y todo eso?*

- De tus ahorros, boba, tienes como mil dólares guardados, ¿o acaso no lo recuerdas? Aunque en realidad era menos, Vanesa estaba en lo cierto. Cómo no lo había pensado antes. Brinqué sobre ella, le di un beso y la abracé: *¿ves? por eso es que te quiero tanto, ¿qué haría yo sin ti?*

- ¡El ridículo! Respondió Vanesa con esa típica expresión de burla.

Poco después me hallaba en compañía de José Daniel y Ana Lucía (nuestra nueva amiga) firmando mi primer contrato de arrendamiento con Ramón Meléndez, apoderado, contador y mejo

amigo del dueño de la casa. Un hombre conversador, educado en todos los sentidos y bien vestido. Proveniente de una familia humilde que con sacrificio y mucho sudor se superó: *Sofía, espero que no sea este contrato lo único que nos una, en mí encontrarás una mano amiga, así que ya sabes cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme.*

Cuán agradecida me sentía con la vida, con Dios, con estos hombres que lo hicieron posible. Por un lado estaba José Daniel, quien logró convencer a su primo para que me dejara el alquiler de la casa a precio de gallina flaca, y a su tía para que me dejara llevar el juego de cuarto, además, me regaló algunos utensilios de cocina y un pequeño radio. Qué encantadores.

Por otro lado estaba mi primo David, su desinteresada colaboración contribuyó a la mejoría de mi calidad de vida, consiguiéndome una importante entrevista de trabajo en ThecnoMedic, una empresa dedicada a la venta y alquiler de equipos médicos, en la que luego de atravesar un prudente periodo de prueba, fui absorbida como empleada fija y comencé a gozar de beneficio como flexibilidad en el horario, vacaciones en diciembre, y lo mejor de todo, ganaba como profesional, más comisiones. Bendita suerte la mía, tenía un buen empleo, una espectacular casa para vivir, un buen amigo y a Ana Lucía, quien con suma alegría aceptó mi propuesta de compartir conmigo residencia y responsabilidades.

Así los meses transcurrieron. Pronto nos encontrábamos a mitad de carrera, comenzando el quinto semestre. Sentía que estaba en mi mejor momento, que para atrás no agarraría a menos que fuera para tomar impulso. Todo era perfecto, excepto por un detalle: era la única que no tenía novio y eso no era un problema, pues había aprendido a vivir sin tanta mortificación por eso, y en silencio. Aunque mentiría si les dijera que con el tiempo no salí, ni conocí a más personas. Desafortunadamente no llegué a sentir interés por ninguno, todos llegaban temprano y eran absolutamente reconocibles. Salvo esa noche... Era la tercera clase que tendríamos, y la primera con el profesor Ricardo Mariño, quien como muchos otros profesores, acostumbraba cerrar la puerta del salón (con él cursábamos Enfermería II). Pasados los minutos y ya entrados en el tema un rostro apareció en una de las ventanillas de la puerta, hizo un apresurado escaneo del salón que parecía acelerado. Detalló varias de las caras que curiosas lo observaban, y tocó la puerta.

Sin dejar de observar del todo hacia ese punto, giré mi cabeza un poco hacia Vanesa: *¿y está quié es?* Le pregunté en voz baja.

- No sé, pero me parece conocido, ¿a ti no? Respondió ella.

- No.

El profesor Ricardo Mariño se acercó a la puerta y la abrió al tiempo en que se escuchaban las palabras del desconocido: *buenas tardes, profesor, no era mi intención llegar tarde, pero a esta*

¿hora hay mucho tráfico, ¿me permite entrar?

^e A primera vista no le encontré nada interesante ni especial, solo su alborotado cabello rizado y su actitud un tanto sobrada, la cual en un principio me empalagó un poco. Sonriente saludó a todos en voz alta: *buenas tardes, chicos, ¿cómo están?* Caminó derecho a uno de los pupitres desocupados ubicados al fondo del salón. Con una discreción admirable, casi camaleónica, le aseguré con la mirada hasta que se sentó. Mal no está. Y sí, a mí también me parecía médico conocido, pero... ¿de dónde será?

- *Joven, ¿cómo dijo que se llamaba?* Preguntó el profesor.

ⁱ - *Rodrigo Almeida.* Respondió él.

^a Respiré hondo, sentí a Vanesa tocar mi espalda con su lápiz, y decir en voz baja: *ya sé quién es...* Por Dios, no puede ser, es el Rodrigo alborotado de la prueba de admisión, qué desgracia, tan tranquilas que se venían dando las clases. Pero está bastante cambiado, y también está solo, quizás sin sus amigos sea más calmado, y a lo mejor hasta callado. No sé, es educado, y parece buena gente. Tal vez lo salude más tarde, y me le presente, quizá necesite ponerse al día con las clases pasadas, o que le explique algo. Creo que eso sería lo correcto. Lo voy a hacer.

ⁿ Mi cabeza no dejaba de pensar e imaginar posibles escenarios. La idea de conocerlo y ser yo quien tuviera la iniciativa me hacía sentir diferente y nerviosa. Y como siempre, las palabras, “todos los obstáculos los vas a superar” me vinieron a la mente, seguido de una ligera erizada de piel. Nuevamente el lápiz de Vanesa tocó mi espalda y escuché las palabras: *Sofía Belén, te estás haciendo una pregunta.* Estaba tan distraída que no escuché al profesor dirigirse a mí. Qué vergüenza sentí. Todos me miraban. Quería que la tierra me tragara, y no solo por haber estado distraída, sino por el sonoro “Sofía Belén” de Vanesa. Afortunadamente sabía de qué estaba hablando el profesor y logré salir a flote con la respuesta a su pregunta. Por desgracia, de ahí en adelante no me atreví a mirar hacia atrás, aunque en uno de los recesos, sí saqué provecho para observarlo un poco, con discreción, claro, quería detallarlo, y así hubiese sido de no ser por ese grupo de mujeres encimosas que lo rodeaban. Qué será lo que le ven. Y por qué no lo sueltan si apenas lo están conociendo. Él no debería dejarse. ¡Por Dios, qué me está pasando, si ni siquiera lo conozco!

Más tarde, mientras caminábamos hacia la salida, Juan Carlos comentó: *las clases de hoy estuvieron buenas, ¿cierto?*

- *Ujum.* Respondí.

^s - *¿Y el chico nuevo qué les pareció?* Por un segundo mis ojos se abrieron de más, sentí millones.

de puyazos en mis manos, respiré hondo, y Vanesa respondió: *a mí me cayó bien, parece un buen chico*. Dirigió su mirada hacia mí y en un tono ligeramente diferente, me preguntó: *¿y tú cómo la viste? Digo, ¿a ti qué te pareció, Sofía?*

Como pude controlé la risa y continué con el paso, evitando mirarla a los ojos: *la verdad es que no le presté mucha atención, pero sí, creo que está bueno... que lo conozcamos, a mí también me pareció un buen chico*.

Antes de despedirnos, Juan Carlos propuso que nos reuniéramos el fin de semana para que no pusiéramos un paso adelante con las asignaciones. Cuando se trataba de reunirnos para los estudios en la universidad, el punto de encuentro era la biblioteca o el cafetín, mientras que cuando era fuera, lo hacíamos en mi casa. Para otro tipo de reuniones o celebraciones, era en la casa de José Daniel y Vanesa, a quienes muy contrario a mí, no les mortificaba tanto el desorden que ello les pudiera ocasionar.

Entre la universidad y el trabajo se nos iba el tiempo. Ya casi no salíamos a comer en la calle, ni al teatro, tampoco nos reuníamos en casa de María Celeste, quien además, desde que comenzó a recibir clases de yoga, se fue distanciando de Christian, hasta que terminaron. Por otra parte, a mi estimado amigo Oswaldo no le quedó de otra más que alejarse y comprometerse con su novia quien tenía cinco meses de embarazo. El único que aparentemente estaba en ascenso era Mauricio: había comenzado una Maestría en Finanzas, en la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes. Cada quien ocupaba su tiempo en lo que debía, yo continuaba concentrada en mi carrera y en mis obligaciones, agradeciendo a Dios por la invención del teléfono, ya que era el único que nos mantenía unidos.

Habían pasado varios días de aquella ligera vergüenza y nuevamente me volví a incomodar. En esa ocasión estábamos en clase de Cuidados de enfermería cuando el profesor hizo una pregunta, alcé la mano para responder.

- *Adelante*, dijo el profesor. Creí que era a mí a quien se había dirigido, pero no. En cuanto fui a responder, la voz de Rodrigo y la mía sonaron al mismo tiempo. Me detuve, él continuó. Giré la cabeza para mirarlo, y estaba ahí, Rodrigo Almeida, el nuevo, respondiendo a la pregunta. No sé qué me molestó más, si el hecho de que respondiera primero que yo, o que me guiñara el ojo después de hacerlo.

Días más tarde volvió a hacer lo mismo. Dios, qué necio es. ¿Por qué siempre responde primero que yo? Y por qué tiene que mirarme así, por qué me sonrío tanto. Parecía un juego de niños. Me resultaba difícil ignorarlo, a cada tanto me provocaba mirar hacia donde él estaba, curiosamente, él me observaba y de nuevo me sonreía.

7Semanas después, nos encontrábamos en clase de Enfermería II cuando el distinguido profesora
8Ricardo Mariño decidió ubicarnos en grupos para un trabajo de campo, lo hizo a dedo y sin
opción a pataleo.

e- *López Betania, usted trabajará con Cárdenas y con...* que no me toque él, que no me toque él
que no me toque él. En eso escuché: *De Santis Vanesa. ¡Uf, qué alivio! Y casi al instante las*
palabras: *y Almeida Rodrigo Antonio. ¡¿Qué?! No puede ser. Mis hombros cayeron, miré hacia*
atrás y de nuevo aparecieron esa sonrisa y ese pícaro guiño de ojo.

sMás tarde, cuando nos encontrábamos en el cafetín, engañándonos con algo de comida chatarra
e escuché una voz que me dijo: *por años me han gustado y dejado de gustar muchas cosas. Era*
aRodrigo. Estaba sorprendida y helada a la vez, con el corazón acelerado. Se había sentado a mi
lado sin previo aviso, sin que siquiera lo notara. Y continuó: *pero jamás llegué a imaginar que*
me fuese a gustar tanto ver la expresión de tu cara cuando respondo a algo primero que tú
i. Vanesa y Juan Carlos comenzaron a reír por el comentario mientras que por mi mente transitaron
las palabras: "qué odioso es este hombre" al tiempo en que sonreía. Él continuó: *pero de verdaa*
a. *Sofía, es en serio, no lo hago a propósito, es cuestión de instinto, lo que pasa es que lo disfruté*
ii. *por lo linda que te ves...* Sentí calor. Acomodé mi cabello para disimular. Lo miré a los ojos. Él
, continuó: *empecemos con pie derecho, ¿qué te parece? Yo soy Rodrigo Almeida.*

eDos evaluaciones, tres trabajos, y cuatro citas después, Rodrigo y yo éramos novios. Lo que más
me atrajo de él no fue precisamente su seguridad y su inteligencia, tampoco su físico: contextura
atlética, blanco, ojos castaño claro, cabello marrón, rizado, y una dentadura tan perfecta como su
sonrisa; lo que más me atrajo de él fue su honestidad, la transparencia ante todo lo que hacía. No
habíamos llegado al mes, cuando me presentó con sus padres. Actuaba como un verdadero
a hombre, caballero, atento, y amoroso.

- *Quería regalarte otra cosa, amor, pero creo que esto te será de mucha utilidad.*

a- *¡Es perfecto, mi vida!* Lo abracé con fuerza y le di un enorme y merecido beso.

a Meses después nos encontrábamos en casa de mis padres tomando ponche y comiendo galletas de
é mantequilla (una tradición decembrina que aún existe). Era la primera vez que llegaba a casa con
o semejante visita. No solo se trataba de alguien con quien estaba vinculada sentimentalmente sino
que, de paso, se quedaría con nosotros. Por fortuna, tengo unos padres maravillosos y como lo
esperaba, se portaron a la altura. Sin embargo, por cuestión de buenas costumbres, dormimos en
e habitaciones separadas.

y La aceptación fue total. No pasó mucho para que Rodrigo agradara a mis padres por lo amoroso
educado y servicial, además de sus alocadas ocurrencias que bastante nos hacían reír. De vez en

cuando observaba a Rodrigo conversar con ellos mientras detallaba sus gestos, fantaseaba, me veía como su esposa y madre de sus hijos. Mejor no me podía sentir. Estaba feliz, contenta y segura. Íbamos en ascenso. A medida que pasaban los meses planificábamos nuestras vidas, y a pesar de que no vivíamos juntos, en menos de dos años teníamos un juego de cuarto matrimonial, varios juegos de sábanas, toallas, algunos electrodomésticos (en sus cajas), y una cuenta mancomunada a la que mensualmente depositábamos un 15% de nuestro salario, para así contar con una base cuando decidiéramos comenzar una vida juntos. Aunado a ello, obtuvimos nuestra visa americana. ¡Conoceríamos Estados Unidos, qué emoción!

Por su parte, Vanesa y José Daniel se comprometían. El evento se dio la noche del sábado ocho de marzo de mil novecientos ochenta y seis: *fue muy lindo como me lo pidió.*

e- *¿Y cómo fue? Cuéntamelo todo, quiero detalles.* Le dije a Vanesa el domingo al mediodía y ella, inmensamente emocionada por la noticia. Ella comenzó: *bueno, como estábamos de aniversario Dani me preparó una cena romántica en la casa, a la luz de las velas y con una carta de menú, en la que simpáticamente había escrito un solo platillo: Pasta a la Carbonara.. bueno, y que a la carbonara. Fue muy cómico todo, así que le seguí el juego, y después de detallar bien la carta, le dije: “mmm, okey, quiero una Pasta a la Carbonara, por favor”. Le sirvió y la acompañó con pan tostado con mantequilla y vino blanco. Conversamos sobre muchas cosas, me hizo reír y recordar cuando nos estábamos conociendo. Luego recogió los platos y al poco tiempo regresó con la carta de postres. Se sentó nuevamente frente a mí, me la entregó y sonriente se quedó mirándome, no me pareció extraño, pero en cuanto abrí la carta para leer el que creí sería el único postre de la noche: Tiramisú, su favorito; me conseguí con las siguientes palabras: “¿te casarías conmigo?” La piel se me erizó y se me aceleró el corazón. Casi no lo podía creer, sonreí como nunca antes, bajé la carta para mirarlo, y ahí estaba Dani, frente a mí, sonriente y con los ojos brillantes, sosteniendo el anillo de compromiso con los dedos de su mano. Y con una emoción que jamás había visto en su cara, me preguntó: ¿te animarías?*

e Vanesa y José Daniel decidieron hacer oficial el compromiso para después de nuestra graduación luego de que estuvieran económicamente más estables (estaban pagando un auto), y por supuesto de que terminaríamos con el estresante periodo de pasantías y su respectivo informe. La escasez de tiempo y la demanda física e intelectual, difícilmente permitirían la inclusión adicional de un evento tan significativo e importante para nosotras, como este.

En tal sentido, mi amado y yo tuvimos que separarnos por un tiempo. No era lo que quería, debía aceptarlo. Gracias a mi querida amiga Matilde, Vanesa y yo conseguimos hacer las pasantías en un reconocido hospital de Bogotá, mientras que Rodrigo, por un tema de pasión :

esueños, solicitó hacerlas en alguna comunidad indígena. Por supuesto, primero lo hablamos, hasta que me invitó a que lo acompañara, pero... ¿la selva? ¿Sin baños? ¿Con zancudos, mosquitos, grillo y sapos? No, definitivamente no era lo mío. Y con el corazón partido le tuve que decir adiós a mi amor. Tres meses sin poder verlo, quedamos en que mantendríamos contacto cada semana por el medio de cartas.

^r“Querida Sofía. Esta semana estuvimos en la comunidad tikuna, aunque las condiciones no son tan fáciles, la gente nos trata de una manera que jamás había visto. Son amables, serviciales, dadores y los niños son adorables, nos siguen a donde vayamos, siempre alegres, queriendo estar cerca de cualquiera de nosotros. Nos admiran. Es hermoso. Me gustaría mucho que estuvieras acá conmigo. Cuento los días. Pronto estaremos juntos. Te amo. Rodrigo A”.

ⁱ“Querida Sofía. Todavía seguimos en la comunidad tikuna sirviendo y aprendiendo de ellos. La adaptación ha sido más fácil de lo que esperaba. Los paisajes no cansan y las caminatas selváticas dentro son fascinantes. Me gustaría mucho que estuvieses acá. Te extraño y te amo. Pronto nos veremos. Rodrigo A”.

^e“Querida Sofía. Hoy volamos en helicóptero a la comunidad awá, sin duda, es una de las experiencias más increíbles de mi vida. Cómo deseé que estuvieses. También he conocido gente de otros países. Por lo que sé, permaneceremos varias semanas aquí. El trabajo es más complicado y exigente que el anterior. Pronto nos veremos. Te amo. Rodrigo A”.

^rA pesar de la distancia física que había entre Rodrigo y yo, nuestros planes de vivir juntos continuaban en curso, lo cual por momentos me estresaba sobremanera, pues si quería mudarme con él, debía conseguirme otra casa o departamento, y no por imposición de mi estimado amigo Ramón Meléndez, sino porque en el contrato se especificaba que el arriendo era solo para mujeres y porque a la casa de mis suegros no me mudaría, siempre he pensado que las parejas necesitan privacidad. Sentía preocupación, sin embargo, las palabras: “no llores por lo que no ha pasado todavía... cree siempre en ti”, me vinieron a la mente, seguido de la tan característica erizada de piel. Es verdad. Por qué preocuparme tan temprano por algo que no ha pasado. Decidí dirigir mi atención a mis pasantías e informe, hasta que la última carta llegó:

^e“Querida Sofía. Esta semana culminan mis servicios. No puedo describir cuán satisfecho me encuentro al respecto. Esta ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Me llevaré una parte de estas tierras y de su gente bella en mi corazón. Ahora contaré las horas. Anhele verte pronto. Te amo. Rodrigo A”.

^sCuánta alegría y emoción invadió mi cuerpo. Los vellos de mis brazos se erizaron, sonreí con ganas y de inmediato apreté la carta en mi pecho, suspiraba de amor. Me veía abrazándolo :

adando vueltas. Deseaba acelerar los días. Ahora quien contaba las horas era yo. Desgraciadamente, no sabía con exactitud qué día llegaba mi querido. Qué frustración aquella añadida a la de esperar por los resultados de mi pasantía.

^r Mi periodo como pasante también había culminado exitosamente. No solo fue una experiencia que fortaleció mis habilidades como enfermera y selló parte de mis fisuras como novata, sino que me enseñó a ver la vida como un momento o un instante, que en cualquier momento puede desaparecer. Es sin duda una profesión para la que se requiere tanta pasión y amor como coraje y valor. La adrenalina está a la orden del día. Y por supuesto, las sorpresas.

^l La mañana siguiente desperté con la noticia más inesperada. Mi primo David se casaría. Lo supe por mi tía Isabel quien me llamó temprano para contarme la novedad y a su vez brindarme una previa invitación. Admito que me costó creerlo. Jamás llegué a imaginar que David se casaría primero que yo, bendito prejuicio el mío. Aunque pensándolo bien, quizá la próxima podría ser suyo. Pronto llegaría Rodrigo, con deseos de estar más juntos. Retomaríamos nuestros planes, no mudaríamos, adoptaríamos un perro, ¿por qué no? Él me amaba y yo a él... Estaba decidida. Luego supe que Vanesa y Juan Carlos habían obtenido una alta calificación en la presentación de su informe de pasantías. Grité de felicidad. Estábamos a poco de recibirnos como enfermeros profesionales. Solo faltábamos Rodrigo y yo. Sabía que esa misma tarde tendría conocimiento sobre mi calificación pero, ¿y Rodrigo? ¿Cuándo tendría razón de mi Rodrigo? Qué desgano me invadía. Debía aguardar con calma, concentrarme en mis quehaceres.

^s Más tarde, de regreso a casa, no dejaba de pensar en los próximos pasos que daría como profesional y como mujer. Mi sueño siempre había sido casarme con el hombre de mi vida y constituir con él un hogar lleno de amor como en el que crecí, tener hijos, cuidar de ellos y de él. Nada de otro mundo para una mujer soñadora que ama compartir. Suspiraba y sonreía mientras caminaba. Quería llegar pronto a casa para llamar a mis padres y contarles que habíamos obtenido una de las calificaciones más altas. Sentía que mi vida cambiaba para bien, solo faltaba una persona y eso me desanimaba un poco. Aun así, no dejaba de sonreír de satisfacción y orgullo. Cuánta alegría causaba este triunfo, pero más alegría sentí esa noche cuando llegué a casa. Por inmensa fortuna contaba también con el apoyo y afecto incondicional de Ana Lucía, mi estimada compañera de casa, quien amablemente se tomó la molestia de preparar una cena especial para celebrar mi aprobación y por supuesto, la culminación de mi primera carrera profesional. Cómo no quererla. Preparó Cordon Bleu, mi platillo preferido, y lo acompañó con vino blanco. Conmemoramos buenos recuerdos y conversamos sobre nuestro futuro cercano: un posible cambio de look, un nuevo trabajo, la entrega de la casa, y no sé, quizás un casamiento.

^y Así las copas fueron pasando y el efecto del vino haciendo lo suyo. En algún momento de la cen:

...fui al baño. No llevaba ni cinco segundos ahí cuando de pronto sonó el timbre. Atenta al oído, pues casi no acostumbrábamos recibir visitas y menos a esas horas, escuché unas llaves sonar y unas voces reírse. Vanesa y José Daniel, pensé. Salí nuevamente al comedor. Mi piel no solo se erizó y estalló en mi rostro una gigantesca sonrisa, sino que grité por la inesperada y maravillosa sorpresa. Corrí hacia él y nos abrazamos.

e- *Cuánto te amo, Rodrigo, me hiciste mucha falta.*

y- *Tú a mí también, Sofi.*

Minutos después mi estimada compañera se había retirado a su habitación, y ahí me hallaba y sentada frente a él, observándolo comer Cordon Bleu. Estaba bellissimo, lucía un poco bronceado y tenía el cabello más largo y había subido de peso. El viaje le había sentado muy bien. Estaba segura de que quería casarme con él y tener hijos. Mientras tanto, él conversaba entusiasmado como si fuera un niño, sobre sus aventuras en la selva, y sobre la gente, los viajes en helicóptero y lanchas, canoas, los paisajes, la comida, y hasta los animales. Disfrutaba verlo y escucharlo.

u- Luego de recoger los platos y despejar la mesa, Rodrigo me preguntó: *¿y qué piensas hacer ahora, vas a volver al antiguo trabajo?*

o- *No estoy muy segura, amor, me gustaría primero intentar conseguir algo en algún centro médico, y si no, pues regreso a ThecnoMedic, ¿y tú?*

- *Pues... de eso quería hablarte.* Respondió Rodrigo con una sonrisa pícaro: *¿qué vamos a hacer con nuestras vidas, Sofía?* Sentí que el corazón se me disparó. Llegó el momento, pensé, me pediré que nos casemos, o que nos mudemos juntos. Respondí: *bueno, no sé, tú dime.*

o- *La Cruz Roja está constantemente reclutando enfermeros y voluntarios. Por el lado de los contratados tengo altas probabilidades de entrar, y es una gran oportunidad, única, diría yo...*

a- Mi rostro comenzó a cambiar, ya no tenía la misma sonrisa. Él continuó: *les hablé de ti, Sofía, ¿están dispuestos a contratarnos a ambos y a mantenernos juntos en los trabajos.*

r- A pesar del entusiasmo que emanaban sus expresiones al hablar, mis labios palidecían a cada segundo y mi corazón se ralentizaba: *conoceremos varios países y viajaremos a recónditos lugares, increíblemente maravillosos, ayudando y sirviendo a las comunidades. Para eso estudiamos y nos formamos como enfermeros, ¿no es cierto?*

o- Para ese entonces, el malestar que sentía era como el de un gigantesco tornado en mi pecho. Inhalé hondo y luego de exhalar respondí: *sí, es verdad, pero no precisamente en medio de la selva, y no estoy acostumbrada a eso y de verdad, amor, es algo que no haría, tú muy bien lo sabes.*

a

Con el mismo entusiasmo, Rodrigo continuó con sus relatos y argumentos, tratando de convencirme: *pero es que no es tan malo como lo imaginas, Sofi, mira, yo traje unas fotos para que las vieras, ¿quieres?*

^a Admito que los paisajes eran espectaculares, bellísimos, dignos de colgar en cuadros o rompecabezas, y las personas de esas fotos se veían hermosas y alegres. Sentí un profundo orgullo al observar el rostro de Rodrigo en esas fotografías, feliz, pleno, sonriente, sentado en el helicóptero, alrededor de una fogata, y hasta siendo abrazado por grupo de niños, como si muy en el fondo perteneciera a ese lugar. Nunca había visto tal sonrisa en él.

^o - *Sé que hay zancudos y todo eso, que hay que adaptarse a la no comodidad, pero sí se puede*,
^l *Sofi, de verdad.*
^a

Con amor y en un tono suave intenté persuadirlo para que nos quedáramos. Incluso le sugerí que nos fuéramos a otra ciudad, si era que no deseaba vivir en Bogotá, mas no acerté, pues no se trataba de eso, sino de algo que iba más allá, algo que superaba cualquier intento de convencimiento que ejerciera, era su pasión y la persecución de sus sueños.

Dulcemente tomó mis manos, y con una mirada que denotaba sentimientos encontrados, dijo: *yo no quiero dejar pasar esta oportunidad, pero tampoco te quiero dejar ir a ti.* La piel se me heló y sentí mi corazón latir con fuerza en mi garganta. Él continuó: *esto es muy difícil, Sofía, ¿qué haremos?*

^r Permanecí unos segundos muda, mirándolo. Por un momento deseé detenerlo, ya no quería oír más, sabía lo que venía, lo veía en su mirada. Intenté contener aquello que me devoraba por dentro, y respondí: *no sé, Rodrigo, dime tú.*

^s Una lágrima corrió por su mejilla y un claro sollozo se manifestó en sus labios: *es que no me quiero ir sin ti.* No me pude contener y exploté en llanto. Él dulcemente intentó consolarme acercándose a mí y acariciando mi espalda, aun cuando sus lágrimas tampoco lograba contener: *¡mí también me duele esto, y mucho, de verdad, pero en la vida a veces tenemos que tomar decisiones que no son precisamente las que queremos, como esta... pero es que...*

^s Inmersa en mi propio llanto, me decía: no, por favor, no, no sigas. Ya no deseaba escuchar nada más. Tapaba mi rostro con las manos, intentando esconder el llanto que el dolor me causaba. No le quería creer. Él continuó: *este es un sueño que he tenido desde que era niño y de verdad, jamás. ¿pensé que fuese a suceder...*

^o

A pesar de la inmensa felicidad y satisfacción que genera un acto de grado para quien se

recibe como profesional, estar tan cerca de Rodrigo y no poder interactuar con él como me hubiera gustado, me entristecía. Cuánto habían cambiado las cosas entre nosotros desde aquella noche. Admito que no fue nada fácil superarlo. Rodrigo Almeida ha sido una de las personas más maravillosas, encantadoras y humildes que haya conocido en mi vida. Por personas como él se vale la pena llorar. Solo Dios y quienes se hallaban cerca de mí esa tarde supieron con cuánto ánimo y orgullo aplaudí al escuchar su nombre: *Almeida Rodrigo Antonio*. Al igual que él cuando escuchó el mío, hasta silbó. Aun así, ninguno de los dos asistió a la fiesta, mas sí nos despedimos amistosamente luego de lanzar al aire nuestros birretes: *de verdad agradezco a Dios por haberte conocido, Sofía, y de corazón, siempre desearé lo mejor para ti*.

Poco después, Ana Lucía (quien a pesar de haberse graduado de abogada seguía viviendo conmigo) y yo recibimos una invitación para la fiesta de compromiso de José Daniel y Vanesa, la cual se celebraría en uno de los salones de un reconocido club, fechado para el domingo quince de febrero del mismo año (1987). A la celebración solo asistirían los familiares más cercanos y amigos. Algo íntimo, con el único propósito de compartir con esos seres queridos algo tan importante para ellos.

Nos hallábamos a solo un par de semanas para el evento, y aunque en la invitación se especificaba que era algo informal, Ana y yo no desperdiciamos tiempo y nos pusimos a pensar en lo que no pondríamos. Al menos en mi caso, tenía tanto tiempo concentrada en mi carrera, que me había acostumbrado a ponerme la misma ropa. No había reparado en ese detalle. Prácticamente no tenía nada “informal” para ese día. Por fortuna, la idea de ir al centro por ropa nueva sedujo a mi querida compañera.

Una blusa blanca manga larga y sobre ella un chal de satén estampado de flores, con flecos en los pantalones ajustados azul marino, tacones bajos marrón oscuro, al igual que mi cinturón y cartera además de un perfecto maquillaje que resaltaba mis ojos color miel (cortesía de mi compañera Ana Lucía), llevaba el cabello suelto y de vez en cuando lo peinada de lado, procurando esponjarlo un poco. Al igual que la mayoría de los presentes, no comprendí a qué se debía la disposición de una mesa vacía en medio del salón. José Daniel estuvo con nosotros desde que llegamos, lucía muy bien, de saco y corbata, elegante y sonriente, como siempre. De pronto un ministro religioso apareció en la estancia. Las voces bajas y los murmullos se hicieron escandalosos. La gente se veía a las caras y se preguntaban qué hacía un ministro religioso ahí. Varias sonrisas comenzaban a florecer en los rostros de los presentes, incluyendo el mío, aun sin comprender lo que pasaba. Y de un momento a otro esas sonrisas inocentes pasaron de ser discretas y silenciosas a risas de sorpresa y emoción incontenible, incluso aplausos comenzaron a retumbar en el salón cuando Vanesa apareció con un bouquet entre sus manos y elegantemente

vestida de novia. Llevaba un bellissimo vestido blanco que delicadamente cubría sus tacones ; resaltaba su perfecta figura delgada, con encajes en el pecho y parte de las mangas cortas. Su cabello era de un espléndido casi indescriptible: recogido de lado con una espectacular peineta ícon forma de flor. Qué hermosa se veía y vaya sorpresa la que nos tenían: ¡bravo! Gritábamos ; aplaudíamos mientras ella hacía su entrada triunfante, de ensueño. Qué felicidad, qué alegría consentía por ellos, hasta lloré al escuchar: *¡sí, acepto!*

^SGracias a Dios y a la Providencia, en mi camino siempre hallé gente buena y de gran corazón.
^eRamón Meléndez, apoderado, contador y amigo de Juan José (dueño de la casa donde yo vivía) era uno de ellos. Recuerdo aquellas palabras luego de firmar nuestro primer contrato: “Sofía espero que no sea este contrato lo único que nos una, en mí encontrarás una mano amiga”. Vaya que tenía razón. Ramón David se convirtió en más que un intermediario...

^e- *Estás bellísima, Sofía, ¿qué te hiciste?* Preguntó Ramón amablemente, su sonrisa denotaba alegría por el encuentro (antes de hacer aparición la novia).

ⁿ- *Nada, solo me lavé la cara y me peiné un poco... y tú tampoco te quedas atrás, Ramón, ¿quién te eligió esa combinación? Por lo visto no fuiste tú.*

^a
^s- *Eh... bueno, qué te puedo decir, Sofí, fue mi esposa, sabes que ella es la que me gobierna.*

^aPoco después entramos en el tema: *imagino que vas a renovar el contrato este año, ¿o todavía estás pensando en regresar a Cúcuta?*

ⁱ- *No, ya no me voy, me quedaré.* Respondí sonriente.

ⁱ- *Cuánta alegría me da escuchar esas palabras, Sofía, ¿y qué fue lo que te convenció? Ya que yo no pude hacerlo...*

^aPor influencia de mi estimada y querida amiga Matilde, Vanesa y yo conseguimos trabajo en el mismo hospital. Cada diciembre, religiosamente visitaba a ciertas amistades en mi ciudad natal. Matilde, recepcionista del Hospital Universitario Erasmo Meoz, era una de ellas. No sabría decir con exactitud a qué se debía, pero Matilde era una persona con una clara distinción. Siempre se preocupó por los demás. Una mujer a quien se le podía develar el secreto más solicitado y con certeza sabrías que ahí permanecería, una tumba como decimos en criollo, además de inteligente ; .con infinitos consejos bajo sus mangas.

ⁿ- *¿Y por qué te tienes que regresar?!* Preguntó Matilde exaltada aquel diciembre de 1986.
^r*comprendo que Rodrigo y tú hayan terminado por tales razones, pero... ¿regresar a Cúcuta por eso? No, mi amor, tú estás más pelada que huevos para ensalada si crees que esa es la solución*

^eContinuó Matilde con el sermón.

y- *Pero si soy de aquí y aquí están mis padres. Le repliqué.*

^uElla continuó: *están acá desde siempre y están bien, pero tú, mi reina bella, tú debes aprender algo de todo esto, estoy segura, quizá sea a esperar o a vencer tu propio miedo... ¿Todo el camino que has recorrido hasta ahora y en tierras lejanas para decaer tan fácilmente solo por un novio que se fue? No parecen cosas tuyas... Acepta las cosas como son, por más difíciles que sean, creyendo siempre en ti, como en cada uno de los obstáculos que has venido superando*. Aunque sentía que esas palabras ya las había escuchado, continué con mi defensa. Por fortuna, no pude convencerla.

^u- *¿Recuerdas cuando me pediste que te enseñara todo lo que sabía sobre oficina, y después sobre equipos médicos?*

- *Sí. Respondí. Ella continuó: ¿y cómo resultó todo? ¡Bien! ¿Y qué pasó cuando me dijiste que querías hacer las pasantías en aquel hospital? ¡Te las conseguí! ¿Y cómo resultó todo? ¡Bien! Así que te pido un favor, Sofía, quédate en Bogotá, continúa tu camino y sigue creciendo que yo misma voy a hablar con ese director... y con tremenda picardía culminó: no sé, quizá se le pase por alto ver tu historial académico...*

- *Y el de Vanesa también. Aclaré oportuna e interesadamente.*

^uLa noticia maravilló a mi estimado Ramón: *excelente noticia, Sofía, de verdad me alegra mucho que te quedes... Hace unas semanas estuvo Juanjo por estos lados, me preguntó por la renovación del contrato, ¿y sabes qué me dijo?*

^u- *¡No! Respondí con la curiosidad a mil.*

- *Que a pesar de no conocerte se sentía seguro sabiendo que alguien como tú, íntegra, de palabra y sobre todo responsable, estaba viviendo ahí. Sonreí con extraña timidez, y mientras acomodaba mi cabello detrás de la oreja, le pregunté: ¿y qué tal es él? Ramón respondió con cierta picardía: bueno, mi amigo es bien simpático, déjame y te lo muestro que por acá tengo una foto.*

^uAunque ya lo había visto en una foto gracias a la tía Aura, poco recordaba sus rasgos. Lo que sí recordaba bien eran las palabras de ella: “pero esa foto es vieja, Juan José ahora debe tener como veintisiete años”. Para ese entonces yo apenas tenía dieciocho años y él veintisiete, ¡mucho! Era un viejo para mí. Ahora las cosas habían cambiado, él debía tener unos treinta y dos y yo veinticinco. En esa fotografía noté que el dueño de la casa había cambiado. Se veía más adulto, sí, pero más interesante también.

- *Lo malo es que trabaja mucho... Juanjo casi no descansa. Sacó los genes de sus abuelos. ¿Ti*

conoces la historia de ellos?

Como reza el viejo refrán: “hijo de gato caza ratón”, Juan José había heredado el gen trabajado de sus abuelos y su padre, Juan José Artigas. Hasta ese momento no solo era dueño de la casa donde yo vivía, sino que tenía una en Buenos Aires y otra en Santiago. Además de ser el accionista mayoritario de una de las distribuidoras de cuero más grandes de Colombia. Después de casi cinco años viviendo en su casa, Ramón Meléndez era lo único que me acercaba a ese intrigante y desconocido personaje.

- Es una de las mejores personas que he conocido. Creo que ustedes se verían bien juntos... solo que... él trabaja tanto que no parece tener tiempo para eso... lo raro es que desde que lo conozco dice que no le importa.

Aun cuando las sugerencias de mi estimado en cuanto a lo bien que nos veríamos Juan José y yo juntos fueron tentadoras, francamente no tenía interés en relacionarme con nadie, menos con alguien que no podía permanecer más de tres meses en un solo sitio, por más buen hombre y adinerado que fuera. Antes de él, mis amigas también se habían empeñado en que volviera a salir con alguien. Vanesa fue la primera. Me sugirió a Darío Mendoza, un compañero de trabajo. A pesar de ser una buena persona y extraordinario compañero de trabajo, Darío no causaba en mí más que un sentimiento de hermandad. María Celeste casi dio en el blanco al presentarme a Gian Piero, uno de sus alumnos de yoga (ella llevaba quince meses como entrenadora en el instituto de su prometido), hasta el nombre era casi perfecto. Ascendencia italiana, alto, porte atlético, ojos verdes, cabello casi amarillo, mujeriego...

Ante semejantes intentos fallidos, orienté mi atención hacia mi crecimiento y desarrollo personal en cuanto a la posibilidad de hacer alguna especialización o sacar otra carrera. Y como toda regla tiene su excepción, con absoluta discreción y prudencia, Ana Lucía fue la última en sugerirme salir con alguien. Alejandro Echeverría, egresado como abogado junto con ella de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Un hombre culto, inteligente, con variados temas de conversación, hijo de una madre enfermera y un padre albañil. No muy alto, blanco, delgado, de rasgos finos, cabello degradado castaño claro, con una voz bien proyectada y segura. Sonreía de lado y poseía una tremenda gracia. El tipo de persona con la que provoca pasar tiempo.

Meses después me hallaba en compañía de mis queridos padres, tíos, tías y Alejandro. Se trataba de la increíble y majestuosa celebración de la boda de mi primo David y su novia Alexandra. Superó con creces mis expectativas. No solo unió más a la familia sino que permitió limar las pequeñas asperezas y avanzar en pro de una sana relación. Verlos a todos compartir, reír y regalarse abrazos y elogios de corazón, me conmovía y enorgullecía. Esta es mi familia, decía:

para mis adentros. Esa noche andaba vestida con un hermoso y elegante vestido color coral que descubría mis hombros, con bellas aplicaciones en el cuello, de color plateado al igual que mi cinturón. Un delicioso peinado semirrecogido con dos crinejas unidas en la parte de atrás. Me sentía divina y feliz. Alejandro lucía un lindo y elegante traje azul marino, con una camisa blanca corbata vino tinto y zapatos marrones al igual que su correa. Mejor de lo que pude imaginar. Creo que llamaba más la atención él que yo.

Podría decir que en ese encuentro conocí a un sinfín de familiares y cercanos, además de reencontrarme simpáticamente con otros a quienes sí conocía (de pequeña), como mi primo Jonathan, quien estaba en compañía de su esposa Drika Brouwer (holandesa de cepa y que afortunadamente hablaba español) y su hija, Angélien Pérez Brouwer, de tan solo dos años de edad. También conocí a Carlos Eduardo Pérez, mi tío (padre del novio y ex esposo de Isabel) quien se hallaba en compañía de Antonio Lander, su pareja.

La boda de ensueño se efectuó en una espectacular y acogedora capilla. El novio lucía elegante y espléndido de punta a punta con su hermoso chaqué y su perfecto corte de cabello. La novia dejó boquiabiertos a los presentes al llegar. No solo nos maravilló con su entrada en un Lincoln Continental 1950, decorado con bellos lazos en los retrovisores y capó, combinados entre rosado fucsia y lila, sino que su espectacular vestido obligó a varios de los invitados a tomar incontables fotografías del acontecimiento. Cómo culparlos. Lucía espectacular en ese vestido estilo princesa manga corta, con hermosos y detallados encajes, y un velo largo que caía de su cabello con gran sutileza sobre su espalda. Un espectáculo.

1 - *Ahora te toca a ti, Sofía.* Dijo con picardía mi tía Isabel mientras disfrutábamos de unas copas de champagne.

e- *Por Dios, tía, tú y tus cosas...*

e Alejandro se limitó a sonreír. Yo discretamente pensaba en la posibilidad de ser la siguiente pero... ¿con quién? Para eso se necesitaba un novio.

a

a Y así los meses fueron transcurriendo, abarrotados de sorpresas y cambios positivos. A mediados del año ochenta y ocho tuve que despedir a dos grandes amigas: María Celeste y Ana Lucía. Aunque las razones de cada una eran totalmente diferentes, el sentimiento nostálgico inundaba mi corazón con gran fuerza. Comprendía que era parte del crecimiento de cada una de nosotras, que la vida daba muchas vueltas y nos colocaba donde debíamos estar, pero no quería que eso sucediera, me dolía. Me había acostumbrado a las cenas sorpresa de Ana, a los consejos humanistas y ecológicos de María Celeste, a las reuniones en la casa de José Daniel y Vanesa,

esobre todo, a las llamadas religiosas cuando cualquiera de nosotras por días desaparecía a Amistades eternas. María Celeste partió hacia Barcelona, España, con su prometido e instructor de yoga a montar otra academia allá. Ana Lucía regresó a Medellín, su tierra natal, con una gran sorpresa para sus padres en su pancita, tenía tres meses de embarazo. Por fortuna, su novio y pariente entonces prometido, Pedro Motilla, un hombre seguro y con carácter, quien además se desvivía por Ana, aceptó radicarse en Medellín, sin importar cuán difícil le pudiera ser esa adaptación, siempre y cuando ella estuviese feliz y cerca de su familia. También despedí a Mauricio, quien se fue a vivir en Boston, EE. UU., con su también prometida Miriam González. Pero la sorpresa y el cambio más grande de todos fue el de Vanesa. Cómo olvidar aquella tarde recostadas en su cama viendo una película. Ella de repente bajó el volumen del televisor y en un tono nervioso, me dijo: *Sofía, hay algo de lo que tenemos que hablar*. Sentí mi corazón acelerarse levemente. Conocía muy bien a Vanesa y esa voz era extraña, esa mirada no la comprendía del todo, era confusa. Intenté ponerme cómoda en la cama y asentí: *está bien, dime*.

Ella respiró profundo y dijo: *esto lo supe hace apenas unos días y de verdad que no sabía cómo hacer para abordarte, cómo preguntártelo*.

,- *¿Preguntarme qué, Vanesa? ¿Qué fue lo que pasó?* Estaba comenzado a preocuparme. Ella tomó mis manos, clavó sus ojos azules en los míos y respondió: *esto es bastante serio y te voy a pedir que por favor me digas la verdad, ¿okey?*

- *Está bien, ¿pero la verdad de qué?* Respondí con un claro gesto de confusión. Ella, sin titubear alguno y sosteniendo mis manos, respondió: *Sofía... ¿tú sabes cambiar pañales?*

Seis meses después me hallaba plena, satisfecha e infinitamente feliz, cargando a mi hermosa y saludable sobrina y ahijada: Daniela Sofía Hernández De Santis. Nunca olvidaré la tarde de ese viernes 9 de junio de 1989.

,- *Tienes una llamada en la recepción*. Me notificó una compañera de trabajo. Era la primera vez que recibía una llamada y sin duda, supe de qué se trataba: *aló...*

Horas más tarde felicitaba a los padres de esa bella criaturita, adorable y poderosamente parecida a su madre, salvo por el color de los ojos (un espectacular ámbar) y la barbilla tenía el sello distintivo de los Hernández. El orgullo de José Daniel, a quien por cierto, jamás había visto tan feliz.

- *¡Qué bella es!* Decía: *¿no te parece que es perfecta?!* Preguntó en algún momento con una agigantada sonrisa, casi como la de un niño, mientras la sostenía en sus brazos: *¡mírala!* Emanaba un amor indescriptible que contagiaba con ternura, de la misma manera que los abuelos y tíos y quienes sin medir, movidos por el infinito amor que habitaba en cada uno de ellos, cas

..abarrotaron la habitación con presentes. Qué afortunada mi ángel. Unos padres guapos, originales y modernos, abuelos amorosos y complacientes, tíos desprendidos y cómplices, y una madrina de novela.

^aVerla crecer y formar parte de ello, era una de las experiencias más maravillosas que hasta ese entonces había tenido. Cada semana reafirmábamos con gracia y ternura como Daniel: ^adesarrollaba más los genes De Santis. Nos tenía a todos enamorados con sus rasgos europeos e ^aesa hermosa piel morena y con ese esponjado cabello negro que derretía, tanto o más que e ^asonido de su contagiosa risa.

,
n Aunque en realidad Vanesa deseaba tener mellizos (dos pájaros de un solo tiro, como decía) ⁿsiempre supe que sería la madrina de alguno de los suyos. Ese día, sábado veintiuno de abril de ^aaño noventa, Víctor Hernández, Iván Artigas, María Aura Gómez (todos primos de José Daniel), ^oyo (la única selección de Vanesa) nos encontrábamos en la Catedral Primada asumiendo e honorífico e irrenunciable compromiso de acompañar en la educación y maduración de la fe de ^oesa hermosa criaturita, nuestra ahijada, Daniela Sofía Hernández De Santis.

Ese mismo año comencé un posgrado en Gerencia Hospitalaria, nuevamente en la Pontifici: ^aUniversidad Javeriana y de noche, como para no perder la costumbre. Un nuevo ciclo, u ^aemprendimiento exigente y medianamente agotador (por el trabajo) que me comprometía : desprenderme de cualquier pensamiento necio y distractor. Dejé atrás mas no en el olvido : ^aaquella célebre personalidad que eventualmente me erizaba la piel al conmemorarla: La Negra: Pitonisa.

yHabía dejado de pensar forzosamente en quién sería el amor de mi vida, mi compañero y padre d ^emis hijos. Ya no importaban tanto esas palabras intrigantes y confusas: “cuando dos son uno a uno ^ele dices a dos, mi reina... el amor de tu vida llegará tarde y de una forma irreconocible, sí que sí” ^aNadie llegaba tarde y todos eran reconocibles. Dejó de valer la pena forzarlo todo, pensar tanto ^zen ello. Admití que la vida podía ser más severa con unos que con otros y que en definitiva, estaba ^apreparada para continuar con o sin...

^aPasados los días, recibí una llamada de Vanesa, a eso de las ocho y treinta de la noche: *te llamo ^opor lo siguiente, Sofía...*

- *¿Qué pasó?* Pregunté.

a- *¿Adivina quién vino hoy de visita a la casa?*

^aY antes de responder tal cual ella lo haría (con un rotundo: la bruja es otra), Vanesa misma s ^orespondió: *¡Juan José, el primo de Daniel!*

i

sFue una sorpresa. Después de tantos años por fin una de las dos lo conoció.

^e - *Vino a disculparse con nosotros por no haber venido a nuestra boda, ni cuando nació Daniela también por haber faltado al bautizo... fue muy lindo el encuentro.*

^e Procuré no hacer preguntas al respecto y evité demostrar interés. Vanesa continuó: *es muy*
^a *educado, gracioso, amable... y no sé, Sofía, se parece tanto a ti... Hasta diría que están hecho,*
ⁿ *el uno para el otro. ¿Sabes qué me dijo antes de irse?...*

l

A finales del año 1991 recibí una noticia que por un instante me sacudió el piso. No
encontrábamos en el hospital cumpliendo con nuestras labores. Era la hora del almuerzo y Vanes:
^b no dudó en preguntar: *Sofía, ¿tú recuerdas a la bruja que visitamos en aquel parque cuando*
^l *éramos jóvenes?*

y

l- *¿La que nunca pegó nada?* Respondí con cierta ironía. Vanesa sonrió, permaneció uno
^e segundos así, y respondió: *bueno, de eso quería hablarte.*

- *¿De qué?*

^a - *¿De lo que ella dijo aquella noche!* Respondió Vanesa, preguntando con esa típica expresión que
ⁿ anhela un “sí”: *¿tú recuerdas lo que ella dijo, verdad que sí?*

a

^a - *Bueno, no mucho...*

a

aA decir verdad, recordaba cada palabra que pronunció aquel extraño personaje esa noche de
sábado nueve de agosto de 1980. Las tierras lejanas, los retos de la vida, las amistades eternas
^e pero como lo que más me interesaba era el amor y muy bien no me había ido, había trasegado e
^y tema a otro plano. Me hallaba en un momento en el que prefería mantenerlo así, reservado, bajo
^y llave. Aun así, mi amiga insistió: *yo sé que sí lo recuerdas, es más, estoy segura de que*
^y *recuerdas todo.*

a- *Okey, está bien, ¿pero para qué quieres saber?* Vanesa cambió de semblante, me miró fijamente
y sentenció: *porque estoy embarazada de mellizos.*

o- *¿Qué qué?! ¿Embarazada de mellizos?* Exclamé con distinguida sorpresa y alegría.

Por un momento conversamos al respecto. Vanesa me contó los detalles de cómo se enteró y la
felicidad y emoción de mi compadre José Daniel, hasta que caímos de nuevo en el tema: “tanto va
el cántaro a la fuente que termina por romperse” citó ella en medio de la conversación: *así fue*
como lo dijo, ¿sí lo recuerdas? A pesar de recordarlo, me limité a sonreír. Eran aguas del pasado
^e no deseaba volver a caer en ellas.

La noticia en cuestión no era cualquier noticia, sino el notición. Los primeros gemelos de la

familia. Una bendición para todos. Desafortunadamente, la llegada de mis angelitos trajo consigo grandes y significativos cambios: Vanesa se retiraría del oficio. Manifestó ante mí el deseo de dedicarse a la educación de sus hijos. Gracias a Dios y a la Providencia, José Daniel había ascendido de cargo, ocupaba un puesto de asesor y figuraba para más. Podían vivir solo de su salario de él.

Con sus típicos gestos, Vanesa alegó: *sé que va a ser extraño no vernos tan seguido, Sofía, que te vayas y regreses del trabajo sin mí, que comas al mediodía sin mí, no sé cómo vas a hacer, pero a partir de ahora te las vas a tener que arreglar tú solita... Pero tranquila, Sofí, que igualito seguimos estando cerca, a un par de cuadras nomás.*

- ¡Bueno, hasta que me corran de la casa! Exclamé con un claro tono de gracia, por lo que Vanesa preguntó: *¿y por qué te van a echar?*

- *Por los gatos que terminaré adoptando.*

Seis meses más tarde (un día después del cumpleaños de Vanesa), me hallaba de nuevo recibiendo a mis hermosos sobrinos: Samuel José e Iván José Hernández De Santis increíblemente idénticos el uno con el otro. Bellísimos. Blancos, muy parecidos a su padre en sus facciones y ojos, salvo por el cabello, solo era cuestión de tiempo para ver cuán parecido sería a la madre. La felicidad de José Daniel emanaba con demasía en su mirada y su sonrisa, la habitación de nuevo estaba casi abarrotada de presentes y entre tantas visitas recibidas, hubo una con la que no contábamos. Fue una mañana inolvidable.

Ese mismo día, ya entrada la noche y a solas, Vanesa, con una mirada indescriptible, sentenció en un tono sutil y amoroso mientras yo sostenía en mis brazos a Iván: *¿sabes algo, Sofía?*

- *¿Qué?* Respondí cuidadosamente para no despertarlos.

- *Que la próxima vas a ser tú.* Declaró ella, dejando sostenida una simpática y cómplice sonrisa que por un momento me animó.

- *Ay, Vanesa, por Dios, no digas tonterías.* Sonreí con una extraña sensación.

Ella buscó acomodo en la camilla y me recordó algo que me puso los vellos de punta. Entonó la garganta y citó: *“eso que tú tanto quieres, lo vas a tener, pero debes aprender a esperar”.. ¿recuerdas esas palabras?*

A pesar del acelerón que me dio al escuchar esas palabras, con disimulo respondí: *más o menos las recuerdo, ¿por qué?*

oElla soltó otra pista: y... *“la vida te dará señales antes del encuentro, pero primero será epar”*... *¿lo recuerdas?*

^aSentí mis latidos incrementarse y un frío recorrer mis piernas. Primero será el par, repetí un par de ^lveces en mi mente. Los infinitos puyazos en las palmas de mi mano comenzaron a hacer lo suyo : mi respiración era difícil de controlar. Inevitablemente volvió esa voz, esa mirada y esa particular sonrisa a mi mente: *“pero a ti lo que te interesa es saber sobre el amor, ¿verdad que sí, mi reina?”*
oSacudí mi cabeza. No es posible: *¿de qué estás hablando?* Exclamé.

²Vanesa sin perder tiempo respondió: *de la bruja, Sofía, ¿de quién más? De La Negra Pitonisa : su extraña predicción...* Fijamente observaba a Vanesa hablarme entusiasmada, como si hubiese descubierto algo: *ella dijo esa noche que una visita inesperada te indicaría el momento, pero que primero sería el par, ¿lo recuerdas?*

- *Bueno, sí, algo...* Respondí confundida, tratando de forzar las coincidencias como solía hacerlo antes, o como pretendía hacerlo Vanesa en ese momento.

³Mi querida amiga aclaró su concepción: *okey, Sofía, mira, una visita inesperada te indicaría e momento, tiene que ser Oswaldo, vino ahora y teníamos bastante tiempo que no lo veíamos po ahí, pero “primero será el par”*... Se quedó por unos segundos mirándome fijamente a los ojos ^scon una expresión cómplice y continuó: *¿no lo ves, Sofi? Él es la visita inesperada y el par son mis niños, ¿no te parece?*

a- *Eeeh, bueno... no sé, la verdad es que no lo creo.* Reafirmé mi postura como pude. Ella continuó: *¿¿es en serio?! ¿Acaso no lo crees posible?*

nMientras en mi cara se dibujaba una expresión de confusión y duda, por mi mente transitaban las palabras: *“ah bueno pues, ahora sí vas a creer en esto”*. Sentía el corazón acelerado, mas no tanto como para ponerme en evidencia. Maquinaba con prontitud las circunstancias y los hechos tratando de atar algunos cabos. Y así, perdida en el mar de mis pensamientos, escuché la ^asugerentes y serias palabras de Vanesa, mi eterna amiga y alma gemela: *Sofía, deberías empezar a utilizar el collar...*

Piel erizada, miradas cruzadas, corazón en la garganta, labios pálidos.

a

Los meses siguientes transcurrieron rutinarios como siempre. Me había acostumbrado : vivir sola, comer sola, ir y regresar del trabajo sola, estudiar, investigar... Mi más grand ^sdistracción eran los libros leídos con propósitos académicos (además de los no académicos cuando el tiempo me lo permitía). La única diferencia la marcaba mi determinante postura e

lucanto a mi soltería y desde luego, el singular collar de cuero con esa hermosa piedra de cuarzo negro, y que por supuesto, llevaba atado en mi cuello con un nudo de rizo...

Eventualmente tenía conocimiento sobre las andanzas de Ana Lucía, María Celeste y hasta de Mauricio, quien por cierto, también tuvo un par: Bárbara y Miguel. Unos hermosos morochitos idénticos a él. Desafortunadamente hubo gente de la que no volví a saber, hasta ese día. Específicamente el jueves once de marzo de 1993.

Como era costumbre, tomé el autobús a las 6:15 a. m. en dirección al hospital. Meditaba por el camino, ponía en orden mis pensamientos y recapitulaba mis oficios obligatorios y algunos compromisos: en cuanto salga del hospital paso por la panadería y veo si tienen café que se me acabó... y cuando llegue lavo ropa o sábanas que se me están acumulando... y mañana, bueno mañana será un día largo, cubriré a Lorena hasta las diez de la noche.

Llegué saludando como de costumbre a los compañeros que me encontraba al dirigirme a mi área cuando de pronto apareció una compañera, con una pícaro sonrisa y una pequeña caja en sus manos. Tenía una nota con un escrito bastante particular: “Los ponquecitos los pongo yo, el café lo pones tú...”, vaya sorpresa, y yo sin café. ¿Quién podrá ser? Me pregunté. En el interior de la caja había dos ponqués de chocolate con vainilla, mis preferidos. Intenté indagar y concluir en algo, mas no fue posible. Las actividades laborales de un enfermero son tan absorbentes que difícilmente tenemos tiempo para solucionar enigmas ajenos a la salud de nuestros pacientes o la nuestra.

a
Esa mañana no dispuse de tiempo para ocio hasta llegado el mediodía, cuando Carmen preguntó *hey, Sofía, ¿por fin supiste quién fue el que te mandó los ponqués?* Especulábamos sobre quién podría ser ese caballero incógnito mientras almorzábamos. Varios candidatos rondaban por nuestras macabras mentes: *puede ser John... está soltero y una vez te invitó a salir...*

‘
- *Sí, pero no lo creo, él no haría algo así...* Mi compañera asintió en reconocimiento a lo dicho *es verdad... pero... ¿y Alirio, el de Rayos X? Siempre se te queda mirando y a veces te piropea... lo que pasa es que tú nunca te das cuenta de eso.*

- *¿De qué?* Pregunté con curiosidad. Mi compañera aclaró: *de que te piropean, Sofía, y que te miran los hombres... y hasta mujeres.*

- *¡Por Dios, Carmen! Tú sí tienes cosas...*

a
e
Por cosas de la vida, las palabras de mi estimada compañera de trabajo permanecieron un buen rato en mi cabeza: “tú nunca te das cuenta de cuánto te miran los hombres”. ¿Será posible? Mi ‘
preguntaba, ¿será verdad que me miran y no me doy cuenta? Una parte de mí se sentí:

extrañamente conforme con la novedad, satisfecha, por decirlo de alguna manera. Me había subido el ego mi compañera.

Parte de la tarde y por el camino de regreso a casa, continuaba navegando en ese mar de suposiciones, especulaciones y fantasías sanas. Soy deseada, me miran. Veía por la ventana de autobús y sonreía, recordaba los ponquecitos de vainilla con chocolate que llevaba en mi bolso : esa extraña nota: “Los ponquecitos los pongo yo, el café lo pones tú...”, ¿quién pudo haber sido?

Como bien me había planteado en la mañana, al salir del trabajo pasé por la panadería, degustaba las puntas de unos baguettes y pensaba en un montón de cosas, incluso en la posibilidad de que el incógnito fuese Alirio, el de Rayos X. La verdad es que siempre me saludaba con afecto y buscaba conversación. Parecía honesto y buena persona. Era mucho más atrevido que John y no estaba tan mal, pero era muy velludo. Metí la mano en mi bolso para sacar las llaves y en cuanto alcé la vista, lo vi a él, al incógnito caballero con su esponjoso y original cabello, parado en la entrada de la casa. No lo podía creer. Grité de alegría por la sorpresa. Era mi querido Rodrigo.

- *¡Sofía, qué gusto verte!* Exclamó él, entusiasmado, al tiempo en que nos abrazábamos. Qué felicidad sentía. Varias vueltas después lo miré con una sonrisa imposible de suprimir, hasta los ojos me brillaban: *cuánto tiempo, Rodrigo.*

Estaba un poquito cambiado, había subido de peso y se le veía más bronceado, pero su cabellera continuaba intacta, salvo por unas que otras canitas asomadas. Se le marcaban algunas líneas en la cara al hablar y por los lados al sonreír. ¡Cuánto tiempo sin verlo y sin saber de él! Más que encantada, estaba feliz.

- *¿Desde cuándo estás acá?*
- *Llegamos ayer en la tarde.*

Esa noche supe que Rodrigo había contraído matrimonio hacía apenas un año con Paul Thompson, australiana, médico internista voluntaria. También supe que el motivo de su viaje se debía a un inconveniente con su documento de identidad (un pequeñísimo “horror” de tipeo en el apellido -Alneida-), y que pronto zarparía a Europa por tiempo indefinido. Pequeño se me hizo el corazón por un instante, aun así, agradecí infinitamente a Dios y a la Providencia por esa inesperada visita que curiosamente me recargó de ánimo y energía.

- *¡Entonces Vanesa tiene tres hijos!* Exclamó sorprendido al saber la noticia: *y tú haciendo un posgrado en Gerencia Hospitalaria...* Se le notaba interesado y asombrado con los cambios aunque en realidad sus anécdotas eran por mucho más interesantes que las nuestras, me refiero a una emocionante e indescriptible aventura selva adentro, en convivencia con la naturaleza

o diferentes tipos de culturas y gente.

A pesar de haber aprovechado el tiempo, conversado sobre tantas cosas y degustado de esos deliciosos ponqués de vainilla con chocolate, una parte de mí no quería que se fuera. ¿Será que nos volveremos a ver? Me preguntaba en silencio. Él colocó sus manos en mis hombros y delicadamente sentenció: *pasen los años que pasen, Sofía, nunca te voy a olvidar...* y con sus ojos puestos en los míos, concretó: *en mi corazón siempre habrá un espacio reservado para ti.* ¡Vaya que tenía razón, al igual que La Negra Pitonisa con eso de las amistades eternas.

Lo mismo sentí. Sonreí con ganas y me apreté fuerte en su pecho: *adiós, Rodrigo.*

Debía y quería contárselo a Vanesa, estaba muy emocionada y feliz por el inesperado encuentro. Desafortunadamente, era tarde y no deseaba importunar a los esposos, supuse que estarían agotados por la demanda de sus hermosas criaturitas. Decidí pautarlo para el sábado, puesto que el día siguiente (viernes 12 de marzo) saldría tarde del hospital.

El día pasó tan rápido y sobrecargado de tareas como siempre. Había llegado la hora de cambio de guardia y como habíamos quedado, a Lorena la cubriría yo. Por extraño que parezca las horas nocturnas suelen ser más intensas que las diurnas, de la misma manera que los fines de semana los accidentes aumentan. Estaba agotada. Aunque nuestros entrenamientos son intensos y estamos preparados para resistir largas jornadas de trabajo, las piernas me dolían. Llevaba catorce horas de pie, yendo y viniendo, chequeando pacientes, contribuyendo. Sin embargo, me sentía un poco tranquila, ya que Alberto López, esposo de Lorena, en agradecimiento por cubrirla me llevaría hasta mi casa. No obstante, y como si no fuera suficiente, luego de hacer entrega de turno (a eso de las 9:30 p. m.), me conseguí con una enorme sorpresa.

Me hallaba caminando en dirección a la entrada de emergencia, un tanto apresurada por el deseo que tenía de llegar a casa para darme una merecida ducha tibia, cenar algo rico, y dormir lo más que pudiera. Sobre mi hombro derecho colgaba mi bolso y con mi mano izquierda sujetaba un suéter. Iba recordando el lugar en el que según Lorena había estacionado su marido, cuando en un abrir y cerrar de ojos me encontré con un escenario que nunca había visto. Lo primero que me alertó fue el sonido de las sirenas acercarse. Eran estruendosas. Tres ambulancias, casi al mismo tiempo. Las primeras dos llegaron una tras otra. Acomodé el bolso en mi espalda, sujetándolo tan fuerte como fuera posible, apuré el paso en dirección a la primera ambulancia cuando escuché a un paramédico gritar desde la segunda unidad: *¡rápido, vente!* Corrí hacia ella mientras veía, como bajaban con gran velocidad, de la primera unidad, a un herido que a simple vista se le notaban daños a nivel facial (fractura en la nariz por el impacto del airbag). Supuse que se trataba de un accidente de tránsito, pero... ¡vaya accidente!

Y en un santiamén me hallaba dentro de una ambulancia asistiendo a un paramédico en pleno RCI (reanimación cardiopulmonar). La situación era caótica. El ruido, la sangre, la adrenalina, las peticiones inmediatas y sin margen de error del paramédico. Sin dudarlo encaré la situación aunque mi corazón latía como nunca, jamás lo había sentido tan acelerado. Por un momento alcé la mirada y alcancé a ver, desde el interior de la ambulancia, a mis otros compañeros asistir a los pacientes de la última unidad, mientras que en esta, un enfermero, el paramédico y mi persona, no encontrábamos intentando a toda costa salvar una vida.

- *Mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres, ¡respira! ¡Vamos! Mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres... ¡Vamos, vamos!* Intentaban reanimarlo.

- *¡Desfibrilador!* Solicitó con premura el paramédico.

Era la primera vez que me veía en medio de una situación como esa, se trataba de hombre adulto que presentaba un paro cardiorrespiratorio por fractura en la costilla, la cual perforó un pulmón causando un hemotórax (entrada de sangre al pulmón). Sentía el corazón en mi garganta. ¡Vamos reacciona, reacciona! Imploraba.

- *Mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres... ¡Vamos!*

- *¡¿Está listo?!* Preguntó el Paramédico.

- *¡Sí, listo!* Respondí.

- *¡Okey! ¡Vamos!* (Bum). Un primer choque. El pecho del hombre se alzó y exclamé al ver la pequeña pantalla del desfibrilador: *¡Nada!*

- *¡Okey, sube a trescientos! ¡Vamos, vamos, vamos!* Solicitaba el paramédico.

- *¡Listo!* (Bum). Un segundo choque alzó de nuevo el pecho del paciente.

- *Otra vez, otra vez, hazlo otra vez.* Exigía el paramédico con sus ojos clavados en el paciente. Yo obedecía.

- *¡Listo!* (Bum). Un tercer choque nos hizo mirarnos a la cara. El paramédico sin perder la calma continuó: *¡vamos, una vez más! ¡Vamos, vamos!*

- *Mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres...*

- *¡Cargando! ¡Listo!* Anuncié. Y de nuevo (bum), un cuarto choque y las exaltadas palabras “¡volvió, volvió!”, del segundo enfermero, al mismo tiempo en que ese indescriptible bip de vuelta a la vida nos anunciaba su regreso. Y el nuestro también... Sentí tres toneladas bajar de mi hombros y una agradecida sonrisa floreció. Parecía que hubiésemos corrido un maratón. Nuestra

Respiraciones eran fuertes y aceleradas. La sensación que corre por nuestras venas en momento como ese no tiene descripción alguna. Salvar una vida. De eso se trata. Para eso había estudiado.

^b- ¡Dios mío, gracias, mil gracias! Exclamó con un claro tono de alivio el apasionado paramédico

^aY con amabilidad agregó: *acabamos de evitar una muerte*. Curiosamente, el paramédico ^spermaneció unos segundos mirándome y completó: *a ti no te había visto antes, ¿o sí?*

^s

- No. Respondí sorprendida al observar esos pequeños pero grandísimos detalles.

^j- Soy Federico Guzmán... extendió su mano: *mucho gusto*.

Aunque las condiciones no fueron las mejores, esa fue la primera vez que vi el hermoso color verde de aquellos ojos y ese particular tatuaje que me amplificó la fe. ¿Cómo no pude siquiera imaginarlo...?

^j

ⁿ Horas más tarde desperté con una oleada de pensamientos, imágenes y recuerdos que en honor a la verdad me inquietaban, me aceleraban el corazón al punto de condenarme a tener que exhalar un prolongado suspiro cada vez. Era una mañana diferente, atípica, por decirlo de alguna manera. Me sentía agitada, cansada, sabía que el café se me había olvidado, el clima parecía andar de malas, amenazaba con llover, hacía mucho frío, y las palabras necias: “la fe te entrará por los ojos”, resonaban en mi mente como gotera a medianoche. No solo había llegado tarde a la casa (11:30 p. m.), sino que difícilmente pude cenar algo decente y descansar un poco. Me pasé gran parte de las horas siguientes pensando en el hombre de la ambulancia. Dios, que se haga tu ^asanta voluntad siempre. Cuida de él, así como también lo haces con el resto de los pacientes de este y todos los hospitales, amén. Algo muy en el fondo me sensibilizaba. Nunca había vivido una experiencia de esa magnitud.

Aun así, era menester cumplir con mis obligaciones, así que me recargué de energía positiva y me obligué a salir de la cama. Estiré mi cuerpo como religiosamente solemos hacer antes de levantarnos y me preparé psicológicamente para encarar otra jornada: ¡okey, Sofía, tú puedes! Sin embargo, seguía lidiando con las palabras: “el amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible... Ese día la fe te entrará por los ojos y sabrás lo que se siente tener el corazón bien acelerado”. Sacudí mi cabeza y una ligera sensación de corriente me recorrió la piel, erizando cada vello de mi cuerpo. No, no, no, no es posible. Pero, ¿y si sí?...

Por fortuna, el señor Alberto se ofreció a llevarme al hospital al día siguiente y tan puntual como el amanecer, pasó por mí. Poco después caminaba con pasos firmes en dirección a la entrada de emergencia mientras recordaba lo acontecido: ¡rápido, vente! - ¿está listo? - ¡sí, listo! - ¡pueden vamos! - mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres... ¡cargando! (bum) - ¡volvió, volvió!

^s

sUna primera erizada de piel me espabiló. Qué recuerdo tan intenso y sobrecargado de adrenalina. La segunda fue al toparme con José Daniel. ¡Vanessa! Pensé. Corrí hacia él, quien no había notado mi presencia, tampoco los otros familiares, de los cuales solo conocía a Aura y María Estela, tía y mamá de José Daniel. Él se dio media vuelta y me abrazó: *¡Sofía, qué bueno verte!*

- *¿Qué pasó, José Daniel, qué estás haciendo acá? ¿Y Vanessa y los niños?*

- *Tranquila, Sofía, Vanessa está en la casa con los niños...*

- *¿Y por qué estás acá?*

r- *Es por Juan José, mi primo... lo chocaron anoche... Sentí mi piel helarse y mi rostro cambió de un blanco natural a un pálido confuso: un imprudente le llegó por detrás al auto y... La voz de José Daniel disminuyó considerablemente en mis oídos, hasta llegar al punto, incluso, de escuchar únicamente mi voz: “mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres... Cargando... ¡Listo! (Bum) ¡volvió, volvió!... ¡Acabamos de evitar una muerte!”. Por Dios, que no sea él, pensé.*

a- *Yo sabía que no ibas a estar, pero igual te llamamos para avisarte, sobre todo porque necesitamos acceso a él y bueno, bendito Dios tú trabajas aquí... hasta donde sabemos, lo tienen en UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), así que bueno... Por un instante permanecí inmóvil, muda reorganizando mis pensamientos. ¡No puede ser! ¿Será él?*

é - *Eres un ángel puesto en nuestro camino... Continuó José Daniel. De pronto exclamó: ¡¿Sofía?* En un intento por espabilarme. Sacudí mi cabeza y respondí: *sí, sí... lo que pasa es que... Jamás en mis años de carrera me había visto en una situación como esa, ni llegué a imaginar que no podría, por más que quisiera, contarle algo a alguien, en especial a una persona de confianza como José Daniel: anoche sucedió algo extraño... dije. Dudé. Simulé tratar de recordar. Él insistió curioso: ¿qué? ¿Qué fue lo que pasó?*

e Con los latidos de mi corazón en la garganta lo miré y respondí: *anoche llegaron tres ambulancias al mismo tiempo, quizás en una de ellas venía él.* Un inusual sentimiento me removió por dentro. Y de nuevo las palabras: “mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres... ¡volvió, volvió! ¡Acabamos de evitar una muerte!”, retumbaron en mi cabeza. Sin pensarlo más pregunté: *¿de casualidad tu primo tiene un tatuaje en el pecho con la palabra “fe”?*

o Con el ceño fruncido expresando duda, José Daniel comentó: *la verdad es que no sé, no estoy seguro, pero...* Llamó a su tía Aura, quien por fortuna nos despejó la duda: *sí, sí, cómo no... lo tiene del lado del corazón... desde hace años...* Y sacando provecho preguntó: *¿por qué, sabes algo de él, hija?* Que llegó muerto, respondí para mis adentros. Los miré a ambos a los ojos luego de exhalar un razonable suspiro, respondí: *creo que él está bien, pero enseguida voy a*

..cerciorarme, esperen un momento, por favor...

Lo que en realidad sabía y recordaba era que hacía apenas unas horas habíamos traído de nuevo :
y la vida a un hombre y que había quedado estable. Pero en honor a la verdad, en este oficio se ven
muchas cosas... y camino a UCI me empeñé en pensar, en atar cabos. O como anteriormente
acostumbraba hacer, forzar las coincidencias.

A partir de ahí las cosas comenzaron a cambiar en mi interior. Mis pensamientos y locas ideas
como torbellino despiadado me colmaron de conjeturas que claramente indicaban algo a lo que me
negaba. Y de nuevo las palabras y la voz... esa voz: *“como Dios es una sola, una sola luz... ¡Tren
cruce!”*.

No, no, no, no, no, esto no puede ser. Sacudí mi cabeza.

)“Pero a ti lo que te interesa es saber sobre el amor, ¿ve’dá’ que sí, mi reina? Sí que sí...”.

o

n

,

!

,

o

o

ó

s

e

.

s

y

o

s

y

a

cerciorarme, esperen un momento, por favor...

Lo que en realidad sabía y recordaba era que hacía apenas unas horas habíamos traído de nuevo a la vida a un hombre y que había quedado estable. Pero en honor a la verdad, en este oficio se ven muchas cosas... y camino a UCI me empeñé en pensar, en atar cabos. O como anteriormente acostumbraba hacer, forzar las coincidencias.

A partir de ahí las cosas comenzaron a cambiar en mi interior. Mis pensamientos y alocadas ideas como torbellino despiadado me colmaron de conjeturas que claramente indicaban algo a lo que me negaba. Y de nuevo las palabras y la voz... esa voz: *“como Dios e’ una sola, una sola luz... ¡Trej cruce’!”*.

No, no, no, no, esto no puede ser. Sacudí mi cabeza.

“Pero a ti lo que te interesa es sabé’ sobre el amor, ¿ve’ dá’ que sí, mi reina? Sí que sí...”.

LUNES 22 DE MARZO DE 1993

BOGOTÁ, COLOMBIA.

Era una mañana de esas en las que nada parece pretender arruinarla. Tomaba mi desayuno preferido bien temprano (arepas crujientes con crema de leche y una buena taza de café marrón) cuando de pronto recordé aquella llamada de Vanesa (días después del bautizo de Daniela): “educado, gracioso, amable... y no sé, Sofía, se parece tanto a ti... Hasta diría que están hechos uno para el otro... ¿Sabes qué me dijo antes de irse?...”

Bendita terquedad la mía, ¿por qué no quise escucharte, Vane? Renegaba en mi cabeza y me preguntaba: ¿qué sería lo que te dijo?

Por obra y gracia de Dios, el estimado y querido primo de José Daniel había tenido una recuperación casi milagrosa luego del accidente sufrido hacía unas semanas. Se hallaba en observación y en condiciones sanas, salvo por las heridas superficiales del rostro, algunos hematomas y la temporal asistencia de oxígeno por cánula nasal. Aunque hablaba con dificultad (como si le hubiesen sacado el aire de un golpe), podía comunicarse con facilidad.

Como de costumbre, por la habitación transitaron varios familiares y algunos amigos con sus característicos detalles y palabras de aliento que sin duda le sentaban bien. Al parecer, Juan José era un hombre muy querido, me daba gusto verlo recuperarse, conversar con su gente y atenderlo. Aun así, había algo que me parecía extraño y hasta cierto punto incómodo. Se trataba de una singular reacción en su semblante y una particular risa que escapaba de él cada vez que hacía acto de presencia en la habitación para cumplir con mi trabajo. Ocurría desde el primer momento en que nos vimos. No lo comprendía. La duda me inquietaba. ¿Por qué se ríe así? ¿Y por qué me mira de esa manera?

Una mañana entré a la habitación y le pregunté sonriendo mientras cumplía con mi trabajo: *¿y esa risa?* Llevaba el cabello peinado de modo diferente y estaba un poquito maquillada. Me sentí entusiasmada, con ánimo. Él respondió con una encantadora y dulce mirada: *es por ti, Sofía, pero no lo malinterpretes, es solo que estoy feliz por haberte conocido.* Con poca reacción exterior a comentario, solo una distinguida sonrisa, continué con mi oficio. Aunque las palabras: “es por ti Sofía”, no dejaban de darme cierto calor. Cada vez que podía, Juan José me decía cosas como *Sofía, eres mi ángel, mi salvadora, mi enfermera preferida.* Y algo que no pude comprender sino poco después: *“si pudieras escuchar mis pensamientos, me ahorrarias mucho...”*. Cuando no era una risa, era una sonrisa, una mirada sostenida, un suspiro prolongado, un lindo cumplido o una combinación de todas. Jamás había sufrido tanto de calor, ni sentido tanto placer por mi trabajo. Contaba las horas para regresar...

- *Quiero hacerte una pregunta. Le dije a Vanesa por teléfono esa misma noche. Ella respondió plata no tengo, estos muchachitos me tienen...*

- *No seas boba, Vane, es en serio... ¿Recuerdas la visita que les hizo Juan José después de bautizo de Danielita?*

s- *Sí, ¿por...? Preguntó curiosa, intrigada: estás maquinando cosas, ¿cierto?...*

¹- *No, no, no... Bueno, sí...*

A decir verdad, llevaba varios días lidiando con un sinnúmero de palabras y recuerdos que me removían los sentimientos y terminaban por inquietarme: “el amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible, pero llegará... Una visita inesperada te indicará el momento, pero primero será el par... Ese día la fe te entrará por los ojos y sabrás lo que se siente tener el corazón bien acelerado... Es buenmozo el muchacho, de piel clara como la tuya y de buena familia”.

¹Sin más remedio, me vi en la obligación de confesarle a Vanesa mis alocadas hipótesis y teorías. Luego de culminar con ellas, mi querida amiga actuó acorde a las circunstancias. Expusimos varios puntos de vista y en casi todos sentimos intensas erizadas de piel. Por último, él concretó: *bueno, Sofi, no sé, es bastante raro... yo tampoco lo entendí, pero eso fue lo que me dijo.*

^aAl día siguiente, las incesantes inquietudes y alocadas teorías continuaban carcomiendo mi mente así como ese extraño y casi desconocido sentimiento de atracción somatizado entre mi estómago y mi pecho.

^a- *¡Tanto tiempo, ¿no?! Exclamó Juan José esa cálida mañana, mientras le hacía su chequeo rutinario: ¿de ayer a hoy? Le pregunté con gracia (de nuevo maquillada sutilmente y con el cabello suelto). Él respondió entre risas: no, Sofía, me refiero a nosotros, tú y yo... tanto tiempo cerca y ahora es cuando vengo a conocerte... y de esta manera... ¿no te parece extraño?*

^o¹- *Se cuenta y no se cree, ¿verdad? Respondí con gracia, poco antes de terminar la revisión. Le miré sonriente. Él permaneció por unos eternos y agradables segundos con sus hermosos ojos verdes puestos en los míos, acelerándome de a poco el corazón y subiéndome la temperatura hasta que preguntó: ¿quieres saber la verdad de por qué me río y sonrío tanto cuando tú estás aquí conmigo?*

^o¡Por supuesto! ¡Claro que quiero saber por qué sonríes y te ríes tanto cuando me ves! Pensé. Y con el mismo calorcito y mis latidos en ascenso, respondí con naturalidad: *sí, por qué no...*

Juan José buscó acomodo en la cama y con un gesto de mano me indicó que me acercara más :

:dijo: *esto te va a sonar a fantasía, pero, por favor, créeme, es verdad, sucedió...*

Asentí. Permanecí a su lado sosteniendo la carpeta con su historia médica entre mis brazos cruzados y mi pecho, observaba sus rasgos y gestos al hablar, así como la forma de sus labios y el color de sus ojos. Suspiraba con discreción. Fantaseaba... Él prosiguió: *verás, tengo la suerte de tener un padre sensacional, de verdad, es sabio, culto, trabajador, gracioso y aventurero...*

Era un hecho irrefutable que el señor Juan se destacaba como un padre amoroso, divertido y juguetón (mientras su hijo estuvo en UCI, le contaba historias graciosas, anécdotas acontecidas entre ellos: *“¿recuerdas la trucha que creíste haber pescado y no era una trucha sino una rama? ¿Y qué me dices de la vez que te perdiste en esa montaña? ¡Qué susto me metiste, hijo.. ¿pensaba en la hartada que me iba a echar tu madre!”*). La relación de ellos era singular, única y especial.

^a... *y cada vez que tenía tiempo nos llevaba de paseo o a vacacionar en algún lugar, pero no siempre en familia, a veces nos íbamos solos o con mi mejor amigo, como en esa ocasión...*

Detuvo su relato por unos segundos, fijó su mirada en un punto, tratando de recordar algo y continuó: *bueno, hasta donde recuerdo, yo tenía veinticinco años. Entonces papá organizó un viaje de ya para ya, y para San José de Cúcuta...* Una sonrisa se escapó de mis labios. Juan José correspondió igual mientras continuaba con el relato, haciendo un ligero movimiento afirmativo *sí, fue por un cliente muy amigo de él que lo había invitado a unas fiestas o una feria, algo así, entonces llamó a la casa y me dijo: “Juanjo, hijo, nos vamos para Cúcuta ahora, a unas fiestas, ¿qué decís?”. Y como era de costumbre, respondí: buenísimo, pero nos llevamos a Ramón con nosotros, ¿te parece?...*

La suerte había acompañado a Juan José desde siempre. Cuando él estaba cursando el segundo año de bachillerato, un nuevo integrante se sumó al aula. Llegó tímido, cabizbajo como mucho (porque no todos llegan el primer día de clases con timidez). Varios de los compañeros comenzaron a murmurar y a reír por su rara personalidad (usaba aparatos de ortodoncia y lentes correctivos). Pero la desbordante bondad de Juanjo lo empujó a actuar de inmediato y lo llamó *“¡hey, ven, siéntate aquí! Yo soy Juan, ¿tú cómo te llamas?”*. “Ramón”, respondió aquel muchacho. Pronto vinieron las partidas de fútbol en el club, asados en las fincas, paseos familiares, fiestas, viajes, amores y desamores, proyectos personales, emprendimientos, y siempre unidos, sin rivalidades ni diferencias. Unidos por un amor infinito y hermandad.

... Horas más tarde nos hallábamos en plena Cúcuta y mi padre decidió quedarse con su amigo a tomarse unos tragos. Nosotros nos fuimos a la feria esa, o al parque ese... no sé bien qué era Y por un tema de Ramón... ojo, de él, no mío, ¿eh?...

y

- ¡Ajááá, echa tu cuento como es! Le interrumpí a modo de broma. Él soltó una carcajada y respondió: *es en serio, fue por él, ya vas a ver...*

Resulta que nuestro estimado amigo Ramón era más parecido a mí de lo que pude imaginar. Parece entonces, él tenía veinticuatro años de edad y una reciente desilusión que le pesaba. Pensaba incluso, que se quedaría soltero. ¡Cuánta similitud!

y... era temprano, y lo primero que hicimos fue darnos una vuelta a ver qué era lo que había, y desde verdad, no nos habíamos siquiera montado en una máquina cuando Ramón se antojó de entrar a un sitio raro que ni siquiera parecía que fuese del parque. Era una carpa oscura con un letrero colgando en la fachada que en letras grandes y doradas decía...

My atención se disparó. Y como si fuera una película, en mi mente repetí las mismas palabras que de la boca de Juan José salían: ...“*La Negra Pitonisa. Entra a Conocer tu Futuro*”... ¡Qué coincidencia! Pensé.

... yo no tenía muchas ganas de entrar a ese sitio, de verdad. Fue por consentir a Ramón que y accedí. Pero algo extraño, Sofía, algo muy extraño sucedió cuando llegamos y nos paramos en frente de esa carpa, antes de entrar hubo un bajón de luz y todo quedó en penumbra. Rápidamente miramos hacia los lados para observar a los demás, y bum, regresó la luz...

My rostro palideció y esa pequeña sonrisa que sostenía se esfumó. Sentí que los latidos de mi corazón se amplificaron retumbantes en mi pecho y los vellos de mi cuerpo se espabilaron a ritmo del relato. ¡No puede ser! Esto es imposible. Intenté disimular la sorpresa. Él se detuvo y preguntó: *¿estás bien?*

¿Y cómo iba a estarlo?! Por mi mente deambulaban un sinfín de palabras y suposiciones imposibles de ignorar, así como las imágenes que no lograba detener (su manera de caminar y su voluptuosa figura, sus saltones ojos negros y su sonrisa con esa extraña manera de hablar: “*ve ’dá que sí, mi reina... sí que sí*”). Pero lo más sorprendente de todo era el extraño y singular bajón de corriente que hubo la noche de su historia. Por lo que respondí: *sí, sí, estoy bien, es solo que...* Y hasta allí mi argumento. Nuevamente muda. Juan José continuó: *okey, entonces sigo...* ¡Bendito Dios! Agradecí.

... apenas volvió la luz, escuchamos la música y las máquinas restituir su curso, y la reacción de la gente, Sofía... parecía que el suceso los hubiese animado más, así que nos dejamos llevar por el momento y entramos al sitio...

En eso se detuvo, exhaló un considerable suspiro y continuó: *en cuanto cruzamos esa gruesa y desteñida cortina, un extraño hombre, junto a una mujer aún más extraña, aparecieron ante*

ynosotros. Él era bajo y moreno, pero ella era negra, bastante robusta y voluptuosa. Estaba vestida de blanco con rojo y tenía puesta una bandana en la cabeza. Se presentó como...

aY nuevamente en mi cabeza repetí las palabras exactas que de la boca de Juan José salían, “Narcisa Ofelina Muñoz, conocida mayormente en el mundo como La Negra Pitonisa...”. Juan José continuó: no sabría decirte cómo hablaba, imagínate a un cubano o a un costeño francamente me cuesta imitarlo, incluso, el recuerdo de ese acento tan peculiar se ha difuminado en mi memoria pero sus palabras permanecen intactas, al igual que esa muletilla... “Sí que sí”... Cómo no imaginarlo, esos detalles nunca los podré olvidar...

... así que Ramón no dudó en hablarle y esta tampoco en echarle las cartas. Yo de expectante hasta el final, solo escuchándola decir esto y aquello: que la vida es dura, pero te va a ir bien y pare de contar... Pero en cuanto terminó de leerle las cartas a Ramón, La Negra Pitonisa se quedó mirando sonriente y fijamente la llama de un velón que estaba a su lado. Era una escena muy extraña, intrigante. Y mientras barajaba las cartas murmuraba y reía. Creo que hablaba en una lengua nativa, o algo así. Luego comenzó a mirarme y a mostrarme su impresionada dentadura. Y de pronto se inclinó hacia adelante y me dijo: “yo sé que a ti nada de esto te interesa, ¿no es así?”. ¡Y era cierto, Sofía, no me interesaba... hasta ese momento! Claro, ella continuó diciendo: “es que tus espíritus me están pidiendo que te hable”. “¿Mis espíritus, qué me hable, de qué?!” exclamé. Mirando la punta de un tabaco que aparentemente pretendía encender, con cierto carácter ella me preguntó: “¿quieres o no?”. Y como suele sucedernos a la inmensa mayoría de los mortales, la curiosidad se interpuso y accedí... Ella sonrió con tremenda amplitud y habló: “a mí me mandan a decirte solo una cosa...”, asentí... Ella prosiguió: “esas cosas que tú tanto anhelas las vas a tener, pero debes entender que las tierras inexploradas no pueden aguardar tanto tiempo... el momento es ahora... sí que sí”. ¡Y qué impresión la que me dio, Sofía! ¡Te lo juro! Porque de verdad estaba planeando viajar e invertir pero me hice el que no entendí...

Resulta que, antes de los veinticinco años de edad, Juan José mostraba poderosos rasgos empresariales. Se distinguía considerablemente del resto de sus primos (hasta usaba traje y eventualmente corbata). Presentó un proyecto a su familia en el que llevaba años trabajando (desde los veintiuno). Se trataba de la expansión estratégica de la industria textil y el cuero. Llamó la atención de todos. Lo ejecutaron y a los veintisiete años ya era uno de los principales distribuidores de cuero en Colombia y Chile (a donde se mudó junto con su familia). Expandieron el negocio del cuero y por bendición de Dios les terminó yendo mejor de lo que pudieron haber imaginado. De ahí la casa en Los Rosales, luego otra en Santiago y más adelante, otra en Buenos Aires. ¡Fruto de la cosecha!

1... y le pregunté a la bruja: “¿entonces me va a ir bien?”. Ella cambió ese sonriente rostro que tenía por uno más endurecido y continuó: “bien o mal, dependerá de ti... porque todo en la vida requiere de un sacrificio y tú no eres la excepción a esa ley”. Te juro que me asusté, Sofía hablaba de una manera rara. Era suave pero contundente... así que le pregunté: “¿pero de qué sacrificio está usted hablando?”. Y sin rodeo me respondió: “del amor, pues... el cabo suelto de tu vida”. Así, tal cual: “el cabo suelto de tu vida”. Y aunque no lo creas, Sofía, esa noche supe por así decirlo, cómo conocería al amor de mi vida, y hasta cierto punto, cómo la reconocería.

- ¿Y eso qué tiene que ver con la risa que te da al verme? Pregunté con cierta gracia. Y con esa encantadora sonrisa, él me respondió: *porque eres tú, Sofía...*

e Sentí un atrevido calorcito escalar por debajo de mi camisa. Acomodé mi cabello, sonreí, sin saber qué decir. Solo podía escuchar las alocadas y confusas ideas que me venían a la mente. Hasta que alcancé a preguntarle: *pero... ¿qué fue exactamente lo que te dijo para que creas que soy yo?*

e- *Porque en algún momento le manifesté a la Pitonisa mi deseo de casarme con una mujer que fuese buena, con valores, y que supiera cuidar bien de mí. Y de repente ella soltó una poderosa carcajada y sentenció con esos extraordinarios ojos negros, algo que nunca pude olvidar e “pero claro que sí, mi rey, si tú estás bendecido desde el inicio, sí que sí...”. Luego sacó de una gaveta un collar de cuero con una piedra de cuarzo negro y...*

1 Llevé mi mano al cuarzo que colgaba en mi pecho y lo apreté. Sentí que los latidos de mi corazón se amplificaban y mi respiración se complicaba.

1... ¿Adivina qué me dijo? Preguntó Juan José, con esa única y singular sonrisa que instantáneamente me neutralizaba. Era como la de un niño.

;- No sé, ¿qué fue lo que te dijo?

A pesar de la calma que su sonrisa, su voz y su mirada me causaban, lidiaba con un corazón acelerado, unas manos frías y una curiosidad que disimuladamente se reflejaba en mis expresiones. Quería y necesitaba saber más. Una parte de mí se negaba a aceptar que algo así me estuviese sucediendo, mientras que la otra desde lejos intentaba defenderse, trayendo a mi memoria pequeños fragmentos de recuerdos de aquella noche. ¡Era una locura!

s Juan José fijó su encantadora mirada en mí por unos segundos y respondió: *ella me dijo: “estoy que tú ves acá, mi rey, no es solo una piedra de cuarzo negro cualquiera... es la distinción... e reconocimiento, por así decirlo...”*. Se detuvo un segundo y exclamó con poderosa emoción *¿entiendes?! ¡Tú tienes uno! ¡Yo tengo uno! ¡Eres tú, tú eres el amor que siempre esperé, m*

ecabo suelto!

¹Y otra vez el susto en mi pecho y esos necios latidos en mi garganta. La electrificante sensación en mi piel y la voz retumbante de La Negra Pitonisa: *“pero eso sí, mi reina, no le vayas a cambiar nunca el cordón de cuero y úsalo solo con un nudo de rizo”*. ¡Esto no puede ser!

²;- *¿No puede ser qué?* Preguntó él.

³¡Dios mío, pensé en voz alta de nuevo! Intenté serenarme y comenté: *bueno, debe haber millones de mujeres por ahí con un collar como este*.

⁴Y con una seguridad que asustaba, Juan José dijo algo que literalmente me paralizó: *sí, es verdad pero no todas lo llevan con un nudo de rizo... ¿tú lo llevas con un nudo de rizo?*

⁵Confundida o abrumada, tratando de procesar lo que escuchaba, su relato, el mío, las especulaciones, suposiciones y recuerdos, permanecí muda unos segundos. A decir verdad, me resultaba difícil aceptar que algo así estuviese sucediéndome y me repetía una y otra vez en mi pequeña y terca cabecita: *“esto no puede ser verdad, estas cosas solo suceden en novelas, esto no pasa en la vida real”*. Por suerte, Juan José no escatimó en agotar sus recursos para demostrarme lo que él consideraba había sido un milagro a gran escala.

⁶*... Sofía, acércate más a mí, por favor*. Me pidió amablemente. Tomó mis manos, las apretó con delicadeza y las mantuvo así por unos segundos, mientras sostenía su encantadora mirada en mí. Y con una absoluta seriedad, me dijo: *¿eres tú, de verdad, eres tú! ¿Y sabes por qué más lo sé?*

⁷Millones de puyazos en mi piel y un ligero suspiro después, pregunté: *¿por qué?*

⁸*... porque antes de irnos de ese sitio, La Negra Pitonisa me dijo exactamente esto: “el amor de tu vida estará más cerca de ti de lo que te puedas imaginar... pero será invisible a tus ojos... y permanecerán así, casi desconocidos, hasta que la muerte los presente”*.

⁹¡Lo mismo que me contó Vanesa hace nada! ¡Por qué no quise escucharla antes, mucho antes! Y una media sonrisa floreció en mi rostro.

¹⁰Él continuó: *y vaya cosas que tiene la vida, ¿no es cierto?... ¡Jamás pensé que la muerte estaría de mi lado... la verdad, Sofía, yo la esperaba equivocadamente! Por eso es que me río cuando te veo, por eso te veo como te veo, y suspiro como suspiro, por eso... porque más que a una enfermera, veo al amor de mi vida, a la madre de mis hijos, a la mujer con la que sé que envejeceré, la única, la para siempre...*

¹¹¡Qué hermosas palabras! Mi piel se erizó, mis ojos se humedecieron y mi rostro cambió po

completo. Jamás en mi vida alguien me había hablado de esa manera. Cómo podía negarlo. ¡Era imposible! Era él. Definitivamente era él.

“El amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible, pero llegará... Cuando dos son uno, a uno le dices a dos...”.

¡Dios mío, sí, es él, es él! Y un profundo sentimiento de felicidad, plenitud y sosiego se apoderó de mí. Sentí lágrimas recorrer mis mejillas e inevitablemente me sonrojé más que en cualquier otra ocasión. Esa mañana experimenté por primera vez lo que es sentir el corazón detenerse por completo. Dejé de oír el ruido del lugar y de mi cabeza para solo mirarlo a él y escuchar esas palabras que por años pensé que ya no escucharía: *Sofía... ¿te casarías conmigo...?*

s

e

í

o

e

n

a

o

e

y

¿

x

o

x

e

r

completo. Jamás en mi vida alguien me había hablado de esa manera. Cómo podía negarlo. ¡Era imposible! Era él. Definitivamente era él.

“El amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible, pero llegará... Cuando dos son uno, a uno le dices a dos...”.

¡Dios mío, sí, es él, es él! Y un profundo sentimiento de felicidad, plenitud y sosiego se apoderó de mí. Sentí lágrimas recorrer mis mejillas e inevitablemente me sonrojé más que en cualquier otra ocasión. Esa mañana experimenté por primera vez lo que es sentir el corazón detenerse por completo. Dejé de oír el ruido del lugar y de mi cabeza para solo mirarlo a él y escuchar esas palabras que por años pensé que ya no escucharía: *Sofía... ¿te casarías conmigo...?*

EPÍLOGO

- *¡Esto no puede ser!* Caminaba de un lado a otro: *todos han dicho prácticamente lo mismo, pero este último me dejó... ¡Dios!...* Sacudía ligeramente su cabeza en señal de negación, peinaba su cabello con las manos mientras caminaba y pensaba.

Habíamos sido impactados por una poderosa noticia. ¿Será posible que esto sea verdad? Me preguntaba, incrédula, dudosa, algo confundida por la novedad, pero extrañamente sonriente y envuelta en un halo de satisfacción que jamás había percibido en mi vida, la maravilla del milagro y el goce de la plenitud de un sueño hecho realidad.

Como era de costumbre, cada tres años aquel llamativo parque de atracciones se instalaba en mi querida ciudad natal, San José de Cúcuta, por varias semanas. Cuatro años tenía Vanesa y do Juan José cuando decidimos volver a visitarlo, específicamente el sábado 11 de agosto del 2001. El reencuentro nos había motivado a los dos.

Nuestros hijos sabían de la existencia de una bruja: La Negra Pitonisa, y de sus inolvidables palabras: “el amor de tu vida llegará a ti tarde y de una forma irreconocible... pero llegará”. Y por supuesto: “el amor de tu vida estará más cerca de ti de lo que te puedas imaginar, pero será invisible a tus ojos, y permanecerán así, casi desconocidos, hasta que la muerte los presente”. Le gustaba esta historia, simpatizaban con ella.

Entusiasmados y deseosos habíamos recorrido el parque por completo, de punta a punta, en busca de la simpática Pitonisa. Desafortunadamente, no encontramos indicio alguno de esa carpa. Ni siquiera de una similar.

- *Debe ser que La Negra está vieja y se retiró del oficio, o se tomó unas vacaciones y no vino esta temporada, no sé, la gente se cansa... o quizá murió, la gente también se muere...*

Los comentarios de Juan José, lejos de satisfacerme me causaban inquietud y despertaban mi deseo de saber: *¿y si preguntamos?* Le dije.

- *¿A quién?* Preguntó él con cierta perspicacia.

La sugerencia de indagar dio su fruto. Era un hecho: queríamos saber qué había pasado con ese extraño personaje y si era posible, cómo hacer para encontrarla.

Le preguntamos a los trabajadores que parecían tener más antigüedad en el parque, y sus respuestas fueron: *¿de qué carpa está usted hablando? ¿En dónde dice que estaba? ¿Cuándo fue que sucedió eso? ¿Cómo era la señora? ¿Cómo se llamaba? ¡¿Están seguros de que eso fue en este parque?! ¡Deben estar confundidos! ¡Aquí nunca ha habido una carpa como la que usted...*

describen! Todo era confuso, incluso abrumador.

o- *¡Una mujer con semejantes características sería difícil de olvidar, ¿no les parece?! Nos dijo*
u el último señor con el que hablamos, amablemente y con una aparente comprensión reflejada en su
rostro: *si la hubiese visto, la recordaría, y se los dijera, pero no... lo que sí les puedo decir es*
e *que la magia existe, es real...* Sonrió con picardía y mientras se daba media vuelta para continuar
e con su trabajo, exhaló un recargado suspiro que culminó con un indiscutible y carismático: *sí que*
y *sí...*
o

i

s

.

s

l

á

s

a

i

o

i

e

s

e

n

s

describen! Todo era confuso, incluso abrumador.

- *¡Una mujer con semejantes características sería difícil de olvidar, ¿no les parece?! Nos dijo el último señor con el que hablamos, amablemente y con una aparente comprensión reflejada en su rostro: si la hubiese visto, la recordaría, y se los dijera, pero no... lo que sí les puedo decir es que la magia existe, es real...* Sonrió con picardía y mientras se daba media vuelta para continuar con su trabajo, exhaló un recargado suspiro que culminó con un indiscutible y carismático: *sí que sí...*